

— papeles de formación continua —

FORUM.COM



Un futuro
por surcar



salesianos
SANTIAGO EL MAYOR

Delegación
de Formación



Número 213 - 24 de septiembre de 2024

ÍNDICE

Este número	3
Un futuro por surcar	
Retiro	4
La esperanza no defrauda	
Formación	13
El corazón no se divide	
Comunicación	26
Inteligencia artificial, diez preguntas fundamentales	
Carisma	30
Líneas para el Aguinaldo 2025	
Pastoral	38
La misión de transmitir la fe en los colegios del siglo XXI	
Jubileo	48
“Spes non confundit”	
La Solana	64
Compartir sabiduría y esperanza en la cultura digital	
Por tu Palabra	69
Abrahán: el ser humano, ser itinerante	
El anaquel	80
La valentía de empezar, la belleza de existir y la esperanza de crecer	
Sueños para ti	83
Somos futuro	

forum.com – papeles de formación continua

Revista fundada en 2000 – Tercera época
Delegación Inspectorial de Formación “Santiago el Mayor”

Delegado de Formación: Juan José Bartolomé
Dirección: Mateo González [forum@salesianos.es]
Jefe de redacción: José Luis Guzón
Depósito Legal: LE 1436-2002 – ISSN: 1695-3681

ESTE NÚMERO

Un futuro por surcar

Comienza un nuevo curso también para esta revista forum.com tras la pausa estival. El lema de la campaña pastoral “Somos futuro” nos pone en camino hacia el Año Jubilar 2025 dedicado precisamente a la virtud teologal de la esperanza. Al inicio del curso es fácil imaginarse todo el futuro que por escribir en estos próximos meses. Meses para celebrar, para agradecer, para compartir, para convivir, para seguir soñando... y también meses en los que continuar formándonos para responder con mayor fidelidad a nuestra vocación y seguir discerniendo los signos de los tiempos.

El Jubileo que se nos presenta en un futuro no muy lejano, la preparación y vivencia del próximo Capítulo General, la vivencia de la virtud de la esperanza en el despliegue de nuestra campaña pastoral... marcarán de forma significativa también nuestra selección de artículos –no hay más que leer el retiro que nos propone el inspector Fernando García–. Por lo que se refiere al Año Santo se puede intuir rápidamente comprobando en el índice que hay una sección específica dedicada a él desde ya en la que se presenta en este primer número del curso la bula de convocatoria del papa Francisco. Por lo demás, mantenemos nuestras secciones con un pequeño reajuste de diseño.

Al comienzo de un nuevo curso, una vez más tras más de 200 números y casi 25 años, me permito recordarte que tienes a tu disposición nuestro correo electrónico: forum@salesianos.es para hacernos llegar cualquier comentario, así como cualquier tipo de aportación o sugerencia.

Te deseo lo mejor para este nuevo curso tan lleno de esperanza. ¡Queda mucho futuro por surcar! ¡Buena lectura!

 **Mateo González Alonso**

La esperanza no defrauda

Un año jubilar

Fernando García

1. Oración inicial

D.: En el nombre del Padre...

D.: María, Madre de la esperanza
¡camina con nosotros!

T.: Enséñanos a proclamar al Dios vivo;
ayúdanos a dar testimonio de Jesús,
el único Salvador;
haznos serviciales con el prójimo,
acogedores de los pobres,
artífices de justicia,
constructores apasionados
de un mundo más justo;
intercede por nosotros
que actuamos en la historia
convencidos de que el designio
del Padre se cumplirá.

D.: Aurora de un mundo nuevo,
*¡muéstrate Madre de la esperanza
y vela por nosotros!*

T.: Vela por la Iglesia
que sea transparencia del Evangelio;
que sea auténtico lugar de comunión;
que viva su misión
de anunciar, celebrar y servir
el Evangelio de la esperanza
para la paz y la alegría de todos.

D.: Reina de la Paz,
¡protege la humanidad del tercer milenio!

T.: Vela por todos los cristianos:
que prosigan confiados por la vía de la unidad,
como fermento para la concordia del Continente.
Vela por los jóvenes,
esperanza del mañana:
que respondan generosamente
a la llamada de Jesús;
Vela por los responsables de las naciones:
que se empeñen en construir una casa común,
en la que se respeten la dignidad
y los derechos de todos.

D.: María, ¡danos a Jesús!

T.: ¡Haz que lo sigamos y amemos!
Él es la esperanza de la Iglesia,
de la humanidad.
Él vive con nosotros,
entre nosotros, en su Iglesia.
Contigo decimos
« Ven, Señor Jesús » (Ap 22,20):
Que la esperanza de la gloria
infundida por Él en nuestros corazones
dé frutos de justicia y de paz.

(San Juan Pablo II, *Ecclesia in Europa*, 125)

2. Reflexión¹

Me gustaría presentar esta reflexión al inicio de un nuevo curso como una preparación personal para la experiencia jubilar que la Iglesia vivirá durante el año 2025. Un jubileo es un tiempo de gracia y de alegría. Un momento oportuno para mirar la propia historia y sentir la necesidad de experimentar el amor de Dios que perdona cualquier rastro de pecado que hay en nosotros como consecuencia de nuestra debilidad.

También nosotros: salesianos, miembros de nuestra familia carismática, educadores, jóvenes animadores y personas implicadas en cada una de nuestras casas, como cualquier cristiano, somos peregrinos que recorreremos nuestro camino de seguimiento de Jesús. Cada uno nos encontramos en una situación biográfica y existencial diferente y, para todos, **el Señor nos está ofreciendo un tiempo oportuno.**

¹ Vídeo de introducción disponible en <https://youtu.be/18goJm1viOk>, duración 8 min.

Os propongo que el tiempo que hayáis organizado para profundizar en esta reflexión sea un momento de silencio, de contemplación y de oración sencilla y sincera sobre el peregrinaje que cada uno hemos hecho en nuestra historia vocacional salesiana para que desde esta mirada a nuestra propia historia puedan nacer aprendizajes de vida para el hoy y para el mañana.

En la experiencia vital de cada uno es donde tenemos que descubrir al Señor de la historia y es ahí donde su presencia fundamenta esa esperanza que no nos defraudará. Tenemos todo un año por delante para exorcizar el desaliento, para sanar las heridas del pasado, para vivir y comunicar esa alegría jubilar de quien experimenta que la gracia de Dios es más grande que cualquiera de las razones que podamos argumentar para vivir desanimados y sin esperanza.

2.1. El fundamento de la esperanza

La esperanza es uno de esos términos que pueden desvirtuarse en esta sociedad que hace mutar los conceptos para despojarlos de su contenido religioso. Al escuchar esta palabra algunos pueden entender una actitud positiva ante la vida, una perseverancia en los retos emprendidos o la activación de ciertos procesos psicológicos de autoayuda para superar el desánimo o el pesimismo.

Sin hacer de menos a todo esto, la *esperanza que no defrauda* es para nosotros mucho más, porque **tiene su origen y fundamento en Dios**. Es una virtud teologal y por ello la fuente de donde mana es el Dios vivo y verdadero en quien creemos. Ya nos lo dijo el papa Francisco al escribirnos a los salesianos con ocasión del CG28:

«Ni pesimista, ni optimista, el salesiano del siglo XXI es un hombre lleno de esperanza porque sabe que su centro está en el Señor, capaz de hacer nuevas todas las cosas. Solo eso nos salvará de vivir en una actitud de resignación y supervivencia defensiva. Solo eso hará fecunda nuestra porque posibilitará que el don recibido continúe siendo experimentado y expresado como una buena noticia para y con los jóvenes de hoy».

Convertirnos a la esperanza es, por tanto, acercarnos cada vez más a Jesús para no hacer estéril su salvación en favor nuestro. La esperanza brota del amor de Dios que es más grande que el pecado y que la muerte. Toca los lugares más recónditos del alma y provoca en ella un cambio interior del que nace la necesidad del perdón y el regalo de la paz. Este es el viaje jubilar que cada cristiano estamos llamados a emprender y, una vez experimentado, a acompañar en la vida de otras personas.

2.2. Actitudes para vivir con esperanza

No pretendo abordar todos los temas que están ya planteados por el papa Francisco en su escrito *Spes non confundit*, con el cual convocó el año jubilar. **Mi deseo es que**

cada salesiano y cada educador pueda hacer oración ante el Señor desde la propia situación personal y con lucidez, cada uno identifiquemos los mecanismos que dificultan o bloquean nuestra esperanza y así movamos nuestra inteligencia y nuestro corazón para desear la acción de Dios en nuestra vida.

Las limitaciones e incluso los conflictos son parte de la vida y pueden defraudar nuestra esperanza. La enfermedad, el exceso de trabajo que genera malestar, el deterioro físico, la desconexión entre el deseo y la realidad, la no aceptación de los límites, el desencanto pastoral, la dificultad relacional con algunas personas, las heridas del pasado que no han acabado de sanar y generan desafección, amargura o tristeza son algunas de las actitudes que deberían ser limpiadas con esta agua fresca y purificadora del año jubilar.

Dios no va a venir a cambiar por arte de magia ninguna de las causas objetivas que provocan estas situaciones, pero puede transformar nuestra mirada, puede tocar nuestro corazón para que a pesar de las limitaciones y las dificultades objetivas que estemos viviendo, la presencia de Jesús nos convierta en portadores auténticos y creíbles de alegría y de esperanza para los demás.

Para poder entrar en esta dinámica jubilar que abre nuestro corazón al don de Dios **os propongo tres actitudes** que para muchos no os resultarán novedosas porque ya os he hablado de ellas en otras intervenciones. Las recojo en esta invitación a la oración personal y comunitaria porque nacen de la experiencia que me ha ido acompañando en estos años de servicio de animación y gobierno en la inspección.

La primera actitud es tener la lucidez suficiente para salir de nuestros puntos de vista y de los condicionamientos que genera la mirada autorreferencial. Escuchar a los demás requiere dejar de oírse a sí mismo en exceso. Percibir los signos de Dios en la vida supone alzar la mirada y dejar de estar curvado sobre los propios sentimientos, posicionamientos y actitudes defensivas.

La vida religiosa puede generar máscaras muy diversas que, con apariencia de bien, nos ayudan a esconder cosas que no queremos afrontar de nosotros mismos y nos protegen de la mirada de los otros. Identificar esas máscaras y liberarnos de ellas es condición necesaria para que la gracia de Dios toque nuestro rostro y nuestro corazón y nos inunde con su esperanza que no defrauda.

La segunda actitud para vivir con esperanza es cultivar una mirada contemplativa ante la vida. El formalismo, la prisa, la inmediatez, la rutina son tendencias que destruyen la vida espiritual. Podemos vivir llenos de ruidos internos y externos y así pasar distraídos por la vida sin descubrir la presencia de Dios en medio de las personas y de las situaciones que vivimos.

Necesitamos cultivar el silencio que permite llevar a la oración y al diálogo con Jesús todas aquellas cosas que hemos visto y oído. Ante situaciones similares las personas reaccionan de modos diversos en función de lo que hay en su interior. Habitamos una sociedad que genera muchas dependencias, que nos atan a muchas cosas que parecen indispensables para vivir y que, en medio de una gran oferta de bienes de

consumo, está secando el alma de muchas personas. No somos inmunes a todo esto y si no estamos atentos, también se puede secar el alma de personas consagradas.

La esperanza que no defrauda, en cambio, se hace fuerte en el interior de un cristiano cuando es capaz de contemplar la vida y descubrir que el misterio pascual se sigue haciendo realidad en situaciones concretas de la vida. El aparente silencio de Dios ante momentos de desconsuelo, dolor y sufrimiento puede generar desafección o, por el contrario, puede llevarnos a sentir una mayor necesidad de Él. La vida es el lugar donde Dios nos espera para que sepamos descubrirle. Educar esa mirada y ese corazón es tarea permanente del seguidor de Jesús y requiere de tiempos de oración que nazcan de la vida y vuelvan a ella.

La tercera actitud es vivir la fraternidad y dejarnos sorprender por Dios. El individualismo y ese pesimismo que nos hace pensar que ya nada puede cambiar ni en uno mismo ni en los demás, bloquea la acción de Dios en nuestra vida. Necesitamos superar esa actitud pasiva que convierte el ideal de la vida fraterna en algo inalcanzable y nos instala en relaciones formales y rutinarias con una comunicación pobre. Pasar de la vida en común a la comunión de vida supone tomar medidas concretas, tener detalles que enriquezcan la comunicación con el hermano y descubrir con lucidez todo lo que en uno mismo dificulta la construcción de la comunión.

La esperanza que no defrauda llega a nosotros a través de otras personas y no es una conquista del yo aislado sino un regalo de Dios que se recibe en comunidad junto con los hermanos que Dios nos ha dado para amar y ser amados, para encarnar de forma concreta y real, el ideal de la fraternidad evangélica.

2.3. Jesús no nos defrauda

Estas tres actitudes que os he presentado suponen un cambio interior, una disposición del alma para poder acoger el don de Dios. Una conversión pedagógica, hecha de opciones concretas y evaluables. Tras reflexionar sobre ellas **os invito ahora a que centremos la mirada en una página del evangelio para que sea Jesús el que eduque nuestro corazón.**

He elegido un texto del evangelio de Marcos que se ha proclamado en la liturgia del XVI domingo del tiempo ordinario. En él no se cita explícitamente la esperanza, pero al hablar de la relación de Jesús con sus discípulos he considerado que nos puede ayudar para encontrar la motivación más profunda en la que ésta se funda.

Es curioso que, al regreso de su misión, los Doce se encontraron con un Jesús más preocupado por su reposo que por el resultado de su trabajo pastoral. Con todo, el descanso querido no siempre es posible para quien acompaña al Maestro; la muchedumbre que lo buscaba aumentó los sentimientos de misericordia en él y lo puso a disposición de ese pueblo sin pastores. Este texto nos enseña que descansar junto al Maestro es la recompensa del discípulo misionero y que la compasión de Jesús frente a la necesidad de su pueblo será la primera lección que tenemos que

aprender. Jesús no permite ser secuestrado por los suyos mientras haya un pueblo sin pastor.

He aquí el texto para poder detenernos en oración ante él como si nosotros fuéramos parte de esta escena de Jesús con sus Doce escogidos:

«En aquel tiempo, los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Él les dijo: —«Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco.» Porque eran tantos los que iban y venían que no encontraban tiempo ni para comer. Se fueron en barca a un sitio tranquilo y apartado.

Muchos los vieron marcharse y los reconocieron; entonces de todas las aldeas fueron corriendo por tierra a aquel sitio y se les adelantaron. Al desembarcar, Jesús vio una multitud y le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor; y se puso a enseñarles con calma». (Mc 6, 30-34)

2.4. Le contaron todo lo que habían hecho y enseñado

Los salesianos somos hombres de acción y de relación. Nuestra historia personal ha quedado asociada a tareas que se nos han confiado y a personas con las que nos hemos relacionado en diferentes ámbitos de actuación. Sabemos que la misión encomendada tiene a la comunidad como sujeto. No realizamos tareas a título personal, sino que asumimos responsabilidades como parte de una comunidad. En este tiempo de misión compartida no todos tenemos que hacer de todo, pero todos deberíamos sentirnos parte de todo lo que se lleva adelante en una casa salesiana.

Jesús mandó a sus discípulos de dos en dos para realizar en nombre suyo la primera misión que les encomendó. Esas parejas de apóstoles las formamos en cada una de nuestras comunidades educativo pastorales, cuatro, seis, ocho, doce salesianos que junto con muchos seglares vocacionados, estamos llamados a ser con nuestra vida un signo de esperanza para las personas que habitan nuestras casas.

Es realmente significativo que cuando los apóstoles regresaron tras la misión encomendada, Jesús no se preocupara de la eficacia de su actuación o de la compenetración y convivencia lograda entre ellos. **La primera invitación de Jesús al regreso de sus Doce enviados fue a que estuvieran con él para poder descansar en su compañía.**

No solo necesitan descansar los salesianos y educadores que están bregando sin parar en diferentes actividades pastorales empalmando campamentos con “campoboscros” y otras actividades con los jóvenes y con las personas que atendemos. Para quienes están en un momento vital en el que se acumula trabajo y responsabilidades, resuenan con fuerza aquellas palabras clarividentes que el papa Francisco nos dijo en la Evangelii Gaudium:

El problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado. (EG 82)

El descanso con Jesús no solo es necesario para el cansancio físico que provoca la acción. Junto a Jesús, necesita descansar nuestra vida y con ella, nuestro corazón, nuestra alma, nuestras emociones, todo nuestro ser. Descansando con Jesús se encuentra consuelo, serenidad, perdón y paz. Por eso, cada uno de nosotros estamos llamados a escuchar esta invitación de Jesús a descansar a su lado y hablarle de nuestra vida y de las cosas que hacemos o decimos en su nombre.

Nuestra misión no es solo organizar actividades sino ser un cauce a través del cual Dios llegue a la vida de las personas con las que nos relacionamos. Es un hecho que en este momento de la vida de nuestras inspectorías muchos salesianos tienen que redescubrir el sentido de su actividad cuando dejan de poder hacer muchas de las cosas que desempeñaban en el pasado dando clase, asumiendo responsabilidades de gestión, organizando tareas y personas. Muchos años haciendo una misma tarea puede habernos identificado demasiado con ella y hacernos olvidar que, más allá de lo que se hace, **nuestra misión es ser referentes espirituales** que acercan con la propia vida, la esperanza de Jesús a la de otras personas.

Por eso, esta invitación de Jesús a que le contemos todo lo que hacemos en su nombre vale para todos sus seguidores. Este encuentro personal con Jesús nos dará descanso y nos ayudará a volver a la vida con sus criterios, sus sentimientos y razonamientos para ser un cauce a través del cual su buena noticia llegue a los demás. Este viaje de la vida a Jesús y de Jesús a la vida es el que alimenta nuestra vocación salesiana, da un sentido al momento concreto de nuestra historia personal y fundamenta la esperanza que vivimos y testimoniamos.

2.5. Jesús vio, le dio lástima y se puso a enseñarles con calma

La escena de Don Bosco visitando las cárceles y palpando el drama de aquellos jóvenes, marcó el origen de su vocación pedagógica y espiritual. Ser una mano amiga que les instruyera, los acompañara y les alejara del lugar del peligro fue su manera de imitar la compasión de Jesús y su preocupación por las personas expresada en este evangelio.

Este deseo acompañó toda la vida de Don Bosco, desde la juventud a la ancianidad, y por eso puede ser referente para nosotros en cualquiera de las estaciones de nuestra vida. **Don Bosco no perdió la sensibilidad que genera la compasión hacia las situaciones que viven los jóvenes**, no se alejó de la misión que le había confiado la divina providencia, ni siquiera cuando la falta de fuerzas le llevaban a afirmar que una vez hecho el boceto los colores ya tendrían que ponerlo sus hijos.

Nuestras casas están llamadas a ser **lugares de esperanza** para quien se encuentra desorientado en la vida. Si hemos heredado grandes estructuras educativas, parroquias, organizaciones de tiempo libre o proyectos sociales reconocidos por las entidades públicas es para hacer realidad esta página del evangelio. No podemos dejarnos absorber por tantas cosas que hay que gestionar en un despacho, no podemos desengancharnos del bien que se hace en nuestras casas por no estar ya en primera línea, no podemos ensimismarnos en nuestros problemas personales y perder esa sensibilidad que Jesús nos enseña para saber ver la necesidad del otro y sentir compasión ante ella.

Jesús interrumpió el descanso con los suyos para enseñar a personas que estaban desorientadas. Nuestras casas construyen un tejido de relaciones en las que esta página del evangelio puede seguir haciéndose realidad: ¿Qué puedo hacer yo para contribuir a ello?

Jesús nos interpela para vencer el mal a fuerza de bien, para generar fraternidad en un mundo crispado, para ser portadores de una cultura basada en el amor, en la generosidad y en el perdón como alternativas creíbles de vida. Cada uno de nosotros estamos llamados a poner nuestro granito de arena para que la enseñanza de Jesús llegue por la fuerza del testimonio de sus seguidores a una sociedad donde hay demasiadas personas tristes, desorientadas y llenas de miedos.

Habiendo descansado con Jesús podremos sacar fuerzas para ser testigos suyos. Familiarizados con su mirada compasiva podremos llevarla a nuestras relaciones personales. Educados por él podremos ser educadores de los demás. Arrraigados en el Dios de la paz y de la esperanza encontraremos el gesto y la palabra oportuna para quien está solo y desamparado.

En estos años me he encontrado con salesianos que en situaciones físicas muy limitadas e incluso en el lecho de muerte, han sido un faro que ha brillado con energía para la vida de los demás. Estas personas no han dejado de enseñar con su vida, no han parado de comunicar evangelio en estado puro incluso cuando las fuerzas físicas ya no les permitían una actividad que realizar. ¿No pueden ser un ejemplo para nosotros cuando nos entra la tentación de instalarnos en la queja o de bajar los brazos?

Jesús nos invita a cada uno de nosotros a seguir colaborando con él hasta el último aliento, aunque sea con detalles muy sencillos y aparentemente insignificantes. Nuestra misión es ser referentes espirituales para las personas. Jesús nos interpela para ver la vida con sus ojos y no desde otros criterios. Esa mirada permitirá ver a los jóvenes con profundidad y compasión en lugar de con críticas y lamentos. Esa mirada nos ayudará a salir de nosotros mismos e imitar la calma y la paciencia de Jesús para con quienes necesitan ayuda y orientación. Ahí se fundamentará una esperanza que nadie nos podrá quitar.

3. Oración conclusiva

D.: Padre, que estás en el cielo,
T.: la **fe** que nos ha donado en tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,
y la llama de la **caridad**
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,
despierten en nosotros
la bienaventurada **esperanza**
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio
que fermenten la humanidad y el cosmos,
en espera confiada
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,
cuando vencidas las fuerzas del mal,
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracias del Jubileo
reavive en nosotros,
peregrinos de Esperanza,
el anhelo de los bienes celestiales
y derrame en el mundo entero
la alegría y la paz
de nuestro Redentor.
A ti, Dios bendito eternamente,
sea la alabanza y la gloria por los siglos.
Amén

D.: María virgen, Madre de nuestra esperanza,
T.: ruega por nosotros.

FORMACIÓN

El corazón no se divide²

Cardenal François-Xavier Bustillo, obispo de Ajaccio (Córcega)
Edgar Peña Parra, sustituto de la Secretaría de Estado
Nicolas Diat, escritor y editor

El papa Francisco, autor del prólogo a El corazón no se divide (editorial PPC), desea “que los testimonios de este libro nos inspiren para servir a Jesús, a quien amamos y contemplamos en la oración, y a quien encontramos en el servicio y el amor a nuestros hermanos y hermanas”.

Por eso, y porque está convencido de que esta Conversación sobre la unidad entre François-Xavier Bustillo y Edgar Peña Parra –moderada por Nicolas Diat– “hará mucho bien a las almas”, ofrecemos en exclusiva el primero de sus doce capítulos (“Historia de dos vocaciones”), en el que la pareja protagonista rememora para el lector cómo surgió y se desarrolló su llamada a la vida sacerdotal.

Historia de dos vocaciones

“La fe que amo más, dice Dios, es la esperanza. La fe no me sorprende. No me resulta sorprendente. Resplandezco tanto en mi creación. La caridad, dice Dios, no me sorprende. No me resulta sorprendente. Esas pobres criaturas son tan desdichadas que, a menos de tener un corazón de piedra, cómo no iban a tener caridad unas con otras [...].

Lo que me admira, dice Dios, es la esperanza. Y no me retracto [...]. La esperanza es una niña de nada. Que vino al mundo el día de Navidad del año pasado [...]. Esa niña de nada. Sola, llevando a las otras, atravesará los mundos concluidos [...].

La fe va por sí misma. La fe marcha sola [...] La caridad marcha desgraciadamente sola [...]. Pero la esperanza no marcha sola. La esperanza no camina por sí misma. Para esperar, hija mía, hace falta ser feliz de verdad, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia.

² Pliego publicado en la revista “Vida Nueva”, núm. 3.362 del 27 de abril al 3 de mayo de 2024.

La fe ve lo que es [...]. La caridad ama lo que es [...]. La esperanza ve lo que todavía no es y que será. Ama lo que no es todavía y que será [...]. Por el camino ascendente, arenoso, difícil. Por la senda ascendente. Arrastrada, colgada de los brazos de sus dos hermanas mayores, que la llevan de la mano, la pequeña esperanza avanza. Y en medio, entre sus dos hermanas mayores, aparenta dejarse arrastrar. Como una niña que no tuviera fuerza para andar. Y a la que se arrastraría por esa senda a pesar suyo. Y en realidad es ella la que hace andar a las otras dos. Y las arrastra. Y hace andar a todo el mundo. Y lo arrastra. Porque solo se trabaja por los niños. Y las dos grandes no andan sino por la pequeña”³.

Nicolas Diat (N. D.). La historia de una vocación es siempre singular. ¿Cómo surgió su llamada a la vida sacerdotal?

Mons. François Bustillo (F. B.). Surgió en el seno de una familia católica. De forma gradual y lineal... No hubo una revelación particular en mi vida; y tampoco viví un momento impactante, como san Pablo.

Crecí en una familia cristiana que alimentó mi fe y me transmitió su solidez. Yo vivía en el País Vasco, cerca de Espelette. Cuando tenía diez años me fui al seminario menor de los franciscanos. Allí descubrí una espiritualidad, a los hermanos, y recibí mi formación. Desperté a un estilo de vida ordenado, regular, estable. Los estudios, los horarios, las tareas, las responsabilidades, me resultaron estructurantes. Cada cual debía limpiar las habitaciones, los pasillos, los baños. El seminario menor fue la época en que se arraigó mi vocación. Entre sus muros conocí a hermanos de una gran caridad. Estos contactos me ayudaron mucho, a la luz del Evangelio, que nos pide: “Vosotros seréis mis testigos”.

En una vocación, si no encontramos “testigos”, nos quedamos en una dinámica conceptual o ideológica un tanto mística. Yo tenía diez años cuando otros partían hacia el noviciado con dieciocho o diecinueve años. Ellos me inspiraron a continuar en este camino y vivir una vida franciscana.

Evidentemente, en el seminario menor primero asistimos a clase. Pero íbamos a misa todos los días. Las repeticiones de los cánticos, la vida litúrgica, ocupaban un importante lugar. Estábamos en el colegio para formarnos y aprender a rezar.

En el seminario menor pude encontrarme a mí mismo y estructurar mi vocación. Estoy para siempre muy agradecido a estas personas que me ayudaron a comprender mejor mi fe y me alentaron hasta que cumplí diecisiete años. Tras el bachillerato marché a Italia.

N. D. ¿Por qué optó por la Orden de los franciscanos?

³ Charles Péguy, El pórtico del misterio de la segunda virtud. Madrid, Encuentro, 1991, pp. 13-23

F. B. Creo que puedo hablar de un encuentro. ¿Qué es el azar? ¡Es Dios, que pasa de incógnito!

Yo estaba en un pequeño colegio público y un franciscano vino a vernos. Pero los motivos que me impulsaron a ir al seminario no fueron muy místicos. Aquel religioso nos dijo que durante el verano pasaríamos una semana de campamento con una piscina, con la posibilidad de dar largos paseos con otros niños. Mis padres me animaron a ir: “Escucha, tú prueba, y luego ya decidiremos”. Ese hermano es hoy en día misionero en Ghana. Nos habló de una manera muy sencilla y yo lo seguí.

Los seminarios menores de esa época se parecían mucho a colegios privados. Yo no estaba lejos de la casa de mis padres, en el precioso valle del Baztán.

Al final de nuestra formación solo tres niños queríamos continuar nuestra vida religiosa. Esa pequeñísima minoría se parecía al “resto” bíblico. Pero conservo felices recuerdos de esos momentos de descubrimiento y de aventura.

Tras el bachillerato tenía la opción de ir a la universidad o al noviciado franciscano de Italia. Esto último implicaba irme definitivamente de España.

Partí hacia Padua, donde pasé un largo tiempo de formación. En 1986, la aventura comenzaba, cuando yo no tenía todavía ni dieciocho años. No hablaba italiano. Tuve que aprenderlo muy rápido, pero, gracias al latín, al francés y al español, por intuición o por deducción, con errores a veces mortificantes y con frecuencia tontos, conseguí comunicarme con los demás.

N. D. ¿Qué recuerdo conserva usted de la ciudad de Padua?

F. B. La tumba de san Antonio de Padua es un lugar importante de la vida franciscana desde el siglo XIII. Fue un santo que me marcó enormemente. Me impresionaba la cantidad de personas que querían tocar su tumba. Hay necesidad de contacto físico con un santo, una petición de encarnación. Ante muchedumbres del mundo entero comprendí que nuestra fe no era únicamente una construcción teológica. La gente necesita algo palpable. San Juan lo dice: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos” (1 Jn 1, 1).

Éramos nueve novicios. Los hermanos del convento y nuestro padre maestro trataban en primer lugar de hacernos comprender la vida franciscana. Vivíamos en el interior del convento, llevando puesto el hábito y el cordón, excepto los nudos, porque aún no habíamos profesado. Esa época de descubrimiento de la regla, de las constituciones, de la vida religiosa y fraterna permanece grabada en mi memoria. Una cosa es ser un niño, dejarse llevar por el movimiento y vivir en un entorno cómodo donde los puntos de referencia son sencillos, y otra es vivir con hermanos de culturas y de tradiciones muy diferentes.

Yo era muy joven. Por ejemplo, uno de los hermanos era abogado; tenía otra vida, estudios y formación más adaptados. La mayoría de los novicios contaban con una experiencia académica o profesional. Éramos todos muy diferentes.

En el inmenso convento de Padua fui comprendiendo poco a poco la singularidad de la vida franciscana. Solíamos mantener debates enriquecedores. Yo tenía la impresión de ser una mariposa que lo iba descubriendo todo al mismo tiempo. Venían misioneros de América, del Amazonas, de África, y contaban historias increíbles; para nosotros, que éramos tan jóvenes, era fascinante conocer religiosos valientes y aventureros del fin del mundo. Creo que el hecho de escuchar tantas anécdotas contribuía a formar una especie de ensoñación en nosotros. Los misioneros hablaban sin parar. Yo me decía que me gustaría hacer lo mismo que ellos, irme a África.

El noviciado fue un bonito período de descubrimiento de todas las facetas de la vida religiosa. Conocí una doble vida comunitaria: entre novicios, donde todos éramos jóvenes, y en una importante comunidad, la de Padua. Había dos realidades: el contacto con los hermanos ancianos, que tenían experiencia, y nosotros, los más jóvenes, llenos de lozanía.

Siempre he estado convencido de que necesitábamos estos dos polos. Nosotros contábamos con la fuerza; ellos, con la sabiduría y la experiencia de los hermanos mayores. Aún recuerdo el rostro de los ancianos, excelentes, buenos y simpáticos. Había otros un poco menos dulces, un poco menos conciliadores. La vida, en definitiva... Aún no estamos en el paraíso, y la realidad a veces se contradice con el idealismo. En un noviciado podemos llegar con ideas románticas, pero enseguida se impone un principio de realidad.

En 1987 emití mis primeros votos. Se me quedó grabado el momento en que pronuncié el "sí". Me hice algunas preguntas: ¿seré lo bastante dócil, hábil, inteligente? Un religioso joven tiene necesariamente dudas. Pero la verdad es que hay que lanzarse. En la vida, o nos arriesgamos o morimos.

¿Por qué querer tenerlo todo calculado? Hay un peligro muy claro: no hacer nada, sufrir la vida, pasar al lado de la felicidad. El noviciado es una aventura. No estamos nunca solos. La mediación de la comunidad es esencial. El maestro de novicios nos ayuda a discernir.

Un joven tiene deseos, ideas nuevas, mientras que la percepción y las decisiones de la comunidad suelen estar impregnadas de prudencia. La vida no puede ser unidireccional: hay que tener en cuenta el criterio y la madurez de quienes están a nuestro lado.

Completé cinco años de formación teológica en Padua. Éramos unos cincuenta jóvenes hermanos. Conservo un recuerdo bastante extraordinario de esa época, porque pude estudiar lo que me gustaba. Cuando estaba en el instituto, tenía asignaturas que me dejaban más indiferente. Pero en la facultad las clases eran apasionantes.

Comprendí que nuestra fe tenía sólidas bases intelectuales. Las clases de Sagrada Escritura, de moral, de dogmática, de filosofía, de derecho: las lecciones eran muy interesantes. Yo me apasionaba por todo. Nada me parecía superficial o artificial.

Después de cinco años de estudio en Padua pasé a ser, en 1992, profeso solemn, y entré definitivamente en la Orden. Otorgué a ese día una importancia casi relativa. El primer “sí” era el más importante. La profesión solemn era una confirmación del “sí” que di cuando tenía dieciocho años. Luego continué, en la Universidad Católica de Toulouse, mis estudios de máster en teología.

Ya podía hacer un balance de mi vida. A los dieciocho años había dejado mi país para no volver jamás, excepto durante algunos días de vacaciones. No se trataba de un exilio. En Padua, de nuevo, me pidieron que partiera...

El superior general de mi Orden tenía un proyecto para Francia. Me dijo: “François, hay que elegir un lugar francófono para tus estudios”. Porque yo tenía previsto partir hacia Roma. El general siguió diciendo: “Tendrás que ir a Suiza, a Friburgo, o a Bélgica, o a Toulouse”. Yo pensé que, si tenía que irme a Francia, era más conveniente plantar mi maleta en Toulouse para conocer mejor el entorno eclesial y social de esa región. Viví dos años en el Seminario Universitario Pío XI, de Toulouse. Tuve que retomar mis estudios de francés. Al mismo tiempo descubrí una sociedad secularizada que planteaba apasionantes retos.

De los veintitrés a los veinticinco años tuve la impresión de estar recibiendo una formación muy enriquecedora y de estar viviendo encuentros fundamentales.

Siempre tuve apetito por la aventura y el descubrimiento de nuevas personas. Cuando aprendes diferentes lenguas, descubres culturas y tradiciones diferentes. Todas enriquecen nuestro patrimonio personal.

Desde Toulouse viajé por el gran sur de Francia. Fui de Burdeos a Montpellier. Fui invitado a ordenaciones diaconales o sacerdotales de jóvenes de mi edad. Fue una ocasión para descubrir las diócesis, las catedrales y los sacerdotes.

Me hice diácono en Tarbes en 1993 y después, un año más tarde, fui ordenado sacerdote en Pamplona, mi ciudad de origen, por el cardenal Fernando Sebastián Aguilar. Cuando fue creado cardenal, le envié unas palabras de felicitación. Y él me dijo: “Ve donde el Señor te ponga”. Es una carta muy bonita que aún conservo.

Entre 1987 y 1994, de Italia a Francia, no dejé de viajar. En la vida franciscana, las dimensiones de la itinerancia, del desapego y de la apertura a la maravilla son importantes. Debemos permanecer atentos a las personas que pasan por nuestras vidas y que siempre nos dan algo de ellas mismas.

Al llegar a Francia me impactó la descristianización. Yo venía de Navarra, tierra católica; la situación no era diferente en Padua. Viví en esas regiones donde la Iglesia era como un faro.

En el sur de Francia, la debilidad de la práctica y una cierta hostilidad social me parecían un desafío formidable para un joven que quería entregarse al Señor, no para vivir bien, sino para lanzarse a la aventura de la fe.

Mons. Edgar Peña Parra (E. P. P.). Yo nací en una familia católica. Para nosotros, la misa dominical era un momento importante. En Venezuela vivíamos en Maracaibo, en un barrio popular del centro histórico.

Nunca pertenecí al coro de niño ni me comprometí de una manera particular en la vida parroquial. Pero hacia los trece años, con un grupo de amigos, comencé a frecuentar y a unirme a diferentes grupos, sobre todo la coral, el grupo litúrgico y la Legión de María.

Con los grupos de jóvenes de la Legión viví una experiencia extraordinaria: cada viernes visitábamos el hospital, junto a la parroquia, y a las personas abandonadas, e impartíamos catequesis a los niños durante la misa dominical.

A lo largo de estos encuentros me fui acercando a la parroquia y a la vida religiosa. Nuestro cura, un joven sacerdote, tenía un gran carisma. Su padre era alemán, y su madre, venezolana. Era un personaje importante en la ciudad, conocido por todos, ricos y pobres, y muy activo en el mundo de los medios de comunicación. Su vida de sacerdote era ejemplar.

A los dieciséis años fui invitado a un retiro con la parroquia. La primera llamada del Señor se había hecho escuchar. Hablé de ello con el cura para pedirle orientación espiritual.

Hacia el final de mis estudios de secundaria tuve que elegir entre estudiar medicina, que siempre había sido mi deseo, e ingresar en el seminario. Y así, el 29 de septiembre de 1978, entré en el Seminario de Santo Tomás de Aquino, de la diócesis de San Cristóbal, para estudiar filosofía. Tenía muchas preguntas y pocas respuestas.

En los Andes, el seminario era excepcional. Estudié filosofía bajo la dirección de los padres eudistas canadienses y de sacerdotes diocesanos. Durante ese maravilloso tiempo comprendí la importancia de los tres pilares de la vida del seminario: la vida espiritual, la vida intelectual y la vida pastoral.

Los padres eudistas eran muy buenos profesores. Recuerdo en especial al padre Cardona, un sacerdote anciano que era el bibliotecario del seminario. Él me enseñó a aprovechar cada minuto del día para crecer y perfeccionarme.

Al final del ciclo de filosofía fui enviado a hacer mis estudios de teología al Seminario de Santa Rosa de Lima, de Caracas. El ambiente en esta gran metrópolis era muy diferente. Había seminaristas procedentes de los cuatro rincones del país. Descubrí esta riqueza con una gran alegría. Todavía hoy, todos los sacerdotes de esta generación se conocen muy bien.

El Seminario de Santa Rosa de Lima nos proporcionó una buena formación. Podría usted preguntarme qué pasó con mis numerosas preguntas... Durante esos años del seminario, nuestro director espiritual nos indicaba el medio de encontrar respuestas confiando en el Señor. Su consejo podría resumirse en una frase: "O te abandonas, o te quedas donde estás".

Una frase de san Pablo a Timoteo me acompañó y la conservé para mi ordenación sacerdotal: "Sé de quién me he fiado, y estoy firmemente persuadido de que tiene poder para velar por mi depósito hasta aquel día" (2 Tim 1, 12). Esta convicción me sostuvo en medio de las pruebas, y así hasta hoy. El 23 de agosto de 1985, fiesta de Santa Rosa de Lima, patrona principal de nuestro seminario, fui ordenado sacerdote.

Un mes después de mi ordenación fui enviado como vicario a una iglesia del sur de la ciudad de Maracaibo, Nuestra Señora de Guadalupe, que estaba dirigida por jesuitas. Esta parroquia era muy bonita y estaba muy bien organizada, pero solo me quedé ahí nueve meses. Mi arzobispo me nombró cura de la parroquia de San Pablo Apóstol, donde permanecí diez meses.

Luego me pidió que acudiera a la parroquia de San Rafael Arcángel, en el distrito de Mara, fuera de la ciudad de Maracaibo. Este núcleo comprendía más de cien mil habitantes y catorce capillas.

El trabajo era duro y exigente, pero los sacerdotes del seminario me ayudaron mucho, y esto fue para mí un gran consuelo y una verdadera experiencia de fraternidad sacerdotal. Durante dos años y medio, la misión en la periferia fue determinante para mi vida sacerdotal.

Un día mi arzobispo me llamó para reunirse conmigo. Me dijo: "El nuncio me ha informado de que has sido escogido para ingresar en la Academia Pontificia Eclesiástica". Yo pregunté: "¿Y eso qué es?". Me contestó que era un centro formativo para formar diplomáticos de la Santa Sede, pero que no conocía más detalles. Me aconsejó que reflexionara pronto sobre ello, porque él debía dar una respuesta a la nunciatura apostólica. Y entonces añadí: "¿Qué piensa usted de ello?". Y él me contestó que no se le dice "no" al papa. Mi arzobispo siempre había sido fiel y obediente.

Así llegué a Roma en septiembre de 1989 y comencé los cuatro años de formación en la Academia Pontificia. Al principio me enfrenté a numerosos desafíos: el italiano, el latín, el ingreso en el entorno académico romano. Pero este tiempo fue verdaderamente vertebrador. Por la mañana íbamos a la Universidad Gregoriana para asistir a clases de derecho canónico, con el fin de conseguir la licenciatura y el doctorado. Las tardes estaban reservadas a clases de formación diplomática. A finales de junio nos marchábamos de Roma durante todo el verano para hacer cursos de lenguas.

Suelo destacar la belleza de la Academia, donde tuve la oportunidad de estudiar con sacerdotes de todo el mundo. Las promociones están siempre formadas por treinta sacerdotes. La Academia era una manera excepcional de comprender la

universalidad de la Iglesia y una forma de volver a los tres pilares de la vida sacerdotal: espiritual, intelectual y pastoral.

Durante los cuatro años que pasé en Roma presté servicio en la parroquia de Sant'Andrea Corsini. Luego defendí mi tesis doctoral el 3 de mayo de 1993 en la Universidad Gregoriana. Se titulaba: *Los derechos del hombre en las organizaciones internacionales a la luz del magisterio pontificio*.

N. D. ¿Cómo puede un sacerdote mantenerse fiel a las promesas de su ordenación?

F. B. Cada vez que vivimos una etapa importante de nuestra vida –en mi caso fue la profesión simple, la profesión solemne, la ordenación diaconal y sacerdotal, y la llamada al episcopado–, surgen algunas cuestiones.

Yo me dije a mí mismo: si te comprometes, si dices “sí”, no es para aparentar o para vivir una farsa toda tu vida. Están las nociones de don y de compromiso, que son fundamentales. A menudo me hacía estas preguntas: ¿seré fiel, seré lo bastante fuerte, perduraré? Estas preguntas están vinculadas a nuestra humanidad y a nuestra vulnerabilidad. No estamos programados para responder de una forma mecánica.

Mi respuesta es sencilla: tengo toda la vida para responder en la fe y en la esperanza. Dios actúa por su Espíritu Santo en mi vida y en mis decisiones.

No hay un momento concreto administrativo o sacramental en que digamos “sí” a la vida, “sí” a la voluntad de Dios. Un “sí” como María, porque, como ella, yo a veces me decía: “¿Cómo va a ser eso?”.

No somos robots; en el gran ciclo de la vida no experimentamos evoluciones mecánicas, sino orgánicas.

A los dieciocho años, cuando respondí a Dios, mi madurez estaba muy limitada, era la madurez de un hombre sin experiencia.

A los veintitrés años, la madurez sigue siendo casi la misma, pero está evolucionando.

A los veinticinco ya hay experiencia. Hay algunos que ya se han casado, que tienen hijos y asumen responsabilidades en su vida personal, familiar y profesional. Se han lanzado y progresan continuamente. Para tomar decisiones en la Iglesia no podemos esperar la parusía... Pero yo solía decirme a menudo: ¿soy un ingenuo, un inconsciente, o estoy viviendo de verdad en la fe? Es cierto que he vivido un recorrido bastante lineal, no ha habido agitaciones en mi vocación. Hoy en día puedo decir que la fidelidad se construye a diario. El fiel por excelencia es Dios. “Tú eres el Dios fiel”, como le cantamos: “Tú eres el Dios fiel, eternamente”.

Nosotros tratamos de responder a la llamada de Dios. La fidelidad no puede ser una forma de voluntarismo. Desde mi primera juventud me percaté de que la dimensión del abandono era importante. Un abandono en la confianza del Señor que vela sobre nosotros.

Una mentalidad calculadora no tiene ningún sentido. Si un religioso o un sacerdote evalúa incesantemente la percepción política de las cosas, si se acerca a las personas y a las situaciones a partir de pequeñas tácticas, se arriesga a caer en una especie de neurosis. María pronunció un "sí", un *fiat*, sin vuelta atrás. Ella no dudó cuando dijo: "Pero, ¿cómo va a ser eso?". Quería comprender mejor para responder mejor.

Tengo la sensación de que nos planteamos interrogantes para evitar una vida mediocre e irresponsable. Porque la fidelidad es una llamada a darlo todo. Hace poco ordené a un sacerdote y le dije: "No has sido ordenado para construir una obra y para gestionar personas, sino para ser testigo de Cristo". Era una manera de decirle: hay cuestiones complejas, pero tu vida debe dejarse guiar por la confianza.

El Señor ha sido bueno hasta ahora, y lo seguirá siendo. También es necesario que yo sea bueno y que trate de responder lo mejor posible, sin hacer trampas, sin entrar en lógicas complicadas, a la fuerza de su amor.

Siempre me he dicho a mí mismo: el Señor está, pero también están otras personas que están a mi lado. No soy el único que ha de responder. No estoy solo. Estoy en la Iglesia, pertenezco a un cuerpo, soy franciscano, vivo en una comunidad. No puedo responder de manera aislada, aunque la respuesta solo me pertenezca a mí.

E. P. P. La fuerza de mi fidelidad se fue construyendo desde mi entrada en el seminario, y perdura hasta hoy. El Señor es nuestro amigo, no nos abandona jamás. Este elemento es esencial. Amigos, formadores, colaboradores y directores espirituales me han sostenido en esta idea de que nuestro "sí" se repite cada día.

Cuando pienso en el arzobispo que me ordenó sacerdote, cuando pienso en todos los sacerdotes que he conocido a lo largo de mi vida, veo hombres que se entregan, felices, generosos y fieles.

Mi "sí" se renueva cada día, con el apoyo de un director espiritual, de un confesor, de los sacramentos y de la misa. Cada día le digo "sí" a Dios. Mons. Bustillo ha dicho muchas veces "sí" en su vida, y a mí me ocurre lo mismo. Pronunciamos "sies" que nos hacen caminar. El "sí" del seminario, el "sí" de todos los ministerios que he recibido -del diaconado y del presbiterado- y luego el "sí" a todas las nunciaturas en las que he sido enviado forman el entramado de mi vida.

Acepté partir a las nunciaturas de nueve países diferentes; esto supuso nueve "sies", uno cada cuatro años...

N. D. ¿Cuáles son sus figuras tutelares? ¿Santos, religiosos, religiosas que hayan conocido, laicos que hayan sido para ustedes brújulas y figuras carismáticas que les hayan ayudado a mantener su fe?

E. P. P. Yo ya he mencionado a mi párroco, a mi arzobispo, a los superiores de los dos seminarios y, muy en particular, a los directores espirituales de estos. Debería añadir al presidente de la Academia Pontificia Eclesiástica, el cardenal Karl Josef Rauber.

Siempre me han edificado los hombres y mujeres que se han consagrado a una causa. Desde mi infancia. Me acuerdo, por ejemplo, de Rita Levi-Montalcini, Premio Nobel de Medicina, que dedicó su vida a la investigación. O incluso de esas parejas que se aman profundamente durante toda su vida.

Hay dos santos que han estado presentes en mi vida. Uno de ellos es el papa Pablo VI. Entré en el seminario cuando él acababa de fallecer. Era el año 1978, el año de los tres papas: Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II.

Con una gran sed intelectual y espiritual quise conocer a ese papa santo. En todas las nunciaturas a las que fui encontré libros o revistas del Instituto Pablo VI que me ayudaron a descubrir a la persona del papa Montini. Debo confesar que siempre me he sentido acompañado y protegido por Pablo VI.

Cuando era nuncio en Mozambique, el Santo Padre Francisco me llamó por teléfono para anunciarme mi nombramiento como sustituto de la Secretaría de Estado, el 6 de agosto de 2018, el día del aniversario de la muerte de Pablo VI. Después, como sustituto, participé en la canonización de Pablo VI el día 14 de octubre, un día antes de la toma de posesión de mi cargo. El segundo santo que conocí, otra figura tutelar que me atraía mucho desde mi infancia, fue José Gregorio Hernández.

Este médico de Venezuela quería ser religioso, monje de clausura. Pero no podía cumplir su sueño por razones de salud. Ofreció su vida por la paz en Europa. Un coche lo atropelló y lo mató el día de la firma del Tratado de Versalles. José Gregorio Hernández vivió en una Venezuela atravesada por constantes convulsiones cada vez más profundas. Era un hombre conciliador que siempre trataba de hacer el bien. Para mí es un modelo de vida cristiana. Se entregaba por completo en todo lo que hacía. Consagrarse significa entregarse del todo, sin guardarse nada para sí. Se trata de poner todo lo que somos en lo que hacemos. José Gregorio Hernández es un beato que me conduce siempre a entregarme en todo lo que hago cada día, sin medida, sin guardarme nada.

Desde que pronuncié mi “sí” he tratado siempre de hacer lo que debo hacer –y lo que la Iglesia me pide que haga–, dedicando a ello todo mi tiempo, mis pensamientos, mi energía, mi voluntad; y nada más.

Cuando un joven se enamora de una joven, solo tiene ojos para ella. Lo mismo me ocurre a mí en mi vida sacerdotal. He de consagrarme por entero a lo que el Señor quiere de mí; esa entrega total me impide mirar hacia atrás.

En la vida concreta de las nunciaturas, mi adscripción pasaba por una práctica exigente: cada cuatro años dejaba un país, amigos y costumbres para comenzar una nueva historia.

F. B. Recuerdo ante todo al religioso que tanto me interpeló cuando yo estaba en el colegio, ese mismo que es hoy misionero en Ghana. También estaban los hermanos del seminario menor. Algunos permanecieron en Italia, uno es misionero en Uruguay, otro en Kazajistán. Conocí hombres serenos. La serenidad me ha tranquilizado siempre. Cuando conocemos a un hombre que no está atormentado, que carece de agresividad y que es amable y entusiasta, se convierte en un motivo de aliento en nuestro camino.

Estos hermanos partieron hacia regiones del mundo muy variadas. Rezo a menudo por ellos.

Recuerdo también a esos jóvenes, repletos de capacidades, tan enérgicos, que no tenían ni diez años más que yo; sabía que en ellos yo tenía ejemplos a seguir. Solo tenía que imitarlos.

También me acuerdo con frecuencia de esos viejos amigos que llegaron al final de su vida. Una santidad casi palpable emanaba de muchos de ellos.

Ellos me alentaron. Percibía que eran dichosos. Carecían de frustraciones, de agresividad, de amargura y de visibles dudas. Vivían, sin duda, sus luchas, pero sin lamentarse, y esta paz me marcó mucho. Mantengo aún lazos de amistad y fraternales con ellos. Acudieron a mi ordenación episcopal.

Posteriormente conocí a un maestro de novicios, el padre Carlo Vecchiato, que fue un verdadero maestro de vida. Este veneciano, hombre espiritual y prudente, me orientó durante mis estudios de teología. Arraigado en la fe y en la esperanza, profundamente espiritual, ejerció siempre una gran influencia en el estudiante que era yo entonces.

Recuerdo también al padre Daniel, un gran anciano que me acompañó. Hablaba poco, pero siempre estaba disponible. No era un religioso intelectual. Su amabilidad, su caridad, su devoción dejaron huella en mi historia.

De entre la gran cohorte de santos me gustaría hablar en primer lugar de san Francisco.

Cuando yo era niño, el santo Francisco de las avellanas me conmovía. Tenía el lado poético y romántico de los libros ilustrados de cuentos. Con el tiempo descubrí al hombre de los estigmas. San Francisco se había visto alcanzado en su corazón y en su ser. Leí su *Testamento* y sus *Admoniciones*. En este último texto, san Francisco decía: "Cuidado, no juzgues". ¿Por qué?

Porque lo dice Jesús. En su *Regla*, san Francisco escribe: "Nuestra regla es el Evangelio". Y dice también: "Recuerda el Sermón de la montaña". Mateo es muy

claro: “No juzgues. No condenes”. San Francisco encarna y vive lo que sabe y lo que cree, encarna el Evangelio en su vida.

Estoy convencido de que es importante no juzgar a los demás. Es verdad que, cuando tenemos responsabilidades, hay que saber hacer una valoración de las situaciones. Pero sé que estoy invitado a mostrar cierta humildad en mis juicios. Nunca lo sabemos todo; no conocemos todos los elementos ni todos los aspectos. San Francisco conocía bien la pasta humana. En su *Regla* escribe: “Cuando los hermanos van por el mundo, no murmuran, son amables”. La cordialidad es fundamental. En sus cartas, san Pablo dice que ve en el mundo comportamientos que no son evangélicos. San Francisco dice lo mismo. En las ciudades y en los pueblos, los hermanos no deben reñir.

San Francisco se mantuvo firme hasta su muerte. Su adhesión a Dios, hasta el desapego más radical, me impresiona. No faltan las lecciones para algunas familias religiosas actuales cuyos fundadores han creado traumas en la vida de tantos hombres y mujeres. ¡Es realmente misterioso!

Sabemos que san Francisco transmitió el futuro de la Orden al hermano Elías. Su renuncia fue incondicional. Su pobreza no era solo de tipo material. Implicaba también su libertad interior, lo que le permitió desprenderse del gobierno de la Orden de la que había sido fundador en beneficio de otro. Esta actitud evangélica es edificante. Muestra que no vivió nunca su ministerio de autoridad como un poder.

Desde el seminario menor, otro santo franciscano, más moderno, influyó en mí: Maximiliano Kolbe. Su obediencia y su audacia me fascinaban.

Maximiliano siempre había tenido ideas novedosas, pero, al mismo tiempo, su obediencia a sus superiores era total. En 1941, las circunstancias extraordinarias de su muerte son edificantes. Durante la oscura época de la Segunda Guerra Mundial, en medio de persecuciones, de fosas comunes, de la injusticia más cruel en el infierno de los campos de concentración, él estaba en la luz.

Maximiliano representa el combate ancestral entre Eros y Tánatos, el amor y la muerte. En el entorno más trágico, donde la muerte reina por todas partes, Maximiliano predica y vive el amor. Proféticamente anuncia: “Solo el amor es fuerza creadora”.

El motor de su existencia está presente en esta humilde frase. Cuando se encuentra en los campos de la muerte, cuando da su vida por otro, veo también el espíritu franciscano y evangélico.

En los campos de concentración, los nazis arrebatában la vida de los demás. Él dio su vida por un padre de familia. En ese preciso instante, tomar y dar son dos actitudes opuestas. Están quienes toman la vida de otros y quien da su vida por otro. Esta sublime decisión es profundamente evangélica. En un infierno, un hombre hace un gesto luminoso.

Desde entonces, Maximiliano Kolbe ha inspirado todos mis “síes”. Él es el hombre que fue hasta el final del combate más difícil, diciendo “sí” en ese instante último.

Hoy tengo cincuenta y cuatro años. Y tengo que seguir diciendo “sí” hasta el fin. El matrimonio se vive en la dicha y en las dificultades. Cuando todo va bien, la vida es maravillosa. Cuando celebramos hermosas misas pontificales, todo es maravilloso también. Pero hay momentos más laboriosos, situaciones complejas y tristes con personas, comunidades o parroquias. Ahí también hay que decir “sí” para afrontar la realidad, superando la tentación de la pasividad o de la huida de la realidad.

¡Es necesario que nuestro “sí” sea siempre portador de vida! (...).

► COMUNICACIÓN

Inteligencia artificial, diez preguntas fundamentales

Carlos Méndez, SDB

Hace algún tiempo, Tik Tok viralizó un filtro llamado “Inteligencia Artificial”. Muchos usuarios, después de subir su imagen, estaban fascinados de que la imagen captada se transformaba en una nueva imagen caricaturizada, idealizada y casi perfecta de cómo nos veríamos representados en un estilo animado.

Por otra parte, parece que la nueva plataforma de Chat GPT sigue avanzando. Con la última actualización del Chat GPT 4, una versión mejorada de OpenAI, se puede entender y generar texto, audio e imágenes, mejorando la interacción con los usuarios y automatizando las tareas, casi como un asistente virtual de nivel experto, pues incluye la posibilidad de anexar los documentos digitales y trabajar directamente sobre ellos.

Pareciera que no estamos tan lejos de aquello que hemos visto en algunas películas de Steven Spielberg, en las que las máquinas realizaban muchas tareas por nosotros. Lo cierto es que la tecnología digital avanza rápidamente y las innovaciones no se hacen esperar.

Damos por descontado que conocemos todos los aspectos de las novedades del mundo digital. Pero también es clara la brecha creada por edad, analfabetismo digital, falta de acceso a internet, resistencias al cambio, pobreza, entre otros. Pensando en ello, como comunicadores debemos ser los primeros en educar e informar de las novedades, descubrimientos y desarrollos que competen al gran mundo de la comunicación y la tecnología. Por ello, compartimos estas diez preguntas que nos ayudan a tener claridad de los avances actuales y cuál debería ser nuestra posición en referencia a la Inteligencia Artificial (IA).

1. ¿Qué es la IA?

La IA es un ramo de la informática que permite la programación y proyección de sistemas de hardware y software en un modo que se permita dotar a las maquinas con características de funcionalidad típicamente humanas, tratando de recrear algún tipo de inteligencia, basado en la teoría de las inteligencias múltiples de Gardner: lógico-matemática, lingüística, espacial, musical, kinestésico-corporal, intrapersonal, interpersonal, naturalista.

2. ¿Cómo funciona la IA?

Los sistemas de IA son desarrollados con el principio básico de los Algoritmos (sucesión de pasos que definen una operación sobre unos datos para conseguir resultados). En este sentido, los sistemas de IA realizan cálculos, no solo de datos abstractos, sino también de datos organizados, haciendo comparaciones y eligiendo tendencias.

3. ¿Cuál es la fuente de información de la IA?

La IA trabaja con datos suministrados por seres humanos. La información se convierte datos de secuencias básicas numéricas. Estas secuencias son interpretadas y permiten las comparaciones. Diversos algoritmos intervienen y al final presentan la elección realizada sobre la base de la información global suministrada. Con esta información, los sistemas se retroalimentan y mejoran sus elecciones y resultados.

4. ¿Podemos decir que la IA es verdadera inteligencia?

Lo primero que podemos afirmar es que la IA no es conciencia humana ni tampoco animal. No hablamos en este sentido de inteligencia como capacidad de raciocinio y de conciencia. Solamente podemos decir que es un sistema que presenta resultados en base a una cantidad enorme de cálculos y elecciones comparativas a partir de datos numéricos.

5. ¿La IA es una computadora que habla con nosotros?

Los sistemas de IA no son una computadora, son sistemas soportados en servidores digitales o físicos, en sentido estricto, no son “una” computadora. Claramente podemos decir que son software proyectados para simular conversaciones y responder rápidamente. La simulación es muy detallada, por lo cual las respuestas son muy rápidas, precisas y articuladas.

6. ¿Es útil la IA?

Es evidente que todo desarrollo tecnológico y digital tiene sus beneficios. El tema ético indica que en sí misma la tecnología no tiene propósito negativo, lo cual no salva que pueda ser utilizado en beneficio particular, sin considerar a los demás. En consecuencia, la IA puede ayudar a mejorar las capacidades y el progreso humano, pero una falta de criterio de solidaridad puede traer consecuencias negativas para algunos.

7. ¿Cuáles son los desafíos éticos para el uso de la IA?

El desarrollo tecnológico de la IA también tiene su impacto en la acción humana. Actualmente los problemas técnicos como: la programación con principios discriminatorios; la seguridad y protección de la privacidad de cada usuario; la transparencia y responsabilidad de las empresas desarrolladoras de esta tecnología, deben ser atendidos y clarificados por las autoridades. Del mismo modo, los efectos sociales como: la reducción de puestos de trabajo a causa de la automatización con la IA; la autonomía de decisiones de la IA que influencia las decisiones personales; la educación y alfabetización digitales; el costo social y ambiental del desarrollo de estas tecnologías, actualmente no son atendidos en las políticas de los estados o instituciones gubernamentales.

8. ¿Qué dice la Iglesia sobre la IA?

El Papa Francisco, desde el año 2019, ha advertido la novedad y riesgos de la IA. En febrero 2020 se desarrolló en el Vaticano un Congreso sobre la IA. En su discurso durante el congreso, el Papa Francisco advirtió que la IA es un don, pero necesita una ética adecuada para ser utilizada en modo responsable. En el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, del 01 enero 2024, insistió nuevamente: "Es necesario ser conscientes de las rápidas transformaciones que están ocurriendo y gestionarlas de modo que se puedan salvaguardar los derechos humanos fundamentales". Su presencia en la reunión del G7, en junio 2024, fue una novedad y no desaprovechó la oportunidad para recordar que la IA se ha convertido en un instrumento potentísimo, utilizado en diversas áreas del actuar humano desde la medicina hasta la cultura, desde la comunicación hasta la política. Pero, también manifestó la ambivalencia de este instrumento: "De un lado, entusiasmo por las posibilidades que ofrece, pero del otro genera temor por las consecuencias que deja entrever". Con todo ello, la Iglesia no está negada a la novedad tecnológica, por el contrario, pide un uso adecuado siempre al bien de la humanidad.

9. ¿Salesianos e IA?

Por el papel tan importante que tiene la IA en el mundo juvenil y de la educación, los salesianos han abordado este desafío en modos y momentos diversos. Un gran desafío es la respuesta del modelo pedagógico salesiano del encuentro y la cercanía que debe formar con una integración ética y responsable de frente a las nuevas tecnologías. Por otro lado, recientemente se creó la Comisión Salesiana Internacional para la Inteligencia Artificial (ISCAI en inglés) buscando aprovechar los beneficios de la IA y abordar las implicaciones que esta genera en el ámbito de los valores y principios. El mes pasado fue presentado en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma el libro *Intelligenza artificiale. In cerca di umanità*, el cual intenta responder a la pregunta hecha por el Papa Francisco en la última Jornada de las Comunicaciones Sociales: ¿Qué es, entonces, el hombre? ¿Cuál es su especificidad y cuál será el futuro de nuestra especie llamada homo sapiens en la era de las inteligencias artificiales?

10. ¿Cuál debería ser nuestra posición de frente a la IA?

Como padres y madres de familia, educadores, formadores, pastores, no podemos dejar a un lado los avances de la sociedad digital. Es para nosotros una obligación mantenernos actualizados y tener sentido crítico para poder orientar el uso de las nuevas tecnologías y de la innovación digital. Así mismo, tenemos el deber de educar en una sana conciencia que permita la elección de los principios del bien común y del progreso de todos. La tentación de un individualismo exacerbado, alimentado por las facilidades de lo virtual, podría llevarnos a perder el sentido de la humanidad.

Para finalizar, no olvidemos que la inteligencia y las relaciones humanas se desarrollan en el contacto diario y real con los otros y en la valoración de los resultados de su aplicación. Asumamos el reto de conocer cada vez más de las oportunidades que nos brinda el mundo digital y hagamos el esfuerzo de hacer crecer los criterios de un uso responsable de los medios tecnológicos y digitales que nos ofrece el mundo actual.



Líneas para el aguinaldo 2025

Anclados en la esperanza, peregrinos con los jóvenes

Cardenal Ángel Fernández Artime

Queridos hermanos, queridas hermanas, querida Familia de Don Bosco: como todos los años en el mes de julio se hace llegar un borrador sencillo de lo que puede ser el desarrollo del Aguinaldo del nuevo año. Así, quienes deben programar el nuevo año académico a partir del mes de septiembre tienen ya una orientación. En esta ocasión estamos escribiendo estas líneas a «cuatro manos» (como en el piano cuando son dos personas quienes interpretan una partitura). Esto se debe a que en este caso el Rector Mayor y su Vicario estamos esbozando estas líneas que después, seguramente a partir de los meses de octubre y noviembre, el mismo don Stefano Martoglio, al frente de la Congregación Salesiana y animando la Familia de Don Bosco, será quien prepare y desarrolle el texto del Aguinaldo y quien lo presente a nuestras hermanas, Hijas de María Auxiliadora y con ellas, a toda la Familia Salesiana del mundo.

Cuando hemos pensado, junto con un equipo, cual podría ser la orientación de la Aguinaldo de este año, tuvimos desde el primer momento la certeza de que esta tendría que ir de la mano y en sintonía con el gran evento eclesial que será el *Jubileo Ordinario del año 2025* que ya ha proclamado el Santo Padre papa Francisco con su bula «*Spes non confundit*» (Rom 5,5), [La Esperanza no defrauda]. Como dice en el subtítulo el Papa: «A cuantos lean esta carta la esperanza les colme el corazón».

Y, al mismo tiempo, no olvidamos que en este año 2025 se cumplen los 150 años de la primera expedición misionera enviada por Don Bosco a Argentina. Será por eso mismo un año del todo extraordinario.

Todo ello nos ha llevado a pensar que el Aguinaldo de este año tendría que estar centrado en la «esperanza» y en el camino que recorreremos con los jóvenes. Y es esto lo que justifica el lema que hemos creado.

1. Una esperanza que nos lleva más allá del temor.

Como nos dice el Santo Padre en la bula de convocatoria del jubileo, «bajo el signo de la esperanza el apóstol Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma». Pensar en el jubileo es pensar en todos *los peregrinos de esperanza*. Peregrinos de esperanza seremos muchos de nosotros en todas las partes del mundo, en tantas Iglesias particulares; seremos nosotros peregrinando con los jóvenes, haciendo un camino que nos llevará al encuentro personal y vivo con Jesús, que es «puerta» de salvación (cf. *Jn* 10, 7.9). Y con Jesús podremos testimoniar que Él es «nuestra esperanza» (1 *Tm* 1,1).

Nuevamente en palabras del Papa, “Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad”⁴. Ante esta realidad que forma parte de la vida, de la nuestra, de las familias de los jóvenes y de ellos mismos, creemos que, el nuevo año y en él este Jubileo, será para todos *una magnífica ocasión para reavivar la esperanza*. Y junto con los jóvenes iremos descubriendo, y los ayudaremos a descubrir, personal y comunitariamente, que la esperanza, la verdadera esperanza anclada en el Señor no sucumbe ante las dificultades «porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad»⁵, y así podemos seguir adelante en la vida, pero no de cualquier modo, no simplemente sobreviviendo, sino viviendo con autenticidad cristiana. En palabras de san Agustín: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar»⁶.

2. Un camino que recorreremos anclados en la esperanza cristiana

La esperanza cristiana es la que no defrauda, no engaña porque se fundamenta en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor de Dios. Esa certeza nos la fundamenta también el apóstol Pablo (*Rom* 8,35.37), y la palabra de Dios nos asegura que en medio de la oscuridad se percibe esa luz y se adquiere esa fuerza que viene del mismo Señor y de su Resurrección.

Ciertamente es el camino de la vida, de toda vida, y en especial de la vida de cada cristiano, *un camino* que se ha de recorrer contando con momentos especiales, particulares, momentos fuertes necesarios para alimentar y robustecer la esperanza que nos lleve al encuentro con el Señor y a vivir con un verdadero y pleno sentido.

⁴ FRANCISCO, *Spes non confundit*, bula de convocación del Jubileo Ordinario del año 2025 (9 de mayo de 2024), 1.

⁵ *Ibidem*, 3.

⁶ *Idem*.

Peregrinar, algo que haremos de mil maneras y en mil lugares con los jóvenes en este año jubilar, es algo común en quienes desean y necesitan salir de los lugares de confort, salir de los espacios donde podemos estar cómodamente instalados y quizá también desencantados, desmotivados. Peregrinar nos va a exigir *esfuerzo, silencio* en muchos momentos y optar por *ir a lo esencial*.

Necesitaremos ponernos en esta disposición junto con los jóvenes. Nos hará mucho bien a todos, y sin duda que el Señor se encontrará con cada uno de nosotros, cuando lo crea conveniente, donde Él quiera, pero tocando lo más valioso y profundo de nuestro corazón, de nuestro espíritu, de nuestro ser. Y hemos de estar disponibles para el encuentro hasta ese punto. No ha de darnos miedo «*arriesgar*» cuando se trata del encuentro con el Señor. Él nunca defrauda, máxime si estamos aferrados a Él, *anclados en Él*.

3. Son tantos los jóvenes que sueñan con verdadera esperanza

Para nosotros, Salesianos, Familia Salesiana de Don Bosco, sería imposible hablar de la vida de Don Bosco, hablar de él y no hablar de sus sueños. Él ha guardado sus sueños en su mente y corazón para toda la vida, incluso después de haberlos realizado. E inspirados por el sueño de Don Bosco y por lo que viven y experimentan en nuestros ambientes salesianos, los jóvenes descubren que sus hermosos deseos son la fuerza que les hace capaces de grandes cosas y aprenden que cada desafío puede ser superado con valentía y confianza en sí mismos. Los jóvenes tienen grandes sueños, pero deben ser animados a ¡soñar! y nosotros educadores, educadoras tenemos esta tarea. La de acompañarlos en el verdadero camino de la vida.

Los jóvenes tienen derecho a soñar con un mañana mejor, tienen en sus manos la posibilidad de renacer y comenzar de nuevo, de estudiar y de trabajar, de construirse un futuro de humanidad y de **esperanza**.

Los jóvenes con los que compartimos nuestra vida, los que se hacen presentes en las casas salesianas, en las casas de toda la Familia Salesiana, los jóvenes que tienen sueños (algunos de ellos compartidos con nosotros)⁷ son los artesanos del mañana, los que moldearán el mundo con sus jóvenes manos. Soy la cara de una humanidad que hace camino y quiere mejorar. Una humanidad herida por la guerra, por la pobreza, por el dolor, pero una humanidad que tiene el rostro de la Caridad y del Amor. Una humanidad capaz de resurgir y esperar, de levantarse de la tierra y volver a caminar. Capaz de acoger y de dar, sin dejar nunca de sonreír y de amar.

Y a través de estas historias y deseos ocultos que cada uno lleva dentro de sí, podemos descubrir cómo los límites pueden ser superados, los problemas más grandes pueden ser abordados y que, incluso en los momentos más difíciles, no debemos dejarnos ganar, sino encontrar los recursos personales y contextuales para

⁷ Cf. PASTORAL JUVENIL SALESIANA, *Diamantes ocultos*, Roma, 2024, 225.

poder afrontar cualquier desafío. No todos los sueños son iguales, pero una cosa es segura: ¡todos tenemos sueños!

Entre los centenares de sueños de los jóvenes presentamos, a modo de muestra, unos pocos. Como ellos, en el día a día hemos de seguir peregrinando, recorriendo un camino que lleve a los jóvenes a vivir desde la *esperanza*, pues los jóvenes saben que soñar es posible y que si los sueños llevan la garantía del Señor que los sostiene, serán una realidad.

El sueño de la joven **Ámar Gazel Hernández**, de 18 años, en San José, Costa Rica, podría llevar por nombre ***Estrellas perdidas***. Ámar nos dice «Si me hubieran preguntado hace seis años cual era el sueño de mi vida, probablemente habría respondido que soñaba con ser bailarina, con usar unas puntas y bailar en un escenario; sin embargo, conforme pasó el tiempo y las circunstancias de vida cambiaron, ese sueño quedó en segundo plano. Ahora con diecisiete años me he dado cuenta de que mi sueño sigue ahí, pero el enfoque que le doy es distinto; la realidad es que actualmente la sociedad nos exige demasiado y en muchas ocasiones estos sueños terminan convirtiéndose en frustraciones, al vernos ante grandes expectativas, elevados niveles de estrés y requisitos que terminan siendo irracionales. Para mí un sueño es encontrar esa felicidad en las pequeñas cosas, en llegar a esas metas por pequeñas que sean, en ir en contra de las exigencias del mundo porque al fin y al cabo todo somos estrellas perdidas en el cielo que buscan obtener esa plenitud y mostrar su propia luz. Finalmente mi respuesta a la pregunta del inicio, mi sueño es conseguir mis metas, para que en el camino también pueda dar felicidad a los que me rodean, encontrando no solo el sentido de la vida sino una satisfacción en poder hacer lo que quiero, en ese júbilo de saber que voy avanzando sin importar lo difícil que se torne, que cada noche mi motivo de vivir con esperanza y alegría sean esos pequeños logros que hacen sentir orgullosos a mis allegados; en eso evolucionaron mis sueños, en la lucha constante por prosperar siendo consiente de todo lo que he hecho para llegar aquí pero disfrutando de lo que el momento me ofrece. No puedo responder a esta pregunta de una manera específica porque, como todos, soy esa estrella perdida en el inmenso cielo que todavía busca su brillo, pero que nunca deja de trabajar por lo que quiere y espera impaciente por lo que podría obtener y bridar este sendero llamado vida».

Y desde Costa de Marfil, **Anani Henry Joël Kouadio**, también un joven de 18 años, nos dice que su sueño podría llamarse **Le choix [La elección]**. Nos lo narra del siguiente modo: «Mi sueño es ser médico. Ante todo ¿por qué esta elección? Puedo decir que todos los que aspiran a este trabajo, lo hacen para salvar vidas. Es la idea principal que viene a la cabeza. Pero para mí, personalmente, mi motivación es mayor. “Ver a personas enfermas, sin medios para curarse y que mueren por falta de médicos”. Siendo cristiano, me he dicho: “¿por qué no ser un instrumento por el que Dios va a pasar para curar y salvar vidas?”. Lo que me empuja en este impulso es que mi padre está en el cuerpo médico y a su lado me siento más interpelado, más motivado, interesado. Esto me hace esperar que yo formaré parte de este

cuerpo. Me gustaría ser un neurólogo, un especialista en neurología. Mi gran deseo es llegar a realizar mi sueño según la voluntad de Dios, el ejemplo de Don Bosco también me motiva».

Anita Marton tiene 24 años; es italiana de Mogliano Veneto, y nos cuenta su sueño hecho realidad ya hoy, ya en la actualidad. Y quiere ponerle como título **Da tutta la vita [Por toda la vida]**. «Estaba en tercera elemental, estábamos estudiando a Dante. La maestra estaba impaciente, explicaba sin pasión. Solo transmitía aburrimiento e impaciencia, estábamos aprendiendo a odiar a Dante.

Un maestro deja una marca - en la marca - sobre los niños que tiene delante, y si en clase no lleva sus amores, sino sus estados de ánimo, como dice D'Avenia, estos se aferran a las almas sedientas que tienen delante y las ofuscan. En cambio, quería que mis compañeros de clase descubrieran la belleza. En ese momento me di cuenta de que era mi sueño, la llamada a la que tenía que responder. Han pasado ocho años desde aquel día, y después de ocho años este sueño se ha hecho realidad. Hoy estoy en un aula, enseñando. Veo a estos jóvenes sentados delante de mí y me veo a mí misma buscando un sueño al que apuntar la brújula de la vida. Quién sabe qué deseos habitan en sus corazones, quién sabe qué esperanzas y temores. Me encuentro ante estos jóvenes: no saben que he soñado con estar con ellos toda la vida».

Desde India, en el estado de Tripura, en Agartala, **Bipasha Hrangkhawl**, de 30 años sigue haciendo realidad su sueño: «**A Light in Someone's path**» [**Una luz en el camino de alguien**]. Estas son sus palabras: «Sueño con iluminar la vida de algunas personas desfavorecidas en este mundo, mejor, de cualquier manera que pueda. Al crecer, me di cuenta de que hay muchas personas en este mundo cuyo camino está oscurecido, la esperanza se ha cerrado, el futuro es sombrío y la felicidad está lejos.

Al estar en el lado más afortunado con mejores privilegios, me di cuenta de que podía hacer mi pequeña parte en contribuir a la vida de al menos unas pocas personas. La caridad comienza en casa, y es solo haciendo un pequeño impacto a niveles más pequeños, y con el tiempo, seré capaz de realizar mi sueño en un área más grande. Sueño con una sociedad de gente feliz, que ama su vida y a pesar de las diferencias viven unidos en el amor y la paz. Sueño con ser una parte feliz de ella, un instrumento eficaz de significado y propósito y, juntos, hacer de este mundo un lugar mejor para vivir. Una luz en el camino de alguien me llama a la acción y la disciplina. Caminaré en la luz, mi camino encantador donde el mismo Dios es mi luz e irradiar a lo largo del camino para que el camino de los demás brille».

Clarissa Budianto vive en Indonesia, en Oceanía, más exactamente en Yakarta. Tiene 26 años y su sueño pasa por ser una **Auténtica Educadora**. Nos dice: "«¡Cuelga tus sueños tan alto como el cielo! Sueña tan alto como el cielo. Si caes,

caerás entre las estrellas, dijo Soekarno Hatta, el primer presidente de Indonesia. Para mí, mi sueño es acompañar a los jóvenes cuando la vida se vuelve compleja y dura para ellos. Estar ahí para ellos no para que dependan de mí sino para que vean esperanza en Dios y humanidad a través de mí. Sé lo que es estar solo y confundido. El deseo de estar ahí para otros como yo, acompañarlos a través de sus pensamientos dinámicos y enfrentar la complejidad de la vida es lo que me mantiene despierto. Lo que me mantiene en marcha son las sorpresas del Espíritu Santo a medida que camino por mi vida. Recuerdos aleatorios de este sueño y también pequeñas recompensas significativas en la vida como me caigo persiguiendo el sueño.

Mi sueño es ser una educadora que sea benevolente, sincera y concedora de mis estudiantes. Lo más importante es ser una maestra que pueda ayudar a las mentes jóvenes a encontrar sus sueños y perseguirlos».

Y **Daniel Flores** de 28 años, es venezolano, natural de Caracas, y está convencido de que **Si se puede soñar, se puede hacer**. Estas son sus palabras: «Soy de Venezuela. Desde niño soñaba con ser médico estudié en un colegio salesiano y la experiencia misionera alimentó mi sueño de servir a los demás. En 2016, a un año de graduarme en medicina, mi familia decidió migrar a Chile por la situación del país. A pesar de las dificultades, trabajé y estudié al mismo tiempo. En 2022, me gradué en medicina general y por las buenas notas que logré, gané una beca para hacer un posgrado en pediatría, que estoy estudiando actualmente. Ejercí mi profesión en una zona de bajos recursos en Santiago de Chile.

Pero sueño con volver para ayudar a los niños de Venezuela, sueño que, poco a poco, se está materializando, ya que, con la ayuda de amigos de la universidad en Caracas, envió algunos insumos desde Chile para apoyar las jornadas de atención médica en los barrios. También planeo, a mi regreso a Venezuela, instalar un centro de atención pediátrica comunitaria».

4. Misioneros en el mundo, Misioneros de la Vida

Y como ya apuntamos, este año santo jubilar viene para nosotros de la mano de otro hecho que está en la base de lo que hoy es la Familia de Don Bosco en el mundo porque, digámoslo de manera firme y cierta: Nadie, ninguno de nosotros y ninguna de las instituciones que hoy forman el gran árbol que es la Familia Salesiana, la Familia de Don Bosco, existiría hoy en la Iglesia si el Espíritu Santo no hubiese suscitado desde los primeros momentos su ardor misionero. Se cumplen en este año jubilar los 150 años del primer envío misionero llevado a cabo por Don Bosco, en 1875, con destino a Argentina.

Celebrar en el Año Santo Jubilar 2025 este importantísimo evento nos pone en esta situación: Es un año per **Reconocer, Replantear y Relanzar:**

- **Reconocer:** Damos gracias a Dios por el don de la vocación misionera que permite hoy a los hijos de Don Bosco y a su familia llegar a los jóvenes pobres y abandonados en 136 países.
- **Repensar:** Ya que es una ocasión propicia para repensar y desarrollar una visión renovada de las misiones salesianas a la luz de los nuevos desafíos y perspectivas que han llevado a nuevas reflexiones misiológicas.
- **Relanzar:** ¡Porque no solo tenemos una historia gloriosa que recordar y de la que estar agradecidos, sino también una gran historia por hacer! Miramos al futuro con celo misionero y entusiasmo renovado para llegar a un número aún mayor de jóvenes pobres y abandonados que puedan vivir con esperanza, y con verdadero sentido de la vida, una vida en Dios.

Reconocer, repensar y relanzar reavivan y alimentan la **esperanza** que empuja hacia las nuevas fronteras misioneras de la Congregación y de la Familia Salesiana especialmente para los jóvenes más pobres y marginados.

Reconocer, repensar y relanzar no es optimismo fácil. Son acciones arraigadas en la fe en Jesucristo, que está siempre con nosotros incluso cuando vivimos momentos de preocupación, miedo y dificultad que surgen al anunciar el Evangelio.

Reconocer, repensar y relanzar reavivan y alimentan la esperanza que empuja hacia las nuevas fronteras misioneras. Los desafíos y las dificultades misioneras están ahí y siempre estarán, pero dotados de una esperanza «llena de fe», nos impulsarán con valentía hacia las nuevas fronteras socioculturales, digitales y geográficas, de modo que nosotros mismos nos convertimos en una pequeña antorcha de esperanza para los demás, especialmente para los jóvenes más pobres y necesitados, porque ante todo estamos llamados hoy a ser *verdaderos Misioneros de la Vida*.

5. Una esperanza jubilar y misionera que se traduzca en verdaderos logros

Nos dice el Papa en la bula del Jubileo 2025 que «los signos de los tiempos, que contienen el anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza»⁸, e invita a la Iglesia, y a nosotros en ella, a vivir este 2025, año jubilar y misionero, empeñándonos en ser signos tangibles de esperanza que se concreten en⁹:

- Que el primer signo de esperanza **se traduzca en paz para el mundo**, un mundo que vuelve a verse sumergido en la tragedia de la guerra.
- Que mirar al futuro con esperanza se concrete en **tener una visión de la**

⁸ FRANCISCO, o.c., 7.

⁹ Cf. *Ibidem*, 8,9,10, 11,12,13, 14, 15.

vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Como cristianos no podemos no contribuir para lograr una *alianza social para la esperanza*.

- En este año jubilar estamos llamados a ser **signos tangibles de esperanza** para tantos hermanos y hermanas que **viven en condiciones de penuria**.
- Que ofrezcamos **signos de esperanza a los enfermos** que están en sus casas o en los hospitales.
- Y también necesitan esa *esperanza* aquellos que en sí mismos la representan: los jóvenes (nos dice el papa Francisco): «No podemos decepcionarlos... Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!»¹⁰.
- No pueden faltar **los signos de esperanza hacia los migrantes**, ni hacia **los ancianos** que con tanta frecuencia experimentan soledad y sienten el abandono.
- Y finalmente el Papa nos pide que los signos de esperanza de este año jubilar se concrete en **esperanza para los millares de pobres** que carecen de lo más básico y necesario para vivir con dignidad.

Nos invita el Papa —y hacemos nuestra esta invitación— a vivir **anclados en la esperanza**¹¹, pues esta, junto con la fe y la caridad, constituyen la esencia de la vida cristiana, pero entre todas «la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana... Necesitamos que “sobreabunde la esperanza» (cf. Rom 15,13), y en este año jubilar queremos y necesitamos hacerlo con los jóvenes, como Familia Salesiana que somos, para que ellos y con ellos podamos testimoniar de manera más creíble y atrayente la fe, quizá nuestra pobre fe, «para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe»¹². Que María, Madre de nuestro Señor, Madre de la Iglesia y Auxiliadora nos acompañe en este camino, Ella que también fue peregrina.

¹⁰ *Ibidem*, 12.

¹¹ *Ibidem*, 18.

¹² *Idem*.

PASTORAL

La misión de transmitir la fe en los colegios del siglo XXI¹³

Álvaro Lobo Arranz, SJ¹⁴

La secularización, la ruptura de la cadena de transmisión de la fe, la crisis de la natalidad, la reducción de los consagrados y las amenazas que sufre la concertada nos llevan a preguntarnos por la identidad de los colegios católicos en este siglo XXI. A lo largo de este artículo, se desarrollan distintos aspectos fundamentales a la hora de transmitir la fe en un colegio evangelizador de forma integral. Ámbitos que no se centran sólo la dimensión pastoral, sino que intentan abarcar todas las dimensiones de un centro, para pasar de un colegio con pastoral, a un colegio pastoral.

A mí me gusta pensar que cada colegio, al igual que ocurre con otras tantas instituciones religiosas, es la concreción del amor de Dios en un lugar y en un momento de la Historia, donde convergen la buena voluntad, los recursos, la experiencia y los sueños de familias, alumnos, religiosos, benefactores y autoridades. Como aquella imagen idílica de la película de “La Misión”, en cada centro educativo se puede formar un ecosistema donde se transparenta la fe, la esperanza y la caridad, y donde crecen personas y familias, y en cuyo centro está Jesús de Nazaret y así poder vivir dando gloria a Dios, cada uno a su manera. Y siendo esto un ideal, no deja de tener parte de real, pues esto se puede percibir en algunos colegios desde el mismo momento en el que cualquier persona entra por la puerta. Evangelizar en los colegios, por tanto, no es una utopía.

Cuestión de identidad

Actualmente se habla mucho de transmisión de la fe y de identidad, tanto en la Iglesia como en bastantes de los colegios católicos. Por otra parte, debemos admitir con humildad, que las épocas de crisis avivan el interés por recuperar la identidad,

¹³ Publicado en la revista “Sal Terrae”, núm. 112 (2024), págs. 421-435.

¹⁴ Subdelegado de pastoral juvenil y colegial de la Provincia de España. Coordinador de pastoralsj.org.

pues forma parte del sano instinto natural de cada persona e institución de no disolverse en la multitud, como el adolescente que se cambia el pelo de color en la crisis de la adolescencia o el pueblo judío cuando mantiene con celo sus costumbres en la diáspora. Por tanto, la ruptura de la cadena de transmisión de la fe provocada por la secularización, la reducción de la presencia de consagrados en los centros católicos, los problemas de natalidad que asolan la mayoría de nuestras ciudades y los ataques continuos a la educación concertada aceleran la reflexión en muchos centros sobre quiénes somos, por qué existimos y cuál es el sentido de nuestra educación.

No podemos olvidar que la educación en sí misma ya evangeliza, como puede ocurrir con obras sociales, universidades u oenegés. Pero, por otro lado, la evangelización es un término más amplio que la transmisión de la fe, aunque haya muchos aspectos en común. No obstante, en esta encrucijada conviene plantearse esta reflexión: ¿cómo podemos hacer de nuestros centros evangelizadores lugares donde se transmita la fe? ¿Dónde se debe poner el acento en el mundo educativo para que se pueda transmitir la fe? Los colegios católicos, aunque no logren transmitir la fe, siguen teniendo sentido por su impacto positivo en la sociedad, ¿pero podemos como Iglesia conformarnos con colegios religiosos que no transmiten la fe? ¿Ahora que muchas parroquias se vacían, cómo puede ser un colegio católico evangelizador en el siglo XXI –y no en el siglo XX, XIX o XVI– que pretenda transmitir la fe? A lo largo de este artículo, intentaremos ayudar al lector a responder a algunas de estas preguntas, sabiendo que es un ejercicio dinámico, y donde la tarea nunca será completada. Pero reconociendo, en último término, que ninguna institución cristiana podrá ubicarse correctamente si olvida que para los cristianos la identidad siempre está en referencia a Dios.

Cuestión de fe

Debemos partir de un error de facto: hacer buenas obras, intentar ser mejor persona y comulgar con ciertos valores no es sinónimo de transmitir la fe. No significa que no lo hagan, pero hoy por hoy no podemos esperar grandes resultados. Este es un error clásico, pero que sigue equivocando a mucha gente, a creyentes y, sobre todo, a no creyentes. Son aspectos presentes en la vivencia del Reino de Dios, pero son elementos tan importantes como limitados y que los puede hacer cualquiera. La fe es un don de Dios, eso lo hemos escuchado y lo vivimos a diario en nuestra vida. Al mismo tiempo, es una virtud teologal, y, al igual que la esperanza y el amor, remite al hábito, y a su vez a la rutina diaria que toda buena formación exige. La fe, la esperanza y el amor se asientan en una estructura antropológica donde se conjugan sensibilidades, pensamientos, símbolos, moral predominante, ritos, aprendizajes, experiencias, hábitos y, por supuesto, la libertad de cada uno y el misterio de lo trascendente. Conviene destacar que en el caso de la fe la confianza básica adquiere un valor importante, posibilitada por la ternura tutelar que experimenta el ser humano desde la niñez. Algo que se ha demostrado crucial a nivel médico, psicológico, social y religioso. Además, esta confianza sirve de base psicobiológica para tres dimensiones esenciales: la dimensión fiducial –una sana confianza en uno mismo y en el mundo–, la dimensión expectante –una visión del futuro como posibilidad y no

como amenaza- y la dimensión amante -una capacidad de establecer relaciones positivas-. Implica, por tanto, todas las dimensiones de la persona y hace necesario tocar todas las teclas posibles, pues siguiendo el marco teológico tomista donde se asientan muchos de los carismas, la gracia de Dios está presente en la naturaleza y de esta forma podemos encontrar a “Dios en todas las cosas”¹⁵.

Crear condiciones de posibilidad

En esta línea nos puede inspirar aquella imagen clásica de la fe como un “fuego que enciende otros fuegos”. Siguiendo la estela de la encíclica *Evangelii Gaudium* del papa Francisco¹⁶, esta tarea recae en todas las personas que forman parte de una institución evangelizadora -quieran o no transmitir la fe-. El reto pasa por crear las condiciones de posibilidad para que esa llama pueda propagarse, al igual que debe hacer el acompañante espiritual en los Ejercicios Espirituales cuando da “modo y orden” y pone al “creador con su criatura”. Por tanto, nos ubica en nuestro rol, seamos creyentes o no creyentes, pero sí colaboradores en la misión: crear las condiciones de posibilidad para que la llama de la fe se transmita al mayor número de personas posibles y resulte así atractiva y posible para nuestros jóvenes.

Desde la tradición cristiana, la transmisión de la fe viene precedida por el anuncio de la Buena Noticia, que es la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. Es el centro del mensaje y lo que fundamenta todo lo demás. De lo contrario, el resto se vuelve secundario. Como diría el papa Francisco¹⁷, todo parte del encuentro con Jesús de Nazaret, que propicia el cambio de vida y la conversión y un modo distinto de vivir -este matiz es importante-. La estética antes que la ética. Es la buena noticia que se debe anunciar, la presencia de Jesús en nuestras vidas, y su proyecto para el mundo y para cada uno de nosotros. Para transmitir la misericordia, primero hay que haberla experimentado. Para que haya una amistad, debe haber antes un encuentro. Por tanto, aquí hay una de las preguntas que no se deben pasar por alto: ¿se posibilita en los colegios encuentros con Jesús, en sus múltiples maneras? ¿Y qué fe se transmite: -un modelo ético, Jesús como Hijo de Dios, una identidad, un humanismo cristiano, una moral, un carisma, etcétera-? En función de nuestro “norte dogmático”, así será la respuesta que demos consciente e inconscientemente, si se pone más el acento en el activismo, en la norma, en la misericordia, en la apariencia, en el negocio, en la justicia o, sencillamente, en nada. Evidentemente, depende de los contextos, de los orígenes, del carisma, de la espiritualidad y de las trayectorias de los colegios, pero es algo que conviene tener muy claro previamente, ya sea en sociedades profundamente religiosas, en barrios totalmente secularizados o en países donde está prohibido hablar de Dios. Y como la mayoría de las cosas, esto también se percibe.

¹⁵ IGNACIO DE LOYOLA, *Constituciones*, (288).

¹⁶ PAPA FRANCISCO, Carta Encíclica *Evangelii Gaudium*, (120). En este caso y otros, intentaremos apoyarnos principalmente en el papa Francisco, con el deseo de profundizar en la evangelización en el siglo XXI.

¹⁷ PAPA FRANCISCO, Carta Encíclica *Evangelii Gaudium*, (264).

Esa propuesta de fe se traduce directamente en un modo de comprender al ser humano, en una antropología cristiana que abarca todas las dimensiones de la persona y que está enmarcada en el Magisterio y en la Tradición de la Iglesia. Desde esta perspectiva cada persona tiene una finalidad que responde a una vocación concreta, donde sus talentos se muestran claramente y donde se revela una propuesta de felicidad para cada persona. Sin embargo, no se trata solo de una relación entre Dios y las personas, sino que se abre al mundo. Por tanto, en la visión cristiana del ser humano, como ocurre en la Primera Semana de los EE.EE., cada persona ha de comprenderse de forma integral –es decir, en todas sus dimensiones– desde Dios y ubicarse en relación con los otros, con la Creación y, si hablamos de evangelización, también con la Iglesia. Y como evangelizador, un colegio está llamado a sacar el máximo de los alumnos en todas sus dimensiones.

El papa Francisco, habla recurrentemente de Iglesia en salida¹⁸, algo que como la fe, nos pone a todos en movimiento. Después de este “norte dogmático” que nos ubica en lo importante, conviene hacerse otra pregunta. ¿En qué lugar se ubica la fe en cada colegio? Es, con probabilidad, el punto más delicado: ¿es imposición, es complemento o es invitación activa? Dicho de otro modo: ¿la propuesta de fe es obligatoria, contingente o necesaria? En primer lugar, debemos huir de un proselitismo identitario que busca imponer y que la sociedad rechaza en este contexto tan plural y diverso –y que le interesa poco la fe–, propio de otras épocas e impensable en nuestro tiempo. En segundo lugar, estaría la comprensión de la fe análoga al liberalismo económico, que concibe la fe como algo completamente opcional y una mera ayuda, solo para aquellos convencidos que lo quieran asumir, que no genere resistencias al no creyente y centrándose más en la capacidad de elegir de las personas que en una propuesta sólida y atractiva de la fe cristiana. Un marketing cristiano que se expone lo justo para no incomodar, que no genera mucho recorrido, pues se convierte en una propuesta o dimensión más entre las múltiples propuestas que ofrece cada colegio como si fueran grupos de teatro, cursos de esquí o clases de chino. Se traduce en grupúsculos más o menos cuidados, con cierto tono residual –aunque en ocasiones pueda parecer elitista–, como si fuera la guinda del pastel.

Por suerte, en un momento en el que la libertad y la diversidad religiosa son un hecho más o menos evidente, es posible asumir un nuevo escenario –que en muchos sitios ya se ha dado–. Proponer la fe como principio y fundamento y como posibilidad buena y necesaria para la vida plena de los alumnos. Y por consiguiente en una invitación activa, confiando en que una sociedad con fe es una sociedad mejor, y por tanto institucionalmente se sanciona como deseable, se fomenta y se favorece. La fe se convierte en el alma del colegio y no se trata ya de un colegio con pastoral, sino de un colegio pastoral. Asume que la fe es algo esencial para la vida de las personas, y que por tanto es buena para todos. El acento no está tanto en la libertad –algo que se da por hecho en pleno siglo XXI, dicho sea de paso–, sino en una propuesta sólida y atractiva, en la que todo el mundo es consciente que hace mejor a las personas que la viven. Asumir y creerse, de verdad, que la fe es el alma de un colegio. Y en este caso, es tan necesario huir de los proselitismos como del exceso de prudencia para hablar de Dios por miedo a ofender –o a no llenar las líneas que propone la

¹⁸ PAPA FRANCISCO, Carta Encíclica *Evangelii Gaudium*, (20-24).

administración-. Y así se vive en el claustro, y así se presenta hacia fuera. Implica tener una propuesta de fe transversal que irradie todas las dimensiones del centro – y que salga de los despachos de pastoral-, y no solo reduciéndolo a las celebraciones, a las clases de religión o a las propias catequesis. Se abre por tanto a todas las dimensiones del colegio, incluyendo redes sociales, equipos deportivos o actividades culturales entre otras muchas posibilidades. Continuando con el ejemplo repostero: haciendo que el sabor impregne todo el pastel, y no solo que se concentre en la guinda.

Más allá de la oferta pastoral

Para que se pueda transmitir la fe tiene que haber encuentro con Dios y una relación personal, de lo contrario la llama nunca prenderá –o prenderá en lo externo y se apagará bien pronto-. Sin experiencia de Dios, es complicado que se quede grabado en la memoria. En esta línea, no podemos obviar que el lugar privilegiado donde se transmite la fe es la oración, pues ahí se desarrolla la dimensión fiducial, expectante y amante, al tiempo que se desarrolla la capacidad de silencio y los vínculos con otros, y sobre todo con Dios. No obstante, además de la oración, es imprescindible que la fe se muestre en la medida de lo posible de forma explícita, externa y clara, tanto o más que otras propuestas de otro tipo que suelen aparecer de forma recurrente en los colegios. Nadie enciende una vela para ponerla debajo del celemín (Mt 5, 15.). Al fin y al cabo, es imposible transmitir la fe si no se maneja un mínimo de lenguaje y simbología religiosa, porque hay categorías y conceptos que requieren cierto vocabulario, de la misma forma que nadie explica matemáticas con un lenguaje meramente poético o medicina a base de eufemismos. Y quizás en otra época no ocurría, pero en un mundo tan visual y cada vez más secularizado como este se necesitan signos, ritos y símbolos religiosos que nos conecten con lo sagrado y con lo profundo. En mi humilde opinión, ahora ya no valen tanto el camuflaje y la ambigüedad, porque sencillamente en este contexto tan secularizado ya no aportan tanto como antes y acaban por disolver la fe entre cientos de propuestas más. Sin olvidarnos, faltaría más, de la importancia de la Liturgia y de la Escritura, algo propio y genuino de nuestra tradición cristiana. No son pocos los artistas y deportistas que incorporan los símbolos religiosos a su imagen pública, ¿por qué como educadores cristianos deberíamos tener miedo?

Además, siguiendo esta línea, se necesitan referentes y testimonios alegres y profundos de vida cristiana, no solo de la parte de los pastoralistas, de manera que haya una mayoría de educadores que de forma natural no teman hablar con obras y palabras de lo importante que resulta la fe para ellos, e incluso que despierten sana envidia, llegando así a cuestionar discretamente a propios y extraños. La llama ha de ser encendida. Alejados de esta postura es fácil que los claustros acaban convertidos en espacios frustrados, quejosos, competitivos y, lo más triste, desesperanzados. Por eso, toca afrontar el gran reto de las contrataciones de candidatos idóneos –porque, como ocurre con otras dimensiones como los idiomas, no vale cualquiera-, donde lo importante no solo es lo profesional, sino que debe de primar un enfoque vocacional capaz de abrirse a la realidad de Dios y no reducir su paso por el colegio a una relación puramente profesional. Por supuesto, esto también se transparenta.

Sin embargo, este espíritu que nace del encuentro con Dios y de poner en valor el don de la fe, tiene que cristalizar en las estructuras y en una cultura propia del centro, en un *ethos* cristiano. Y no se trata de reproducir una estructura similar a la jerarquía eclesial o de inventar nuevas fórmulas. Más bien, el liderazgo, la administración, los equipos y los organigramas no pueden transmitir lo mismo que cualquier otro centro no cristiano. Aspectos como la misericordia, la justicia social, el compromiso, el discernimiento, la comunidad, la oración, la evaluación, la apertura a la novedad o el acompañamiento son buenos indicadores del estado espiritual de una institución, así como las virtudes y los valores que se intentan transmitir, pues para una institución religiosa no todo vale. Bajo este prisma, los miembros del equipo directivos son, en parte, pastores. Y, sobre todo, ¿qué porcentaje de personas, espacios, recursos y tiempos se dedica a apoyar los equipos de pastoral en comparación con otras dimensiones del colegio como la pedagogía, los idiomas o las nuevas tecnologías? En el fondo, no se trata de otra cosa que de la savia que fluye a través de las relaciones que se tejen y entretejen en una comunidad educativa. Unos lazos que tienen que estar sí o sí trascendidos por el Evangelio y que deben generar procesos en las personas. Un modo particular de valorar la dignidad humana y de cuidar la relación entre personas.

Este modo evangélico de comprender las estructuras tiene que encontrar su eco en una educación para la justicia social –ahora comprendido como ciudadanía global–, que haga a los alumnos vivir para los demás y no para sí mismos. Jesús mismo señala que el amor a Dios se verifica en un amor al prójimo (Mt 22, 36-39), por tanto, es imprescindible que un colegio evangelizador abra ventanas hacia otros contextos sufrientes. Es el “sur dogmático”. El contacto con los pobres y con distintas realidades afina los sentidos y genera numerosas preguntas, que en muchos casos cuestiona el propio lugar en el mundo y ayuda a ver la realidad de otra manera. No es por tanto solo una maniobra afectiva en favor de los pobres –o un mero asistencialismo–, es un movimiento intelectual que cuestiona a toda la persona y que lanza cuestiones para el futuro. Por otra parte, la justicia que propone la Doctrina Social de la Iglesia no se reduce a las obras de misericordia, da un paso más hacia la justicia que nace del Evangelio.

El servicio social que se realiza en muchos colegios evangelizadores no puede reducirse a unas prácticas de voluntariado, debe fundamentarse en unas raíces cristianas y poner en juego el lenguaje de “corazón, cabeza y manos”¹⁹, viviéndolo siempre desde la generosidad y la alegría, y creando el hábito de servir en toda la comunidad educativa, siempre con el deseo de transformar el mundo y colaborar con el Reino de Dios. El propio san Ignacio, al diseñar la formación del noviciado, programa el mes de hospitales justo después del mes de Ejercicios Espirituales, pues el Jesús que se contempla en la oración es el mismo que se palpa en el pobre, en el enfermo y en el necesitado. Se trata, pues, de descubrir de forma práctica que cada persona tiene dignidad, y como tal para Dios la humanidad ha de comprenderse como una gran familia. Asumir, en definitiva, de forma racional e intelectual que mi

¹⁹ PAPA FRANCISCO, *Discurso del Santo Padre a los participantes en el seminario sobre “Educación: el pacto mundial”* (7 de febrero de 2020).

bien pasa porque al otro también le vaya bien y por reconocer a Dios en el rostro del hermano, y que la Iglesia sabe y debe cuidar de los últimos de la sociedad.

Por otro lado, no se puede olvidar, que más allá de la formación humana y cristiana, los colegios tienen que responder a su vocación de transmitir conocimiento y sabiduría, y por tanto ponerse al servicio de la verdad, amándola y buscándola profundamente. Se trata, pues, de formar conciencias competentes, maduras y libres, no sólo de gestionar emociones. Asimilando que la verdad nos hace libres (Jn 8, 31) y que la educación tiene un poder de transformación, y por tanto de conversión. Por ejemplo, en el caso de la educación jesuita, en los inicios los profesores eran auténticas eminencias que conocían el mundo clásico a la perfección, y su profundidad y humanismo araban el terreno para una bella experiencia de Dios. Esta dimensión se vuelve aún más importante en una cultura que confunde lo aparente con lo verdadero, el bien con el mal, lo superficial con lo profundo y lo principal con lo secundario. Donde la sobredosis de formación –llamada actualmente *infoxicación*– causa estragos en la opinión pública y donde la utilización de un método de conocimiento u otro puede conllevar resultados claramente distintos.

Por consiguiente, de la misma forma que se busca que los alumnos afinen un sentido crítico y que se hagan preguntas profundas, se requiere un análisis delicado a nivel institucional porque no todo suma, y hay contenidos –más allá de las clases de religión– que avivan la llama de la fe y otros que más bien la apagan. A veces una campaña con muy buena intención o un sobre exceso de actividades colegiales pueden resultar contraproducentes. Asimismo, conviene discernir los discursos y contenidos que entran en los colegios y ver hacia donde llevan, y si todos ellos encajan en una antropología cristiana y en la propuesta de la Iglesia, o más bien incitan a las ideologías o legitiman el mero consumismo. Todos recordamos lecturas y asignaturas que agitaban nuestro corazón en forma de consolación y que nos abrían nuevos horizontes y otras que, sencillamente, nos dejaban fríos. Algo que ya le ocurría a San Ignacio cuando leía la *Vita Christi* y el *Kempis* o, por el contrario, cuando le “dejaba frío” la ironía de los textos de su contemporáneo Erasmo de Rotterdam. Ya en los propios Ejercicios Espirituales, en la cuarta y quinta regla de discernimiento²⁰ de segunda semana de los EE.EE., invita a analizar el propio discurrir de los pensamientos “para ver si acaba en alguna cosa mala o distractiva”. En las reglas para “sentir con la Iglesia”²¹ también se apunta a la importancia de un buen currículum, admitiendo así que no todo ayuda y en las propias *Constituciones* también se señala algo parecido. Por tanto, de la misma forma que no es lo mismo un autor que otro, también conviene analizar con detenimiento si todas las propuestas de contenidos que aparecen en los currículos y en los pasillos de nuestros colegios ayudan a los alumnos para fomentarlas, o si más bien los distraen o los confunden del fin para el que el colegio y los alumnos han sido creados, para desecharlas en la medida de lo posible. Esta es la dimensión que más tiempo y recursos ocupa en un

²⁰ “[332] 4a regla. La cuarta: propio es del ángel malo, que se forma sub angelo lucis, entrar con la ánima devota, y salir consigo; es a saber, traer pensamientos buenos y sanctos conforme a la tal ánima justa, y después, poco a poco, procura de salirse trayendo a la ánima a sus engaños cubiertos y perversas intenciones”. “[333] 5a regla. La quinta: debemos mucho advertir el discurso de los pensamientos”. Ignacio de Loyola: *Ejercicios Espirituales*.

²¹ IGNACIO DE LOYOLA: *Ejercicios Espirituales*, (362-370).

colegio, y es la tierra donde se puede regar la semilla de la fe y, además, permite llegar a sitios donde la pastoral no puede llegar.

En ningún caso, los cristianos podemos olvidar que estamos llamados a dar razón de nuestra fe (1 Pe 3, 15). Y que no se puede proponer solo una fe afectiva, comprometida o celebrativa, es necesario comprenderla. Una exigencia que pasa por el diálogo –y no por la guerra cultural, como se dice tanto ahora–, y por el reconocimiento del otro –tanto creyente como no creyente, y, por supuesto, con el no cristiano–, como hizo Jesús con la Samaritana (Jn 4, 5-43), con la Sirofenicia (Mc 7, 24-30) o con los mismos fariseos. Los colegios, en su vocación evangelizadora, sapiencial y transformadora, deben dotar a sus alumnos de las herramientas suficientes para comprender la fe y poder argumentarla de una forma respetuosa, lógica y coherente en un mundo tan diverso y plural. Es imprescindible recordar que a la fe se debe llegar también por la razón y negar este punto de vista solo puede transmitir una fe vulnerable y, a mi modo de ver, insuficiente para el diálogo y para poder sobrevivir en el mundo de hoy. En esta línea, renunciar al conocimiento de unos mínimos de cultura religiosa impedirá que los alumnos logren comprender nuestras culturas occidentales, enraizadas en el pensamiento y en la cosmovisión cristiana. No podemos olvidar, como señala el papa Francisco, que no solo necesitamos cristianos convencidos, sino convincentes²². Por todo ello, es necesario cuidar las clases de religión en la medida de lo posible, pues de lo contrario el diálogo con la cultura y con la ciencia, con el no creyente y con nosotros mismos, será prácticamente imposible.

Decía el padre Adolfo Nicolás, anterior preposito General de los jesuitas, que en un colegio “todo es capilla”²³. Y aunque sabemos que la transmisión de la fe pasa por todas las dimensiones presentes en un colegio y que cada uno responde a una determinada época, no podemos negar que la arquitectura, la decoración y la disposición de los tiempos y de los espacios de cada centro también ayudan. O desayudan. De la misma forma que se cuida cada detalle del horario, de las vestimentas y de las aulas para que sumen en la tarea pedagógica, conviene señalar que no es lo mismo si una capilla está en el centro de un colegio, si está ubicada en una sala multiusos o si, sencillamente, no existe. Es el mismo criterio que aplicaríamos para un centro de espiritualidad. Elementos que propicien una ruptura ontológica, de manera que las personas que pisan ese espacio se hacen conscientes de que están en un lugar distinto, y pueden así percibir con más facilidad la presencia de Dios. Y así con otros tantos detalles como están presentes en cualquier colegio.

En las adiciones de los Ejercicios Espirituales, san Ignacio propone cómo ajustar el medio externo para facilitar el encuentro con Dios. Al fin y al cabo, la distribución de los espacios y de los tiempos denota las necesidades y las prioridades de un colegio, y en este caso, se vislumbra de una forma muy sutil. Pero, sobre todo, no se puede

²² PAPA FRANCISCO, *Discurso del Santo Padre en el encuentro con universitarios católicos en la Universidad Católica Portuguesa (3 de agosto de 2023)*.

²³ “La educación jesuita es integral, es todo, la capilla, la clase, el deporte, la clase de pintura y las exposiciones que se hacen, teatro, etc., todo es capilla, todo es sagrado, porque todo es crecimiento de estos niños que están creciendo delante de Dios.” A. Nicolás Pachón, “La educación en la Compañía de Jesús” en: *Conferencia del padre general de la Compañía de Jesús para el “Encuentro con los educadores de Asturias, León y Cantabria”*. Gijón, (España) 8 de mayo de 2013.

olvidar que la belleza es el reflejo de la bondad de Dios y que la utilidad no puede tener siempre la última palabra. Educar para la belleza, a través de las distintas artes, afina los sentidos de las personas y las prepara para lo sublime, y por tanto para el encuentro con Dios. El buen gusto y la estética no pueden ser tildados de superficialidad, principalmente porque vivimos en un mundo sobre estimulado y dominado por la imagen, y para transmitir la fe es necesario arraigarse en la cultura. A veces conviene inspirarse de hitos evangelizadores como la música de las Reducciones Jesuitas del Paraguay, el barroco en la Reforma Católica o los autos sacramentales para recordarnos que la belleza también nos habla de Dios, asumiendo que la fe necesita de categorías culturales para poder transmitirse en cada generación. Necesitamos la realidad visible para conectar con la realidad invisible.

El conocido filósofo coreano Byung-Chul Han²⁴ insiste mucho en la necesidad de recuperar el valor de los ritos en nuestra sociedad. En un tiempo tan líquido y sin referencias espaciales y temporales que nos ayuden a ubicarnos en la realidad, el ser humano precisa rituales que le ayuden a apoyarse y así crear vínculos con la realidad, con su identidad y, por supuesto, con la comunidad. Y aquí radica, quizás, el gran reto, pasar de una comunidad educativa a una comunidad cristiana, entonces todas las dimensiones que hemos visto entran en armonía. La fe está hecha para vivirla en comunidad, como los primeros discípulos. En el caso de los colegios, una comunidad cristiana formada por religiosos, educadores, alumnos y -lo más difícil y con mayor impacto- familias y antiguos alumnos. En el fondo, somos lo que celebramos, y toda comunidad cristiana está determinada por aquello que celebra y de qué manera lo celebra, pues mostrará qué está realmente en el centro y qué les mueve de verdad. Al fin y al cabo, la *koinonia*, la *liturgia*, la *diakonia* y la *martyria* se deben hacer presentes en cualquier comunidad cristiana, por supuesto también en los colegios. Una gran familia donde Dios está en el centro de todo. Esto, por supuesto, también se percibe.

Estructuras para el Evangelio

Como ocurría en aquella película legendaria de la misión. Necesitamos que la música del Evangelio nos ayude a dar color a la realidad de nuestros colegios. Solo desde la fe profunda de los miembros de una comunidad se logrará orientar las estructuras hacia el Evangelio. Solo desde la fe se puede transmitir la fe. Solo desde Dios puede tener sentido un colegio evangelizador.

Hace ya varios años, el papa Benedicto XVI recordaba a los jóvenes en las JMJ de Madrid que “tener fe es apoyarse en la fe de tus hermanos, y que tu fe sirva igualmente de apoyo para la de otros. Para el crecimiento de vuestra amistad con Cristo es fundamental reconocer la importancia de vuestra gozosa inserción en las parroquias, comunidades y movimientos”²⁵.

²⁴ B.-C. HAN, *La desaparición de los rituales*, Herder, Barcelona 2020.

²⁵ PAPA BENEDICTO XVI, *Homilía del Santo Padre en la Celebración Eucarística en las JMJ DE 2011* (21 de agosto de 2011).

Por tanto, corresponde a los centros evangelizadores crear condiciones de posibilidad para inspirar comunidades cristianas vivas insertas en sus propias estructuras donde lata con fuerza el Evangelio, asumiendo que los jóvenes no son solo el futuro, sino también son el presente de la Iglesia. Al fin y al cabo, los colegios también son Iglesia.

Por otro lado, recientemente, el papa Francisco reiteraba, también a los peregrinos de las JMJ de Lisboa, doce años después, que en la Iglesia hay sitio para “todos, todos y todos”²⁶. En esta frase caben distintos significados, pero nos recuerda la vocación universal de la Iglesia y nos lleva a preguntarnos qué hacemos para llevar a más gente la buena noticia. Recordar la vocación universal, acogedora y misericordiosa de la Iglesia. En este tiempo y en sociedades cada vez más globales, la propuesta cristiana no puede volver a los cuarteles de invierno y comprenderse desde la resistencia, sino abrirse a otros modos de ver el mundo sin renunciar a las raíces, a una identidad que proviene de Dios y a un diálogo profundo y respetuoso donde entre todos podamos llegar a la verdad última que nos sostiene, que fundamenta nuestras vidas y que nos hace vivir plenamente, también como Humanidad. Sobre todo, a cuestionarnos una y otra vez, qué hacemos como colegios para transmitir la fe y preguntarnos con honestidad y franqueza qué significa ser un colegio católico en este apasionante siglo XXI.

²⁶ PAPA FRANCISCO, *Discurso del Santo Padre en la ceremonia de acogida de las JMJ de 2023 (3 de agosto de 2023)*.

JUBILEO

“Spes non confundit”

Bula para el Jubileo del año 2025

Papa Francisco

1. «*Spes non confundit*», «la esperanza no defrauda» (Rm 5,5). Bajo el signo de la esperanza el apóstol Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma. La esperanza también constituye el mensaje central del próximo Jubileo, que según una antigua tradición el Papa convoca cada veinticinco años. Pienso en todos los *peregrinos de esperanza* que llegarán a Roma para vivir el Año Santo y en cuantos, no pudiendo venir a la ciudad de los apóstoles Pedro y Pablo, lo celebrarán en las Iglesias particulares. Que pueda ser para todos un momento de encuentro vivo y personal con el Señor Jesús, «puerta» de salvación (cf. Jn 10,7.9); con Él, a quien la Iglesia tiene la misión de anunciar siempre, en todas partes y a todos como «nuestra esperanza» (1 Tm 1,1).

Todos esperan. En el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana. Sin embargo, la imprevisibilidad del futuro hace surgir sentimientos a menudo contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda. Encontramos con frecuencia personas desanimadas, que miran el futuro con escepticismo y pesimismo, como si nada pudiera ofrecerles felicidad. Que el Jubileo sea para todos ocasión de reavivar la esperanza. La Palabra de Dios nos ayuda a encontrar sus razones. Dejémonos conducir por lo que el apóstol Pablo escribió precisamente a los cristianos de Roma.

Una Palabra de esperanza

2. «Justificados, entonces, por la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él hemos alcanzado, mediante la fe, la gracia en la que estamos afianzados, y por él nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. [...] Y la esperanza no quedará defraudada, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido dado» (Rm 5,1-2.5). Los puntos de reflexión que aquí nos propone san Pablo son múltiples. Sabemos que la

Carta a los Romanos marca un paso decisivo en su actividad de evangelización. Hasta ese momento la había realizado en el área oriental del Imperio y ahora lo espera Roma, con todo lo que esta representa a los ojos del mundo: un gran desafío, que debe afrontar en nombre del anuncio del Evangelio, el cual no conoce barreras ni confines. La Iglesia de Roma no había sido fundada por Pablo, pero él sentía vivo el deseo de llegar allí pronto para llevar a todos el Evangelio de Jesucristo, muerto y resucitado, como anuncio de la esperanza que realiza las promesas, conduce a la gloria y, fundamentada en el amor, no defrauda.

3. La esperanza efectivamente nace del amor y se funda en el amor que brota del Corazón de Jesús traspasado en la cruz: «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más ahora que estamos reconciliados, seremos salvados por su vida» (Rm 5,10). Y su vida se manifiesta en nuestra vida de fe, que empieza con el Bautismo; se desarrolla en la docilidad a la gracia de Dios y, por tanto, está animada por la esperanza, que se renueva siempre y se hace inquebrantable por la acción del Espíritu Santo.

En efecto, el Espíritu Santo, con su presencia perenne en el camino de la Iglesia, es quien irradia en los creyentes la luz de la esperanza. Él la mantiene encendida como una llama que nunca se apaga, para dar apoyo y vigor a nuestra vida. La esperanza cristiana, de hecho, no engaña ni defrauda, porque está fundada en la certeza de que nada ni nadie podrá separarnos nunca del amor divino: «¿Quién podrá entonces separarnos del amor de Cristo? ¿Las tribulaciones, las angustias, la persecución, el hambre, la desnudez, los peligros, la espada? [...] Pero en todo esto obtenemos una amplia victoria, gracias a aquel que nos amó. Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,35.37-39). He aquí porqué esta esperanza no cede ante las dificultades: porque se fundamenta en la fe y se nutre de la caridad, y de este modo hace posible que sigamos adelante en la vida. San Agustín escribe al respecto: «Nadie, en efecto, vive en cualquier género de vida sin estas tres disposiciones del alma: las de creer, esperar, amar»²⁷.

4. San Pablo es muy realista. Sabe que la vida está hecha de alegrías y dolores, que el amor se pone a prueba cuando aumentan las dificultades y la esperanza parece derrumbarse frente al sufrimiento. Con todo, escribe: «Más aún, nos gloriamos hasta de las mismas tribulaciones, porque sabemos que la tribulación produce la constancia; la constancia, la virtud probada; la virtud probada, la esperanza» (Rm 5,3-4). Para el Apóstol, la tribulación y el sufrimiento son las condiciones propias de los que anuncian el Evangelio en contextos de incompreensión y de persecución (cf. 2 Co 6,3-10). Pero en tales situaciones, en medio de la oscuridad se percibe una luz; se descubre cómo lo que sostiene la evangelización es la fuerza que brota de la cruz y de la resurrección de Cristo. Y eso lleva a desarrollar una virtud estrechamente relacionada con la esperanza: la *paciencia*. Estamos acostumbrados a quererlo todo y de inmediato, en un mundo donde la prisa se ha convertido en una constante. Ya no se tiene tiempo para encontrarse, y a menudo incluso en las familias se vuelve

²⁷ Sermón 198, 2.

difícil reunirse y conversar con tranquilidad. La paciencia ha sido relegada por la prisa, ocasionando un daño grave a las personas. De hecho, ocupan su lugar la intolerancia, el nerviosismo y a veces la violencia gratuita, que provocan insatisfacción y cerrazón.

Asimismo, en la era del *internet*, donde el espacio y el tiempo son suplantados por el “aquí y ahora”, la paciencia resulta extraña. Si aun fuésemos capaces de contemplar la creación con asombro, comprenderíamos cuán esencial es la paciencia. Aguardar el alternarse de las estaciones con sus frutos; observar la vida de los animales y los ciclos de su desarrollo; tener los ojos sencillos de san Francisco que, en su *Cántico de las criaturas*, escrito hace 800 años, veía la creación como una gran familia y llamaba al sol “hermano” y a la luna “hermana”²⁸. Redescubrir la paciencia hace mucho bien a uno mismo y a los demás. San Pablo recurre frecuentemente a la paciencia para subrayar la importancia de la perseverancia y de la confianza en aquello que Dios nos ha prometido, pero sobre todo testimonia que Dios es paciente con nosotros, porque es «el Dios de la constancia y del consuelo» (Rm 15,5). La paciencia, que también es fruto del Espíritu Santo, mantiene viva la esperanza y la consolida como virtud y estilo de vida. Por lo tanto, aprendamos a pedir con frecuencia la gracia de la paciencia, que es hija de la esperanza y al mismo tiempo la sostiene.

Un camino de esperanza

5. Este entretrejo de esperanza y paciencia muestra claramente cómo la vida cristiana es un camino, que también necesita *momentos fuertes* para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús. Me agrada pensar que fue justamente un itinerario de gracia, animado por la espiritualidad popular, el que precedió la convocación del primer Jubileo en el año 1300. De hecho, no podemos olvidar las distintas formas por medio de las cuales la gracia del perdón ha sido derramada con abundancia sobre el santo Pueblo fiel de Dios. Recordemos, por ejemplo, el gran “perdón” que san Celestino V quiso conceder a cuantos se dirigían a la Basílica Santa María de Collemaggio, en L’Aquila, durante los días 28 y 29 de agosto de 1294, seis años antes de que el Papa Bonifacio VIII instituyese el Año Santo. Así pues, la Iglesia ya experimentaba la gracia jubilar de la misericordia. E incluso antes, en el año 1216, el Papa Honorio III había acogido la súplica de san Francisco que pedía la indulgencia para cuantos fuesen a visitar la Porciúncula durante los dos primeros días de agosto. Lo mismo se puede afirmar para la peregrinación a Santiago de Compostela; en efecto, el Papa Calixto II, en 1122, concedió que se celebrara el Jubileo en ese Santuario cada vez que la fiesta del apóstol Santiago coincidiese con el domingo. Es bueno que esa modalidad “extendida” de celebraciones jubilaires continúe, de manera que la fuerza del perdón de Dios sostenga y acompañe el camino de las comunidades y de las personas.

No es casual que la *peregrinación* exprese un elemento fundamental de todo acontecimiento jubilar. Ponerse en camino es un gesto típico de quienes buscan el

²⁸ Cf. *Fuentes Franciscanas*, n. 263, 6.10.

sentido de la vida. La peregrinación a pie favorece mucho el redescubrimiento del valor del silencio, del esfuerzo, de lo esencial. También el año próximo los *peregrinos de esperanza* recorrerán caminos antiguos y modernos para vivir intensamente la experiencia jubilar. Además, en la misma ciudad de Roma habrá otros itinerarios de fe que se añadirán a los ya tradicionales de las catacumbas y las siete iglesias. Transitar de un país a otro, como si se superaran las fronteras, pasar de una ciudad a la otra en la contemplación de la creación y de las obras de arte permitirá atesorar experiencias y culturas diferentes, para conservar dentro de sí la belleza que, armonizada por la oración, conduce a agradecer a Dios por las maravillas que Él realiza. Las iglesias jubilares, a lo largo de los itinerarios y en la misma Urbe, podrán ser oasis de espiritualidad en los cuales revitalizar el camino de la fe y beber de los manantiales de la esperanza, sobre todo acercándose al sacramento de la Reconciliación, punto de partida insustituible para un verdadero camino de conversión. Que en las Iglesias particulares se cuide de modo especial la preparación de los sacerdotes y de los fieles para las confesiones y el acceso al sacramento en su forma individual.

A los fieles de las Iglesias orientales, en especial a aquellos que ya están en plena comunión con el Sucesor de Pedro, quiero dirigir una invitación particular a esta peregrinación. Ellos, que han sufrido tanto por su fidelidad a Cristo y a la Iglesia, muchas veces hasta la muerte, deben sentirse especialmente bienvenidos a esta Roma que es Madre también para ellos y que custodia tantas memorias de su presencia. La Iglesia católica, que está enriquecida por sus antiquísimas liturgias, por la teología y la espiritualidad de los Padres, monjes y teólogos, quiere expresar simbólicamente la acogida a ellos y a sus hermanos y hermanas ortodoxos, en una época en la que ya están viviendo la peregrinación del Vía crucis; con la que frecuentemente son obligados a dejar sus tierras de origen, sus tierras santas, de las que la violencia y la inestabilidad los expulsan hacia países más seguros. Para ellos la experiencia de ser amados por la Iglesia —que no los abandonará, sino que los seguirá adondequiera que vayan— hace todavía más fuerte el signo del Jubileo.

6. El Año Santo 2025 está en continuidad con los acontecimientos de gracia precedentes. En el último Jubileo ordinario se cruzó el umbral de los dos mil años del nacimiento de Jesucristo. Luego, el 13 de marzo de 2015, convoqué un Jubileo extraordinario con la finalidad de manifestar y facilitar el encuentro con el “Rostro de la misericordia” de Dios²⁹, anuncio central del Evangelio para todas las personas de todos los tiempos. Ahora ha llegado el momento de un nuevo Jubileo, para abrir de par en par la Puerta Santa una vez más y ofrecer la experiencia viva del amor de Dios, que suscita en el corazón la esperanza cierta de la salvación en Cristo. Al mismo tiempo, este Año Santo orientará el camino hacia otro aniversario fundamental para todos los cristianos: en el 2033 se celebrarán los dos mil años de la Redención realizada por medio de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesús. Nos encontramos así frente a un itinerario marcado por grandes etapas, en las que la gracia de Dios precede y acompaña al pueblo que camina entusiasta en la fe, diligente en la caridad y perseverante en la esperanza (cf. 1 Ts 1,3).

²⁹ Cf. *Misericordiae Vultus*, Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, nn. 1-3.

Apoyado en esta larga tradición y con la certeza de que este Año jubilar será para toda la Iglesia una intensa experiencia de gracia y de esperanza, dispongo que la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro, en el Vaticano, se abra a partir del 24 de diciembre del corriente año 2024, dando inicio así al Jubileo ordinario. El domingo sucesivo, 29 de diciembre de 2024, abriré la Puerta Santa de la Catedral de San Juan de Letrán, que el 9 de noviembre de este año celebrará los 1700 años de su dedicación. A continuación, el 1 de enero de 2025, solemnidad de Santa María, Madre de Dios, se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de Santa María la Mayor. Y, por último, el domingo 5 de enero se abrirá la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pablo extramuros. Estas últimas tres Puertas Santas se cerrarán el domingo 28 de diciembre del mismo año.

Establezco además que el domingo 29 de diciembre de 2024, en todas las catedrales y concatedrales, los obispos diocesanos celebren la Eucaristía como apertura solemne del Año jubilar, según el Ritual que se preparará para la ocasión. En el caso de la celebración en una iglesia concatedral el obispo podrá ser sustituido por un delegado designado expresamente para ello. Que la peregrinación desde una iglesia elegida para la *collectio*, hacia la catedral, sea el signo del camino de esperanza que, iluminado por la Palabra de Dios, une a los creyentes. Que en ella se lean algunos pasajes del presente Documento y se anuncie al pueblo la indulgencia jubilar, que podrá obtenerse según las prescripciones contenidas en el mismo Ritual para la celebración del Jubileo en las Iglesias particulares. Durante el Año Santo, que en las Iglesias particulares finalizará el domingo 28 de diciembre de 2025, ha de procurarse que el Pueblo de Dios acoja, con plena participación, tanto el anuncio de esperanza de la gracia de Dios como los signos que atestiguan su eficacia.

El Jubileo ordinario se clausurará con el cierre de la Puerta Santa de la Basílica papal de San Pedro en el Vaticano el 6 de enero de 2026, Epifanía del Señor. Que la luz de la esperanza cristiana pueda llegar a todas las personas, como mensaje del amor de Dios que se dirige a todos. Y que la Iglesia sea testigo fiel de este anuncio en todas partes del mundo.

Signos de esperanza

7. Además de alcanzar la esperanza que nos da la gracia de Dios, también estamos llamados a redescubrirla en los *signos de los tiempos* que el Señor nos ofrece. Como afirma el Concilio Vaticano II, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas»³⁰. Por ello, es necesario poner atención a todo lo bueno que hay en el mundo para no caer en la tentación de considerarnos superados por el mal y la violencia. En este sentido, los signos de los tiempos, que contienen el

³⁰ Const. past. *Gaudium et spes*, n. 4.

anhelo del corazón humano, necesitado de la presencia salvífica de Dios, requieren ser transformados en signos de esperanza.

8. Que el primer signo de esperanza se traduzca en paz para el mundo, el cual vuelve a encontrarse sumergido en la tragedia de la guerra. La humanidad, desmemoriada de los dramas del pasado, está sometida a una prueba nueva y difícil cuando ve a muchas poblaciones oprimidas por la brutalidad de la violencia. ¿Qué más les queda a estos pueblos que no hayan sufrido ya? ¿Cómo es posible que su grito desesperado de auxilio no impulse a los responsables de las Naciones a querer poner fin a los numerosos conflictos regionales, conscientes de las consecuencias que puedan derivarse a nivel mundial? ¿Es demasiado soñar que las armas callen y dejen de causar destrucción y muerte? Dejemos que el Jubileo nos recuerde que los que «trabajan por la paz» podrán ser «llamados hijos de Dios» (Mt 5,9). La exigencia de paz nos interpela a todos y urge que se lleven a cabo proyectos concretos. Que no falte el compromiso de la diplomacia por construir con valentía y creatividad espacios de negociación orientados a una paz duradera.

9. Mirar el futuro con esperanza también equivale a tener una visión de la vida llena de entusiasmo para compartir con los demás. Sin embargo, debemos constatar con tristeza que en muchas situaciones falta esta perspectiva. La primera consecuencia de ello es la *pérdida del deseo de transmitir la vida*. A causa de los ritmos frenéticos de la vida, de los temores ante el futuro, de la falta de garantías laborales y tuteladas sociales adecuadas, de modelos sociales cuya agenda está dictada por la búsqueda de beneficios más que por el cuidado de las relaciones, se asiste en varios países a una preocupante *disminución de la natalidad*. Por el contrario, en otros contextos, «culpar al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos es un modo de no enfrentar los problemas»³¹.

La apertura a la vida con una maternidad y paternidad responsables es el proyecto que el Creador ha inscrito en el corazón y en el cuerpo de los hombres y las mujeres, una misión que el Señor confía a los esposos y a su amor. Es urgente que, además del compromiso legislativo de los estados, haya un apoyo convencido por parte de las comunidades creyentes y de la comunidad civil tanto en su conjunto como en cada uno de sus miembros, porque *el deseo de los jóvenes de engendrar nuevos hijos e hijas*, como fruto de la fecundidad de su amor, da una perspectiva de futuro a toda sociedad y es un motivo de esperanza: porque depende de la esperanza y produce esperanza.

La comunidad cristiana, por tanto, no se puede quedar atrás en su apoyo a la necesidad de *una alianza social para la esperanza*, que sea inclusiva y no ideológica, y que trabaje por un porvenir que se caracterice por la sonrisa de muchos niños y niñas que vendrán a llenar las tantas cunas vacías que ya hay en numerosas partes del mundo. Pero todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,26), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos

³¹ Carta enc. *Laudato si'*, n. 50.

encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.

10. En el Año jubilar estamos llamados a ser signos tangibles de esperanza para tantos hermanos y hermanas que viven en condiciones de penuria. Pienso en los presos que, privados de la libertad, experimentan cada día –además de la dureza de la reclusión– el vacío afectivo, las restricciones impuestas y, en bastantes casos, la falta de respeto. Propongo a los gobiernos del mundo que en el Año del Jubileo se asuman iniciativas que devuelvan la esperanza; formas de amnistía o de condonación de la pena orientadas a ayudar a las personas para que recuperen la confianza en sí mismas y en la sociedad; itinerarios de reinserción en la comunidad a los que corresponda un compromiso concreto en la observancia de las leyes.

Es una exhortación antigua, que surge de la Palabra de Dios y permanece con todo su valor sapiencial cuando se convoca a tener actos de clemencia y de liberación que permitan volver a empezar: «Así santificarán el quincuagésimo año, y proclamarán una liberación para todos los habitantes del país» (Lv 25,10). El profeta Isaías retoma lo establecido por la Ley mosaica: el Señor «me envió a llevar la buena noticia a los pobres, a vendar los corazones heridos, a proclamar la liberación a los cautivos y la libertad a los prisioneros, a proclamar un año de gracia del Señor» (Is 61,1-2). Estas son las palabras que Jesús hizo suyas al comienzo de su ministerio, declarando que él mismo era el cumplimiento del “año de gracia del Señor” (cf. Lc 4,18-19). Que en cada rincón de la tierra, los creyentes, especialmente los pastores, se hagan intérpretes de tales peticiones, formando una sola voz que reclame con valentía condiciones dignas para los reclusos, respeto de los derechos humanos y sobre todo la abolición de la pena de muerte, recurso que para la fe cristiana es inadmisibile y aniquila toda esperanza de perdón y de renovación³². Para ofrecer a los presos un signo concreto de cercanía, deseo abrir yo mismo una Puerta Santa en una cárcel, a fin de que sea para ellos un símbolo que invita a mirar al futuro con esperanza y con un renovado compromiso de vida.

11. Que se ofrezcan signos de esperanza a los *enfermos* que están en sus casas o en los hospitales. Que sus sufrimientos puedan ser aliviados con la cercanía de las personas que los visitan y el afecto que reciben. Las obras de misericordia son igualmente obras de esperanza, que despiertan en los corazones sentimientos de gratitud. Que esa gratitud llegue también a todos los agentes sanitarios que, en condiciones no pocas veces difíciles, ejercitan su misión con cuidado solícito hacia las personas enfermas y más frágiles.

Que no falte una atención inclusiva hacia cuantos hallándose en condiciones de vida particularmente difíciles experimentan la propia debilidad, especialmente a los afectados por patologías o discapacidades que limitan notablemente la autonomía personal. Cuidar de ellos es un himno a la dignidad humana, un canto de esperanza que requiere acciones concertadas por toda la sociedad.

12. También necesitan signos de esperanza aquellos que en sí mismos la representan: los *jóvenes*. Ellos, lamentablemente, con frecuencia ven que sus sueños se

³² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2267.

derrumban. No podemos decepcionarlos; en su entusiasmo se fundamenta el porvenir. Es hermoso verlos liberar energías, por ejemplo cuando se entregan con tesón y se comprometen voluntariamente en las situaciones de catástrofe o de inestabilidad social. Sin embargo, resulta triste ver jóvenes sin esperanza. Por otra parte, cuando el futuro se vuelve incierto e impermeable a los sueños; cuando los estudios no ofrecen oportunidades y la falta de trabajo o de una ocupación suficientemente estable amenazan con destruir los deseos, entonces es inevitable que el presente se viva en la melancolía y el aburrimiento. La ilusión de las drogas, el riesgo de caer en la delincuencia y la búsqueda de lo efímero crean en ellos, más que en otros, confusión y oscurecen la belleza y el sentido de la vida, abatiéndolos en abismos oscuros e induciéndolos a cometer gestos autodestructivos. Por eso, que el Jubileo sea en la Iglesia una ocasión para estimularlos. Ocupémonos con ardor renovado de los jóvenes, los estudiantes, los novios, las nuevas generaciones. ¡Que haya cercanía a los jóvenes, que son la alegría y la esperanza de la Iglesia y del mundo!

13. No pueden faltar signos de esperanza hacia los *migrantes*, que abandonan su tierra en busca de una vida mejor para ellos y sus familias. Que sus esperanzas no se vean frustradas por prejuicios y cerrazones; que la acogida, que abre los brazos a cada uno en razón de su dignidad, vaya acompañada por la responsabilidad, para que a nadie se le niegue el derecho a construir un futuro mejor. Que a los numerosos *exiliados, desplazados y refugiados*, a quienes los conflictivos sucesos internacionales obligan a huir para evitar guerras, violencia y discriminaciones, se les garantice la seguridad, el acceso al trabajo y a la instrucción, instrumentos necesarios para su inserción en el nuevo contexto social.

Que la comunidad cristiana esté siempre dispuesta a defender el derecho de los más débiles. Que generosamente abra de par en par sus acogedoras puertas, para que a nadie le falte nunca la esperanza de una vida mejor. Que resuene en nuestros corazones la Palabra del Señor que, en la parábola del juicio final, dijo: «estaba de paso, y me alojaron», porque «cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo» (Mt 25,35.40).

14. Signos de esperanza merecen los *ancianos*, que a menudo experimentan soledad y sentimientos de abandono. Valorar el tesoro que son, sus experiencias de vida, la sabiduría que tienen y el aporte que son capaces de ofrecer, es un compromiso para la comunidad cristiana y para la sociedad civil, llamadas a trabajar juntas por la alianza entre las generaciones.

Dirijo un recuerdo particular a los *abuelos y a las abuelas*, que representan la transmisión de la fe y la sabiduría de la vida a las generaciones más jóvenes. Que sean sostenidos por la gratitud de los hijos y el amor de los nietos, que encuentran en ellos arraigo, comprensión y aliento.

15. Imploro, de manera apremiante, esperanza para los millares de *pobres*, que carecen con frecuencia de lo necesario para vivir. Frente a la sucesión de oleadas de pobreza siempre nuevas, existe el riesgo de acostumbrarse y resignarse. Pero no podemos apartar la mirada de situaciones tan dramáticas, que hoy se constatan en todas partes y no sólo en determinadas zonas del mundo. Encontramos cada día

personas pobres o empobrecidas que a veces pueden ser nuestros vecinos. A menudo no tienen una vivienda, ni la comida suficiente para cada jornada. Sufren la exclusión y la indiferencia de muchos. Es escandaloso que, en un mundo dotado de enormes recursos, destinados en gran parte a los armamentos, los pobres sean «la mayor parte [...], miles de millones de personas. Hoy están presentes en los debates políticos y económicos internacionales, pero frecuentemente parece que sus problemas se plantean como un apéndice, como una cuestión que se añade casi por obligación o de manera periférica, si es que no se los considera un mero daño colateral. De hecho, a la hora de la actuación concreta, quedan frecuentemente en el último lugar»³³. No lo olvidemos: los pobres, casi siempre, son víctimas, no culpables.

Llamamientos a la esperanza

16. Haciendo eco a la palabra antigua de los profetas, el Jubileo nos recuerda que *los bienes de la tierra* no están destinados a unos pocos privilegiados, sino a todos. Es necesario que cuantos poseen riquezas sean generosos, reconociendo el rostro de los hermanos que pasan necesidad. Pienso de modo particular en aquellos que carecen de agua y de alimento. El hambre es un flagelo escandaloso en el cuerpo de nuestra humanidad y nos invita a todos a sentir remordimiento de conciencia. Renuevo el llamamiento a fin de que «con el dinero que se usa en armas y otros gastos militares, constituyamos un Fondo mundial, para acabar de una vez con el hambre y para el desarrollo de los países más pobres, de tal modo que sus habitantes no acudan a soluciones violentas o engañosas ni necesiten abandonar sus países para buscar una vida más digna»³⁴.

Hay otra invitación apremiante que deseo dirigir en vista del Año jubilar; va dirigida a las naciones más ricas, para que reconozcan la gravedad de tantas decisiones tomadas y determinen *condonar las deudas* de los países que nunca podrán saldarlas. Antes que tratarse de magnanimidad es una cuestión de justicia, agravada hoy por una nueva forma de iniquidad de la que hemos tomado conciencia: «Porque hay una verdadera “deuda ecológica”, particularmente entre el Norte y el Sur, relacionada con desequilibrios comerciales con consecuencias en el ámbito ecológico, así como con el uso desproporcionado de los recursos naturales llevado a cabo históricamente por algunos países»³⁵. Como enseña la Sagrada Escritura, la tierra pertenece a Dios y todos nosotros habitamos en ella como «extranjeros y huéspedes» (Lv 25,23). Si verdaderamente queremos preparar en el mundo el camino de la paz, esforcémonos por remediar las causas que originan las injusticias, cancelemos las deudas injustas e insolutas y saciemos a los hambrientos.

17. Durante el próximo Jubileo se conmemorará un aniversario muy significativo para todos los cristianos. Se cumplirán, en efecto, *1700 años de la celebración del primer gran Concilio ecuménico de Nicea*. Conviene recordar que, desde los tiempos apostólicos, los pastores se han reunido en asambleas en diversas ocasiones con el

³³ Carta enc. *Laudato si'*, n. 49.

³⁴ Carta enc. *Fratelli tutti*, n. 262.

³⁵ Carta enc. *Laudato si'*, n. 51.

fin de tratar temáticas doctrinales y cuestiones disciplinares. En los primeros siglos de la fe los sínodos se multiplicaron tanto en el Oriente como en el Occidente cristianos, mostrando cuánto fuese importante custodiar la unidad del Pueblo de Dios y el anuncio fiel del Evangelio. El Año jubilar podrá ser una oportunidad significativa para dar concreción a esta forma sinodal, que la comunidad cristiana advierte hoy como expresión cada vez más necesaria para corresponder mejor a la urgencia de la evangelización: que todos los bautizados, cada uno con su propio carisma y ministerio, sean corresponsables, para que por la multiplicidad de signos de esperanza testimonien la presencia de Dios en el mundo.

El Concilio de Nicea tuvo la tarea de preservar la unidad, seriamente amenazada por la negación de la plena divinidad de Jesucristo y de su misma naturaleza con el Padre. Estuvieron presentes alrededor de trescientos obispos, que se reunieron en el palacio imperial el 20 de mayo del año 325, convocados por iniciativa del emperador Constantino. Después de diversos debates, todos ellos, movidos por la gracia del Espíritu, se identificaron en el Símbolo de la fe que todavía hoy profesamos en la Celebración eucarística dominical. Los padres conciliares quisieron comenzar ese Símbolo utilizando por primera vez la expresión «Creemos»³⁶, como testimonio de que en ese “nosotros” todas las Iglesias se reconocían en comunión, y todos los cristianos profesaban la misma fe.

El Concilio de Nicea marcó un hito en la historia de la Iglesia. La conmemoración de esa fecha invita a los cristianos a unirse en la alabanza y el agradecimiento a la Santísima Trinidad y en particular a Jesucristo, el Hijo de Dios, «de la misma naturaleza del Padre»³⁷, que nos ha revelado semejante misterio de amor. Pero Nicea también representa una invitación a todas las Iglesias y comunidades eclesiales a seguir avanzando en el camino hacia la unidad visible, a no cansarse de buscar formas adecuadas para corresponder plenamente a la oración de Jesús: «Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste» (Jn 17,21).

En el Concilio de Nicea se trató además el tema de la fecha de la Pascua. A este respecto, todavía hoy existen diferentes posturas, que impiden celebrar el mismo día el acontecimiento fundamental de la fe. Por una circunstancia providencial, esto tendrá lugar precisamente en el Año 2025. Que este acontecimiento sea una llamada para todos los cristianos de Oriente y de Occidente a realizar un paso decisivo hacia la unidad en torno a una fecha común para la Pascua. Muchos, es bueno recordarlo, ya no tienen conocimiento de las disputas del pasado y no comprenden cómo puedan subsistir divisiones al respecto.

Anclados en la esperanza

³⁶ Símbolo niceno: H. Denzinger - A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 125.

³⁷ *Ibíd.*

18. La esperanza, junto con la fe y la caridad, forman el tríptico de las “virtudes teologales”, que expresan la esencia de la vida cristiana (cf. 1 Co 13,13; 1 Ts 1,3). En su dinamismo inseparable, la esperanza es la que, por así decirlo, señala la orientación, indica la dirección y la finalidad de la existencia cristiana. Por eso el apóstol Pablo nos invita a “alegrarnos en la esperanza, a ser pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración” (cf. Rm 12,12). Sí, necesitamos que “sobreabunde la esperanza” (cf. Rm 15,13) para testimoniar de manera creíble y atrayente la fe y el amor que llevamos en el corazón; para que la fe sea gozosa y la caridad entusiasta; para que cada uno sea capaz de dar aunque sea una sonrisa, un gesto de amistad, una mirada fraterna, una escucha sincera, un servicio gratuito, sabiendo que, en el Espíritu de Jesús, esto puede convertirse en una semilla fecunda de esperanza para quien lo recibe. Pero, ¿cuál es el fundamento de nuestra espera? Para comprenderlo es bueno que nos detengamos en las razones de nuestra esperanza (cf. 1 P 3,15).

19. «Creo en la *vida eterna*»³⁸: así lo profesa nuestra fe y la esperanza cristiana encuentra en estas palabras una base fundamental. La esperanza, en efecto, «es la virtud teologal por la que aspiramos [...] a la vida eterna como felicidad nuestra»³⁹. El Concilio Ecuménico Vaticano II afirma: «Cuando [...] faltan ese fundamento divino y esa esperanza de la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas —es lo que hoy con frecuencia sucede—, y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando no raramente al hombre a la desesperación»⁴⁰. Nosotros, en cambio, en virtud de la esperanza en la que hemos sido salvados, mirando al tiempo que pasa, tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la gloria. Vivamos por tanto en la espera de su venida y en la esperanza de vivir para siempre en Él. Es con este espíritu que hacemos nuestra la ardiente invocación de los primeros cristianos, con la que termina la Sagrada Escritura: «¡Ven, Señor Jesús!» (Ap 22,20).

20. Jesús muerto y resucitado es el centro de nuestra fe. San Pablo, al enunciar en pocas palabras este contenido —utiliza sólo cuatro verbos—, nos transmite el “núcleo” de nuestra esperanza: «Les he trasmitido en primer lugar, lo que yo mismo recibí: Cristo murió por nuestros pecados, conforme a la Escritura. Fue sepultado y resucitó al tercer día, de acuerdo con la Escritura. Se apareció a Pedro y después a los Doce» (1 Co 15,3-5). Cristo *murió, fue sepultado, resucitó, se apareció*. Por nosotros atravesó el drama de la muerte. El amor del Padre lo resucitó con la fuerza del Espíritu, haciendo de su humanidad la primicia de la eternidad para nuestra salvación. La esperanza cristiana consiste precisamente en esto: ante la muerte, donde parece que todo acaba, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, a su gracia, que nos ha sido comunicada en el Bautismo, «la vida no termina, sino que se transforma»⁴¹ para siempre. En el Bautismo, en efecto, sepultados con Cristo, recibimos en Él resucitado

³⁸ *Símbolo de los Apóstoles*: H. Denzinger – A. Schönmetzer, *Enchiridion Symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, n. 30.

³⁹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1817.

⁴⁰ Const. past. *Gaudium et spes*, n. 21.

⁴¹ Misal Romano, *Prefacio de difuntos I*.

el don de una vida nueva, que derriba el muro de la muerte, haciendo de ella un pasaje hacia la eternidad.

Y si bien, frente a la *muerte* —dolorosa separación que nos obliga a dejar a nuestros seres más queridos— no cabe discurso alguno, el Jubileo nos ofrecerá la oportunidad de redescubrir, con inmensa gratitud, el don de esa vida nueva recibida en el Bautismo, capaz de transfigurar su dramaticidad. En el contexto jubilar, es significativo reflexionar sobre cómo se ha comprendido este misterio desde los primeros siglos de nuestra fe. Por ejemplo, los cristianos, durante mucho tiempo construyeron la pila bautismal de forma octogonal, y todavía hoy podemos admirar muchos bautisterios antiguos que conservan dicha forma, como en San Juan de Letrán en Roma. Esto indica que en la fuente bautismal se inaugura el octavo día, es decir, el de la resurrección, el día que va más allá del tiempo habitual, marcado por la sucesión de las semanas, abriendo así el ciclo del tiempo a la dimensión de la eternidad, a la vida que dura para siempre. Esta es la meta a la que tendemos en nuestra peregrinación terrena (cf. Rm 6,22).

El testimonio más convincente de esta esperanza nos lo ofrecen los *mártires*, que, firmes en la fe en Cristo resucitado, supieron renunciar a la vida terrena con tal de no traicionar a su Señor. Ellos están presentes en todas las épocas y son numerosos, quizás más que nunca en nuestros días, como confesores de la vida que no tiene fin. Necesitamos conservar su testimonio para hacer fecunda nuestra esperanza.

Estos mártires, pertenecientes a las diversas tradiciones cristianas, son también semillas de unidad porque expresan el ecumenismo de la sangre. Durante el Jubileo, por lo tanto, mi vivo deseo es que haya una celebración ecuménica donde se ponga de manifiesto la riqueza del testimonio de estos mártires.

21. ¿Qué será de nosotros, entonces, después de la muerte? Más allá de este umbral está la vida eterna con Jesús, que consiste en la plena comunión con Dios, en la contemplación y participación de su amor infinito. Lo que ahora vivimos en la esperanza, después lo veremos en la realidad. San Agustín escribía al respecto: «Cuando me haya unido a Ti con todo mi ser, nada será para mí dolor ni pena. Será verdadera vida mi vida, llena de Ti»⁴². ¿Qué caracteriza, por tanto, esta comunión plena? El ser felices. *La felicidad* es la vocación del ser humano, una meta que atañe a todos.

Pero, ¿qué es la felicidad? ¿Qué felicidad esperamos y deseamos? No se trata de una alegría pasajera, de una satisfacción efímera que, una vez alcanzada, sigue pidiendo siempre más, en una espiral de avidéz donde el espíritu humano nunca está satisfecho, sino que más bien siempre está más vacío. Necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el amor, para poder exclamar, ya desde ahora: Soy amado, luego existo; y existiré por siempre en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás. Recordemos una vez más las palabras del Apóstol: «Porque tengo la certeza de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá

⁴² Confesiones X, 28.

separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor» (Rm 8,38-39).

22. Otra realidad vinculada con la vida eterna es el *juicio de Dios*, que tiene lugar tanto al culminar nuestra existencia terrena como al final de los tiempos. Con frecuencia, el arte ha intentado representarlo –pensemos en la obra maestra de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina– acogiendo la concepción teológica de su tiempo y transmitiendo a quien observa un sentimiento de temor. Aunque es justo disponernos con gran conciencia y seriedad al momento que recapitula la existencia, al mismo tiempo es necesario hacerlo siempre desde la dimensión de la esperanza, virtud teologal que sostiene la vida y hace posible que no caigamos en el miedo. El juicio de Dios, que es amor (cf. 1 Jn 4,8.16), no podrá basarse más que en el amor, de manera especial en cómo lo hayamos ejercitado respecto a los más necesitados, en los que Cristo, el mismo Juez, está presente (cf. Mt 25,31-46). Se trata, por lo tanto, de un juicio diferente al de los hombres y los tribunales terrenales; debe entenderse como una relación en la verdad con Dios amor y con uno mismo en el corazón del misterio insondable de la misericordia divina. En este sentido, la Sagrada Escritura afirma: «Tú enseñaste a tu pueblo que el justo debe ser amigo de los hombres y colmaste a tus hijos de una feliz esperanza, porque, después del pecado, das lugar al arrepentimiento [...] y, al ser juzgados, contamos con tu misericordia» (Sb 12,19.22). Como escribía Benedicto XVI, «en el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría»⁴³.

El Juicio, entonces, se refiere a la salvación que esperamos y que Jesús nos ha obtenido con su muerte y resurrección. Por lo tanto, está dirigido a abrirnos al encuentro definitivo con Él. Y dado que no es posible pensar en ese contexto que el mal realizado quede escondido, este necesita ser *purificado*, para permitirnos el paso definitivo al amor de Dios. Se comprende en este sentido la necesidad de rezar por quienes han finalizado su camino terreno; solidarizándose en la intercesión orante que encuentra su propia eficacia en la comunión de los santos, en el vínculo común que nos une con Cristo, primogénito de la creación. De esta manera la indulgencia jubilar, en virtud de la oración, está destinada en particular a los que nos han precedido, para que obtengan plena misericordia.

23. La *indulgencia*, en efecto, permite descubrir cuán ilimitada es la misericordia de Dios. No sin razón en la antigüedad el término “misericordia” era intercambiable con el de “indulgencia”, precisamente porque pretende expresar la plenitud del perdón de Dios que no conoce límites.

El *sacramento de la Penitencia* nos asegura que Dios quita nuestros pecados. Resuenan con su carga de consuelo las palabras del Salmo: «Él perdona todas tus culpas y cura todas tus dolencias; rescata tu vida del sepulcro, te corona de amor y de ternura. [...] El Señor es bondadoso y compasivo, lento para enojarse y de gran misericordia; [...] no nos trata según nuestros pecados ni nos paga conforme a nuestras culpas. Cuanto se alza el cielo sobre la tierra, así de inmenso es su amor por los que lo temen; cuanto dista el oriente del occidente, así aparta de nosotros

⁴³ Carta enc. *Spe salvi*, n. 47.

nuestros pecados» (*Sal* 103,3-4.8.10-12). La Reconciliación sacramental no es sólo una hermosa oportunidad espiritual, sino que representa un paso decisivo, esencial e irrenunciable para el camino de fe de cada uno. En ella permitimos que Señor destruya nuestros pecados, que sane nuestros corazones, que nos levante y nos abrace, que nos muestre su rostro tierno y compasivo. No hay mejor manera de conocer a Dios que dejándonos reconciliar con Él (cf. *2 Co* 5,20), experimentando su perdón. Por eso, no renunciemos a la Confesión, sino redescubramos la belleza del sacramento de la sanación y la alegría, la belleza del perdón de los pecados.

Sin embargo, como sabemos por experiencia personal, el pecado “deja huella”, lleva consigo unas consecuencias; no sólo exteriores, en cuanto consecuencias del mal cometido, sino también interiores, en cuanto «todo pecado, incluso venial, entraña apego desordenado a las criaturas que es necesario purificar, sea aquí abajo, sea después de la muerte, en el estado que se llama Purgatorio»⁴⁴. Por lo tanto, en nuestra humanidad débil y atraída por el mal, permanecen los “efectos residuales del pecado”. Estos son removidos por la indulgencia, siempre por la gracia de Cristo, el cual, como escribió san Pablo VI, es «nuestra “indulgencia”»⁴⁵. La Penitenciaría Apostólica se encargará de emanar las disposiciones para poder obtener y hacer efectiva la práctica de la indulgencia jubilar.

Esa experiencia colma de perdón no puede sino abrir el corazón y la mente a *perdonar*. Perdonar no cambia el pasado, no puede modificar lo que ya sucedió; y, sin embargo, el perdón puede permitir que cambie el futuro y se viva de una manera diferente, sin rencor, sin ira ni venganza. El futuro iluminado por el perdón hace posible que el pasado se lea con otros ojos, más serenos, aunque estén aún surcados por las lágrimas.

Durante el último Jubileo extraordinario instituí los *Misioneros de la Misericordia*, que siguen realizando una misión importante. Que durante el próximo Jubileo también ejerciten su ministerio, devolviendo la esperanza y perdonando cada vez que un pecador se dirige a ellos con corazón abierto y espíritu arrepentido. Que sigan siendo instrumentos de reconciliación y ayuden a mirar el futuro con la esperanza del corazón que proviene de la misericordia del Padre. Quisiera que los obispos aprovecharan su valioso servicio, enviándolos especialmente allí donde la esperanza se pone a dura prueba, como las cárceles, los hospitales y los lugares donde la dignidad de la persona es pisoteada; en las situaciones más precarias y en los contextos de mayor degradación, para que nadie se vea privado de la posibilidad de recibir el perdón y el consuelo de Dios.

24. La esperanza encuentra en la *Madre de Dios* su testimonio más alto. En ella vemos que la esperanza no es un fútil optimismo, sino un don de gracia en el realismo de la vida. Como toda madre, cada vez que María miraba a su Hijo pensaba en el futuro, y ciertamente en su corazón permanecían grabadas esas palabras que Simeón le había dirigido en el templo: «Este niño será causa de caída y de elevación para muchos en Israel; será signo de contradicción, y a ti misma una espada te atravesará el corazón». (*Lc*2,34-35). Por eso, al pie de la cruz, mientras veía a Jesús inocente

⁴⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1472.

⁴⁵ Carta ap. *Apostolorum limina* (23 mayo 1974), II.

sufrir y morir, aun atravesada por un dolor desgarrador, repetía su “sí”, sin perder la esperanza y la confianza en el Señor. De ese modo ella cooperaba por nosotros en el cumplimiento de lo que había dicho su Hijo, anunciando que «debía sufrir mucho y ser rechazado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas; que debía ser condenado a muerte y resucitar después de tres días» (Mc 8,31), y en el tormento de ese dolor ofrecido por amor se convertía en nuestra Madre, Madre de la esperanza. No es casual que la piedad popular siga invocando a la Santísima Virgen como *Stella maris*, un título expresivo de la esperanza cierta de que, en los borrascosos acontecimientos de la vida, la Madre de Dios viene en nuestro auxilio, nos sostiene y nos invita a confiar y a seguir esperando.

A este respecto, me es grato recordar que el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México se está preparando para celebrar, en el 2031, los 500 años de la primera aparición de la Virgen. Por medio de Juan Diego, la Madre de Dios hacía llegar un revolucionario mensaje de esperanza que aún hoy repite a todos los peregrinos y a los fieles: «¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu madre?»⁴⁶. Un mensaje similar se graba en los corazones en tantos santuarios marianos esparcidos por el mundo, metas de numerosos peregrinos, que confían a la Madre de Dios sus preocupaciones, sus dolores y sus esperanzas. Que en este Año jubilar los santuarios sean lugares santos de acogida y espacios privilegiados para generar esperanza. Invito a los peregrinos que vendrán a Roma a detenerse a rezar en los santuarios marianos de la ciudad para venerar a la Virgen María e invocar su protección. Confío en que todos, especialmente los que sufren y están atribulados, puedan experimentar la cercanía de la más afectuosa de las madres que nunca abandona a sus hijos; ella que para el santo Pueblo de Dios es «signo de esperanza cierta y de consuelo»⁴⁷.

25. Mientras nos acercamos al Jubileo, volvamos a la Sagrada Escritura y sintamos dirigidas a nosotros estas palabras: «Nosotros, los que acudimos a él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos es como un ancla del alma, sólida y firme, que penetra más allá del velo, allí mismo donde Jesús entró por nosotros, como precursor» (Hb 6,18-20). Es una invitación fuerte a no perder nunca la esperanza que nos ha sido dada, a abrazarla encontrando refugio en Dios.

La imagen del ancla es sugestiva para comprender la estabilidad y la seguridad que poseemos si nos encomendamos al Señor Jesús, aun en medio de las aguas agitadas de la vida. Las tempestades nunca podrán prevalecer, porque estamos anclados en la esperanza de la gracia, que nos hace capaces de vivir en Cristo superando el pecado, el miedo y la muerte. Esta esperanza, mucho más grande que las satisfacciones de cada día y que las mejoras de las condiciones de vida, nos transporta más allá de las pruebas y nos exhorta a caminar sin perder de vista la grandeza de la meta a la que hemos sido llamados, el cielo.

El próximo Jubileo, por tanto, será un Año Santo caracterizado por la esperanza que no declina, la esperanza en Dios. Que nos ayude también a recuperar la confianza necesaria –tanto en la Iglesia como en la sociedad– en los vínculos interpersonales,

⁴⁶ *Nican Mopohua*, n. 119.

⁴⁷ Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 68.

en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de toda persona y en el respeto de la creación. Que el testimonio creyente pueda ser en el mundo levadura de genuina esperanza, anuncio de cielos nuevos y tierra nueva (cf. 2 P 3,13), donde habite la justicia y la concordia entre los pueblos, orientados hacia el cumplimiento de la promesa del Señor.

Dejémonos atraer desde ahora por la esperanza y permitamos que a través de nosotros sea contagiosa para cuantos la desean. Que nuestra vida pueda decirles: «Espera en el Señor y sé fuerte; ten valor y espera en el Señor» (*Sal 27,14*). Que la fuerza de esa esperanza pueda colmar nuestro presente en la espera confiada de la venida de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la alabanza y la gloria ahora y por los siglos futuros.

LA SOLANA

Compartir sabiduría y esperanza en la cultura digital

Carta a los salesianos ancianos

Gildásio Mendes, SDB⁴⁸

Queridos hermanos:

Con afecto fraterno me dirijo a vosotros a través de estas líneas, para explorar juntos el significado de vivir con sabiduría y esperanza en una era caracterizada por la cultura digital⁴⁹. Esta carta nace del deseo que habéis expresado de compartir algunas reflexiones sobre cómo podemos navegar por estas aguas, orientándonos con la brújula del Evangelio.

1. La historia es maestra de vida. Habéis sido testigos de revoluciones increíbles: el auge de la radio y la televisión, la llegada de los primeros ordenadores personales, la era del teléfono que gradualmente allanó el camino a la conectividad global. La aventura digital escribió uno de sus primeros capítulos con la creación en los años 60 de Arpanet, el antepasado de Internet. En la década de 1990, Internet entró en los hogares y las vidas de millones de personas, con la llegada de dispositivos móviles como ordenadores portátiles, tabletas y teléfonos inteligentes. En 1995, nació la primera plataforma de redes sociales en Estados Unidos y Canadá, iniciando una era en la que compartir información y la integración de contenidos multimedia (como vídeos, música, películas, juegos y compras) se han convertido en central para la experiencia en línea.

2. Somos testigos de una revolución. Con la aparición de la Inteligencia Artificial, seremos testigos de nuevas e increíbles evoluciones en la comunicación.

⁴⁸ Consejero general para la Comunicación Social. Carta con motivo de la Pascua 2024.

⁴⁹ Cf. Carta *Caminar con los jóvenes en la cultura digital*, en ACG 440, agosto-diciembre 2023.

No es posible, ni siquiera deseable, detener este fenómeno, del mismo modo que en el siglo XX nadie pudo detener la explosión de las comunicaciones de masas. La única opción que nos queda es interpretarlo y poner nuestra experiencia al servicio de los demás.

3. Todos los Salesianos son y han sido comunicadores. En las casas e instituciones salesianas todos habéis experimentado los instrumentos de comunicación de la época, como películas, proyectores de diapositivas, ciclostiles, tocadiscos. Herramientas efectivas para involucrar a los jóvenes ante la llegada de lo digital. Ahora, en la era de la expansión acelerada de las tecnologías, el ritmo se ha intensificado, permitiendo incluso a los más pequeños explorar la web, jugar en línea, acceder a música y películas en Internet.

4. En muchos aspectos, lo digital ha cambiado la forma en que trabajamos, nos relacionamos, estudiamos y nos divertimos. Conocemos sus desafíos y oportunidades y somos parte de este universo. Para nosotros, que aprendemos de nuestro padre Don Bosco lo importante que es caminar con los tiempos, es necesario analizarlos y comprenderlos para ser protagonistas y no víctimas.

5. Los tiempos nos empujan a cambiar siempre. En cada fase de nuestra vida, como educadores salesianos estamos llamados a educar y evangelizar a través del diálogo con las diferentes culturas, a la luz del Evangelio. Esto implica comprender diversos fenómenos humanos —como la interculturalidad y el lenguaje juvenil— y abordar cuestiones sociales y políticas emergentes.

6. Grandes cambios, grandes preguntas. A menudo los salesianos de edad avanzada se preguntan: ¿cómo puedo desempeñar mi tarea en este mundo de contraseñas, clics, me gusta, fotos, vídeos, noticias que se producen a través de innumerables dispositivos? ¿Cómo podemos seguir comunicando nuestra vocación y misión al servicio de los jóvenes de manera humana y evangélica?

7. En la Biblia encontramos personajes que, en su vejez, supieron vivir y comunicar el mensaje de Dios con sabiduría y actualidad. Por ejemplo, Abrahán⁵⁰ que se convirtió en líder y padre de su pueblo en edad madura, simboliza la valentía y la fe. necesario para emprender nuevos emprendimientos y misiones. Como anciano sabio, inspiró esperanza, a pesar de las incertidumbres, las críticas y la indiferencia.

8. Zacarías, siervo del Señor y custodio de Isabel, encarna al anciano que, con dedicación, concilia los cuidados familiares y los compromisos espirituales, convirtiéndose en embajador de la esperanza. En su cántico⁵¹ (Benedictus), anuncia la llegada del Salvador. De manera similar, al final de su vida, Simeón canta de alegría y gratitud (Nunc Dimittis), habiendo acogido con sus propios ojos la visión del Mesías. Representa al anciano que celebra la vida y el plan divino de salvación que le ha atravesado y sabe compartir su alegría.

⁵⁰ Cf. Gén 12,1-9.

⁵¹ Cf. Lc 1,68-79.

9. San Juan Bosco, nuestro padre y maestro, dedica cada momento de su existencia al servicio de los jóvenes. Comunica su visión a través de libros, cartas, conferencias, homilías, el Boletín Salesiano, así como a través de la música y la fotografía⁵². Hasta el final, su propia vida se convirtió en un mensaje vivo para los demás.

10. A la luz de una visión espiritual salesiana, la pregunta que inevitablemente surge ante el panorama actual es: ¿cómo puedo volver al centro de la fraternidad, de la escucha, de la conversación, del placer de estar juntos en la mesa en un mundo digital lleno de estímulos y distracciones? ¿Cómo puedo, como salesiano sacerdote y coadjutor, vivir con sabiduría y llevar adelante la obra de evangelización en este intrincado universo de redes digitales?

11. En primer lugar, recordad cuál es el don más auténtico que podéis compartir: la sabiduría evangélica y el don de la vocación salesiana de vuestra vida que se deriva de ella. Vuestro camino de fe, crecimiento personal, vuestro compromiso con la vida consagrada, vuestra fidelidad a Don Bosco y vuestro amor a María Auxiliadora, vuestra fidelidad a nuestro carisma y vuestra generosa dedicación a los jóvenes representan el corazón del mensaje a difundir. El ejemplo sigue siendo más efectivo que las palabras: vuestra vida vivida es el mensaje más poderoso que podéis ofrecer.

12. En segundo lugar, vuestro mensaje cobrará vida mediante la experiencia de comunión en comunidad: la vida fraterna y de oración, el amor a la Palabra de Dios, los sacramentos, el servicio gozoso, los momentos de silencio y sacrificio⁵³.

13. En tercer lugar, vuestra sabiduría evangélica⁵⁴ será fuente de inspiración para los jóvenes y para todos los miembros de la Familia Salesiana. Gracias a ella habéis aprendido a amar y perdonar; a estar presente entre la gente; a vivir auténticamente la fe y la vocación, que son expresión del amor de Dios hacia los demás, especialmente hacia los jóvenes. Pues bien, este es el mensaje más auténtico y creíble que podéis ofrecer en el mundo digital.

14. Todo lo que sois contribuye a la misión salesiana, a la evangelización y a la educación de los jóvenes⁵⁵ en la Comunidad. No os sintáis superados por los tiempos. No lo estáis: quien camina con sabiduría y esperanza evangélica permanece siempre joven. Así podéis seguir colaborando activamente con la

⁵² Cf. *Circular a los Salesianos sobre la difusión de buenos libros*, en INSTITUTO HISTÓRICO SALESIANO, *Fuentes Salesianas. Don Bosco y su obra*, Editorial CCS, Madrid 2015, 436-440.

⁵³ Cfr. Juan Pablo II. *Carta apostólica Salvifici doloris sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano*, 11 de febrero de 1984.

⁵⁴ Cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA. *¿Qué es el hombre? (Sal 8,5). Un itinerario de antropología bíblica* (30 de septiembre de 2019), La sabiduría mediadora de vida y de soberanía, n. 56.

⁵⁵ Cf. *Constituciones salesianas* 14. «Nuestra vocación tiene el sello de un don especial de Dios: la predilección por los jóvenes. “Me basta que seáis jóvenes para que os ame con toda mi alma”. Este amor, expresión de la caridad pastoral, da sentido a toda nuestra vida. Por el bien de ellos ofrecemos generosamente tiempo, cualidades y salud: “Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida”».

misión salesiana de vuestras comunidades. Entonces, vosotros sois nuestros primeros y más importantes comunicadores.

15. Sabemos que la comunicación ha cambiado de forma, pero los principios subyacentes siguen siendo los mismos. En el contexto intergeneracional y multicultural de muchas de nuestras comunidades, siempre podemos cultivar el don del intercambio y de la construcción de comunión y hermandad, en una misión compartida.

16. Hoy, cada salesiano está «conectado». Es importante acoger con mente abierta una forma diferente de vivir y trabajar. Se trata de cultivar nuestra capacidad de comprender a las personas, de sentirse parte de la misión de la comunidad, sin perder el deseo de servir a los demás con gozo y entusiasmo.

17. El universo digital es una vasta tierra de trigo y de cizaña⁵⁶. Las tecnologías digitales abren amplias perspectivas para el desarrollo humano y cultural. Sin embargo, es esencial navegar por este universo con prudencia⁵⁷ y sabiduría. Esto no significa etiquetar comportamientos ni prescribir reglas rígidas, sino adoptar un discernimiento evangélico y salesiano. Es fundamental saber que detrás del mundo digital se esconden intereses políticos, económicos e ideológicos. Conocer y saber evitar riesgos se vuelve, por tanto, imprescindible. Sería interesante pensar en momentos y espacios de intercambio y formación en el uso pastoral, educativo y ético de estos medios.

18. La experiencia es oro. En este escenario, vuestra experiencia de vida resulta preciosa, porque la ética vuelve al centro de la reflexión sobre la comunicación digital. Se convierte en un faro para la navegación en sus océanos. De hecho, los algoritmos que subyacen pueden conducir a un consumo sin sentido, a la manipulación de datos, a la invasión de la privacidad y la propagación de corrientes ideológicas ocultas. Precisamente por ello, es importante aprender a protegerse, gestionar cuidadosamente sus datos personales y la privacidad propia y ajena. Por último, proteger la salud física y psicológica.

19. Somos conscientes de que lo digital no es solo un peligro, sino también una gran fuente de oportunidades, si se vive con un enfoque educativo y ético. La red es una herramienta fundamental para el intercambio de información, la colaboración, el estudio, la investigación y la evangelización.

20. Seguimos comunicándonos con el corazón abierto a nuestros hermanos y con los ojos atentos a la realidad. Debemos recordar siempre que vivir digitalmente con espíritu crítico nos permite no limitar nuestro universo de pensamiento a una burbuja, que nos aleja de la vida real: de la pobreza, de las guerras, de la exclusión, de los problemas medioambientales, de la brecha digital y del individualismo. No puede ser una pantalla para huir del contacto directo con

⁵⁶ Cf. Mt 13, 24.

⁵⁷ “La persona prudente es creativa: razona, evalúa, trata de comprender la complejidad de la realidad. Y no se deja llevar por las emociones, la pereza, las presiones, las ilusiones». (FRANCISCO, Audiencia General. Plaza San Pedro Miércoles, 24 marzo 2024.

las personas y de la riqueza de la presencia comunitaria, que nos lleva a compartir experiencias y emociones con hermanos, laicos y jóvenes.

21. Queridos hermanos, sigamos navegando juntos con sabiduría y esperanza. En nuestra navegación María es el faro principal. Entre los muchos nombres de la Madre de Jesús, el más iluminador es *Stella Maris*. Este nombre apareció cuando los primeros misioneros desafiaron los océanos. María es la guía en los espacios infinitos; ella es Madre y Maestra y nos guía en la navegación en el mundo digital.

¡Que María, *Stella Maris*, nos guíe siempre!



POR TU PALABRA

Abrahán:

El ser humano ser itinerante (Comentario 1: Gén 12-25)⁵⁸

Carlos Rey, SDB

Antes de comenzar

Estimados lectores de FORUM.

Un saludo a la vuelta de vacaciones y un anuncio: seguiré con vosotros durante este curso 2024-2025.

“ME ENCANTA LA BIBLIA”. Además de por su centralidad para nuestra vida de cristianos, también me encanta leerla, comentarla, enseñarla y compartirla.

Esto último es lo que pretendo hacer: “COMPARTIR” con vosotros lo que voy aprendiendo. ¡Ojalá pudiéramos comentar entre todos lo que nos sugiere cada tema!

Este año, en vez de trabajar textos, os presentaré PERSONAJES BÍBLICOS y lo haré EN CLAVE DE PROCESO. ¿Qué significa? Que iré mostrando su evolución y destacando, sobre todo, LA PEDAGOGÍA DE DIOS para orientarlos a ser aquello para lo que los eligió, en vista de su acción salvadora en favor de los hombres.

¡Es muy interesante!, os lo garantizo, ¡Ojalá os coja por dentro y sea útil para vuestra vida cristiana! Puede ser, incluso, que algún personaje bíblico pase a ser, o ya sea, referencia para alguno(s). Esto es muy bueno pues evidencia hasta qué punto la Biblia, tan antigua, es actual, permanente en el tiempo y super útil en cuanto Historia de Salvación.

Mi opción de trabajar personajes implica que la presentación de algunos de ellos se extenderá por dos o tres números de la revista. Esto no supone ningún problema para mí y creo que tampoco para vosotros.

⁵⁸ Todos los comentarios bíblicos de Carlos Rey están disponibles en la página web <https://soto.salesianos.es/parroquia/comentarios-biblicos/>.

Nada más por el momento. Pido al Espíritu Santo que me ilumine al elaborar los comentarios y os ilumine a vosotros al leerlos para que...

Arraigados en Cristo y cimentados en su amor, podáis comprender la anchura y la longitud, la altura y la profundidad de Dios y conocer el amor de Cristo... (Ef 3,16-19).

Comenzamos con la primera entrega de Abrahán.

Abrahán: el ser humano, ser itinerante (Gen 12-25)

1. Introducción a la historia de Abrahán



Estimados amigos de la Biblia.

Os presento el primer de los dos comentarios que voy a dedicar a un personaje de enorme importancia en la Biblia y primer patriarca de Israel: ABRAHÁN⁵⁹. A él Yahvé prometió tierra, descendencia y prosperidad, promesa cuyo cumplimiento se realizó durante su vida solo de modo inicial y plenamente siglos después, en el pueblo de Israel.

Partimos de dos textos bíblicos muy importantes, ambos paulinos.

San Pablo define la fe como:

La garantía de lo que se espera, la prueba de las realidades que no se ven (Hb. 11,1).

Y añade que Abrahán es nuestro padre en la fe:

Abrahán creyó en Dios y le fue contado como justicia. Sabed, pues, que los que viven de la fe, esos son hijos de Abrahán (Gal 3,6-7).

De aquí la doble importancia de estudiar a Abrahán:

- En cuanto ORIGEN O PUNTO DE PARTIDA DE ISRAEL, el pueblo elegido por Dios para preparar la venida de Jesús.

⁵⁹ Uno de los significados de "patriarca", según la RAE es: "Alguno de los personajes del Antiguo Testamento que fueron cabezas de dilatadas y numerosas familias", en nuestro caso, del pueblo de Israel. Son por ello, en el relato bíblico, origen o fundadores del pueblo de Israel, sobre todo en clave de fe.

- En cuanto MODELO Y REFERENCIA DE FE para todos y cada uno de los seguidores de Jesús a lo largo de los siglos.

Nuestro estudio tiene dos partes:

- UNA INTRODUCCIÓN al personaje y a su historia y la PRESENTACIÓN del inicio de la misma (este comentario).
- SU RECORRIDO Y CRECIMIENTO EN LA FE, con hechos diversos a lo largo de su vida, y EL EPISODIO DEL SACRIFICIO DE ISAAC, en el que Dios mismo es motivo de escándalo (el próximo).

Hablar de las cosas de Dios es para nosotros, cristianos, motivo de consuelo y disfrute, pues Dios es la fuente de toda alegría. Espero que lo sea para vosotros, que os guste y os sea útil para vivir.

2. Texto bíblico

Comenzamos con una selección de textos bíblicos que hacen referencia a diversos episodios de la vida de Abrahán.

La salida

El Señor dijo a Abrahán: "Sal de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre y vete al país que yo te indicaré. Yo haré de ti un gran pueblo; te bendeciré y engrandeceré tu nombre. Tú serás una bendición..." (Gen 12,1-2).

Abrahán partió, como le había dicho el Señor... Tenía setenta y cinco años cuando salió. Tomo consigo a Sara, su mujer, y a Lot, su sobrino, con todas las cosas que poseía... Y se pusieron en camino hacia la tierra de Canaán... El Señor se apareció a Abrahán y le dijo: "Yo daré esta tierra a tu descendencia" (Gen 12,4-7a).

Dejar a Dios para salvar el pellejo

Hubo hambre en aquel país y Abrahán bajó a Egipto. Al llegar a Egipto dijo a Sara, su mujer: "Mira, tú eres una mujer muy hermosa. Cuando te vean los egipcios dirán: Es su mujer; a mí me matarán y a ti te dejarán con vida. Por favor, di que eres mi hermana, para que me traten bien gracias a ti, y en atención a ti respeten mi vida."

Efectivamente, cuando Abrahán llegó a Egipto, los egipcios vieron que la mujer era muy hermosa. Los oficiales la elogiaron mucho ante el Faraón, y la mujer fue llevada a su palacio (Gen 12,10-15).

Conflictos familiares bien resueltos

Lot y Abrahán tenían demasiados bienes para poder habitar juntos. Surgieron discordias entre los pastores de Abrahán y los de Lot. Abrahán dijo a Lot: “Que no haya discordias entre tú y yo, ni entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos... Sepárate de mí. Si tú vas a la izquierda yo iré a la derecha; si tú tomas la derecha, yo iré hacia la izquierda”.

Lot escogió para sí toda la vega del Jordán y Abrahán se estableció en la tierra de Canaán. Así se separaron el uno del otro (Gen 13, 5.7-11).

¿Es fiel Dios?

Dijo Abrahán a Dios: “Yo ya estoy para morir sin hijos... No me has dado descendencia y uno de mis criados será mi heredero”. Entonces el Señor le dijo: “No, no será ese tu heredero, sino uno salido de tus entrañas” (Gen. 15,2-4).

Si Dios no resuelve yo me las arreglo

Sara, la mujer de Abrahán, no le había dado hijos, pero ella tenía una esclava egipcia de nombre Agar. Sara dijo a Abrahán: “Mira, el Señor me ha hecho estéril; llévate a mi esclava. Quizá yo pueda tener hijos por ella.” Abrahán escuchó a Sara (Gen 16,1-2).

Abrahán tuvo relaciones con Agar, la cual concibió; y cuando se vio encinta miraba con desprecio a su señora. Sara dijo a Abrahán: “Tú eres el responsable de la afrenta que me hace.” Abrahán respondió a Sara: “Mira, tu esclava está en tus manos; haz con ella lo que mejor te parezca”. Sara la maltrató y ella se escapó al desierto (Gen 16,4-6).

Ahora sí

El Señor se apareció a Abrahán... Alzó los ojos y vio a tres hombres de pie delante de él... (Gen. 18,1-2)

Uno de ellos dijo: “Dentro de un año tu mujer, Sara, habrá tenido un hijo”. Sara escuchaba a la entrada de la tienda... Abrahán y Sara eran viejos y Sara ya no tenía el periodo. Sara se echó a reír pensando: “¿Después de vieja he de conocer el placer, siendo también mi marido viejo?” Pero el Señor dijo a Abrahán: “Por qué se ha reído Sara...? ¿Hay algo difícil para Dios?” (Gen 18, 1-2. 10-14).

3. El encanto de los relatos de Gen 12-25

¡Extraordinaria la belleza y el encanto de los “relatos” de Gen 12-25! Un Abrahán, tan creyente en Dios, inventando mil tretas para salvar su pellejo como sea, incluso

a costa de su mujer Sara, tan guapa y fascinante a sus más de 60 años como para gustarle al faraón de Egipto (Gen 12).

Y en la convivencia entre parientes, los comprensibles conflictos. ¡Qué difícil es “vivir juntos”, quizá por ser ricos!; pero contra lo que suele suceder, Abrahán opta por una solución dialogada y generosa, no por el uso de la fuerza y la guerra fratricida con su hermano Lot (Gen 13).

Más tarde, el humilde jeque de un clan familiar, pastor de rebaños de ovejas y cabras, se convierte en victorioso jefe militar, que libera a Lot y recupera todos sus bienes (Gen 14.1-16).

Y como en la mentalidad de entonces había que tener hijos a toda costa, Sara, la esposa de Abrahán, recurre a su esclava Agar para que tenga un hijo con su marido. Lo consigue, pero esto origina una serie de conflictos entre las dos mujeres, pues Sara, que es la esposa estéril, tiene celos de Agar, la esclava que no lo es, y la maltrata con la conformidad de Abrahán (Gen 16). Más adelante, este tomará una decisión cruel: expulsar al desierto a Agar con su hijo Ismael, donde están a punto de morir (Gen 21,8ss).

Los relatos que siguen nos dejan estupefactos: la historia truculenta de pecado de los habitantes de Sodoma, Lot entregando a sus dos hijas a la muchedumbre para salvar a unos huéspedes, la destrucción de las corrompidas ciudades de Sodoma y Gomorra (después de un entrañable regateo de Abrahán con Dios que no sirve para nada) (Gen 18), la mujer de Lot convertida en estatua de sal... (18,16-19,29). Y lo más increíble: la promesa de Dios a Abrahán y Sara de que les nacerá un hijo..., teniendo él cien años y ella noventa. ¿Será posible? No pueden menos que reírse a la cara misma de Dios (Gen 17, 15-22; y 18,9-15).

A Abrahán le cuesta confiar en Dios y se queja ante Él, pues le está fallando en algo muy vital (Gen. 15). Y casi al final, una página sobrecogedora e intragable: Dios le pide sacrificar a su hijo único Isaac. ¿Cómo es posible? (Gen 22).

Hay páginas de la historia de Abrahán que irritan a los lectores, pues muestran costumbres inadmisibles para nosotros. Pero con todos sus “peros” son relatos encantadores, sin necesidad de que sean todos edificantes. Auténticas perlas literarias. Inolvidables, por ejemplo, los diálogos tan familiares y naturales entre Abrahán y Dios, que proyectan la imagen de un Dios cercano que se inclina sobre el ser humano y lo aprieta, pero sin ahogarlo.

En este y en los siguientes comentarios desgranaremos esta historia tan especial y entrañable, pero también tan chocante y paradójica, intentando descubrir su densidad de sentido.

4. Narradores geniales

Conviene empezar diciendo que la historia de Abrahán, tal como se narra en Gen 12-25, apenas tiene valor histórico. Ha sido inventada en un 95% o más; su verdad

histórica no rebasaría el 5%. Pero esto no es lo más importante ni que quita valor. ¿Por qué? Porque CONTIENE MUCHA VERDAD EXISTENCIAL, TANTO ANTROPOLÓGICA COMO CREYENTE. A sus autores no les interesaba la historia exacta de sus antepasados, sino el significado vital que estas narraciones pudieran tener para ellos en el presente ¡Muy importante que tú, querido lector, captes esto! Escribían para los hombres y mujeres de su tiempo con el objetivo de responder a sus interrogantes y crisis, engendrar nueva fe y esperanza, interpretar las situaciones del presente y acertar a vivirlas. Escribían para ellos, pero sus historias nos sirven también a nosotros, tantos siglos después. ¿No es admirable?

En realidad, es lo que hacemos todos: mirar al pasado para aprender de él e iluminar nuestra propia existencia. ¡Qué modo tan original y útil de escribir la historia!: HACIÉNDOLA INTERESANTE Y SIGNIFICATIVA PARA LOS HOMBRES DE HOY, PARA EL PRESENTE.

La pregunta clave para leer la historia de Abrahán con acierto es: ¿CÓMO LE FUE A ABRAHÁN CON DIOS en medio de sus sueños, necesidades y peligros?, que es como preguntarnos: ¿CÓMO NOS VA A NOSOTROS? Hablamos de Abrahán, pero al hacerlo, hablamos también de nosotros porque su historia nos refleja y nos ilumina. Por eso nos interesa tanto.

Se trata pues, de ver cómo nos va con Dios en medio de nuestros sueños, necesidades y peligros, los propios de nuestro tiempo y de nuestra sociedad. Es lo que os ayudaremos a hacer, queridos lectores, en este y en los próximos comentarios.

5. La vida humana: riesgo, confianza, aventura y fe: en busca de nuevos horizontes

Millones de hombres y mujeres de todas las razas han dejado sus países y cruzado mares y desiertos, fronteras y alambradas buscando un futuro en tierras extrañas. Millones de ellos, jóvenes y no tan jóvenes, salgan o no de sus casas, anhelan un futuro mejor: seguridad, una profesión y un trabajo, fundar un hogar, realizarse y ser significativos en este mundo...

Detrás de todos los pasos de los seres humanos, ¿no hay siempre una necesidad, un sueño o unas expectativas, el anhelo y la búsqueda de algo, de una “tierra” nueva? Es lo que movió a Abrahán a ponerse en camino buscando una tierra donde asentarse. Como a millones de seres humanos, emigrantes de todos los tiempos, su interior le empujó a “SALIR DE SU TIERRA Y PARENTELA”, en busca de un futuro mejor en otros espacios. Se arriesgó a dar un giro a su vida y emprendió un viaje hacia lo nuevo y desconocido, posiblemente tras muchos titubeos.

Abrahán es el símbolo del ser humano en búsqueda permanente. En adelante “VIVE EN TIENDAS”, “DE ACAMPADA EN ACAMPADA”: tan pronto instala su tienda para tener un respiro y descansar, como la levanta para seguir caminando. ¿No es la vida de todo hombre y mujer una itinerancia, una existencia nómada? Eso vale para Abrahán, pero también para el hombre o la mujer del siglo XXI, aunque viva toda la vida en un rascacielos, trabaje en la misma profesión y tenga seguros por todos los costados.

El ser humano está siempre reinventando la vida, afrontando incertidumbres y buscando seguridad; siempre sorteando peligros y oteando caminos de futuro. Aunque no viva una itinerancia geográfica o socio-laboral, ningún ser humano escapa de vivir una itinerancia personal existencial: preocupación por el futuro, insatisfacción por el presente y búsqueda de otra cosa, intentos por aquí y por allí, titubeos en el corazón... ¡EL SER HUMANO SE SIENTE URGIDO SIEMPRE A IR MÁS ALLÁ DE SÍ, HACIA NUEVAS METAS!

Esto viene reflejado en el relato bíblico, como ahora veremos.

6. “Sal de tu tierra... “: peregrino en la fe

La búsqueda de tierras nuevas y de un futuro nuevo la Biblia lo interpreta en clave creyente, como llamada de Dios: “DIJO YAHVÉ A ABRAHÁN: SAL DE TU TIERRA Y VETE A LA TIERRA QUE YO TE MOSTRARÉ...” (Gen 12, 1-9). Detrás de su decisión de dejar su tierra y caminar hacia lo nuevo y desconocido, estaba Dios, “EL DIOS DE ABRAHÁN”. ¿Qué significa eso? Que Dios llama a través de las necesidades de la vida, invita a través de las urgencias del interior humano, sugiere a través de las voces silenciosas pero sonoras del propio corazón. Un Dios en el que se puede confiar.

Abrahán es invitado a dejar un pasado conocido y a marchar a una tierra desconocida. Dios le ofrece un futuro diferente unas veces deseado, otras no sospechado ni deseado ni conocido. ¡Dios inspirador de horizontes nuevos en la vida, creador de expectativas! Dios abriendo camino al ser humano a algo nuevo: HACIA ADELANTE Y HACIA ARRIBA.

El ser humano mira a corto plazo: el de su propia vida; Dios mira a muy largo plazo: el de toda la humanidad. La insignificante vida de un desconocido seminómada errante va a jugar un papel determinante en los planes de Dios para la marcha de la historia entera.

¿Por qué Dios elige a Abrahán, si no es más que un beduino insignificante que vive “bajo tiendas”? Los humanos elegiríamos personajes brillantes, pero el estilo de Dios es diferente: busca cambiar la historia escogiendo a “LOS QUE NO SON NI CUENTAN” a los ojos de los hombres (1 Cor 1,26-31). ¿ES CAPRICHO O SABIDURÍA DE DIOS? Nos sorprende que sus planes pasen por uno que no cuenta entre los poderosos del mundo, pero..., ¿no es verdad que la historia, la real y más verdadera, la hacen a menudo personas de quienes no se espera nada? Hombres y mujeres irrelevantes ejercen un papel decisivo en la marcha de una familia, de un pueblo, quizá de toda una generación y hasta de la humanidad entera. Sin pretenderlo, inician un camino nuevo. Abrahán es uno de ellos.

Salir de su casa significa para Abrahán desapego, dejar cosas y personas, abandono de seguridades, partida y éxodo. Además, deberá afrontar la provisionalidad de la existencia, la búsqueda permanente, el riesgo de lo imprevisto. En definitiva, tendrá que pagar un alto precio.

Al salir de su casa, Abrahán comienza una aventura que vivirá con Otro, a modo de ese hombre y mujer que se han elegido y se arriesgan a vivir un proyecto común. Dios le ha elegido y quiere contar con él para sus planes, pero esta elección no le dispensa del vértigo de la existencia. Consentir a la elección por parte de Dios, como toda opción, COMPORTA RIESGO, PERO NO ES UN RIESGO CIEGO, SINO CONFIADO. Dios va contigo y de Él te puedes fiar.

La historia de la relación de Abrahán con Dios es, en el fondo, la de todo creyente con su Dios: la de un "DIÁLOGO DE DOS LIBERTADES". Diálogo amigable y tenso a la vez, tejido de confianza y desconfianza, de esperanza y aprieto, de fidelidad e infidelidad, de seguridad y crisis.

Abrahán emprende el camino fiándose de Dios. El ser humano ha nacido para confiar: necesita fiarse de alguien. Abrahán, según la Biblia, lo hace confiado en una triple promesa de Dios: DE TIERRA, DE HIJO Y DE PROSPERIDAD, promesas que Dios repetirá con frecuencia a lo largo de su vida (Gen 15; 17; 22). Responden a las aspiraciones de un hombre sin tierra, errante e inseguro que busca un futuro, pero también las sobrepasan. ¡Imposible conseguir tanto apenas con las propias fuerzas! Solo si son don de Dios.

Las promesas de Dios, en realidad, simbolizan LOS SUEÑOS DE REALIZACIÓN COLMADA QUE ALIMENTAN AL SER HUMANO DE TODOS LOS TIEMPOS, aunque tomen formas diferentes según las épocas y las culturas y la Biblia las presente en clave de fe. Pero Abrahán necesitará hacer UN LARGO Y COSTOSO APRENDIZAJE DE FE Y MADURAR EN LA MISMA.

Texto bíblico

Abrahán respondió: "Señor Dios, ¿qué me vas a dar? Yo estoy ya para morir sin hijos... No me has dado descendencia..." Entonces el Señor le dijo: "Levanta tus ojos al cielo y cuenta, si puedes, las estrellas"; y añadió: "Así será tu descendencia". Abrahán creyó al Señor, y el Señor le se lo apuntó en su haber... Abrahán le preguntó: "Señor Dios, ¿cómo sabré que yo poseeré esta tierra?" ... Aquel día el Señor hizo un pacto con Abrahán en estos términos: "A tu descendencia doy esta tierra" (Gen 15,2-8.18; 17).

Dijo Dios a Abrahán: "Yo bendeciré a Sara y te haré tener un hijo de ella" ... Abrahán cayó rostro en tierra y se puso a reír diciéndose a sí mismo: "¿A un hombre de cien años le podrá nacer un hijo, y Sara a los noventa años podrá ser madre?" ... Respondió Dios: "Ciertamente Sara, tu mujer, te dará un hijo, y tú le llamarás Isaac" (Gen 17,15-17.19).

El Señor se apareció a Abrahán en Mambré. Alzó los ojos y vio a tres hombres de pie delante de él. Al verlos, corrió a su encuentro, se postró en tierra y dijo: "Mi Señor, por favor, no pases sin detenerte con tu siervo" ... Ellos le preguntaron: "¿Dónde está Sara, tu mujer?" Él respondió. "Está en la tienda". Uno de ellos prosiguió: "Dentro de un año volveré. Para entonces, tu mujer, Sara, habrá tenido un hijo". Sara escuchaba a la entrada de la tienda, detrás del que hablaba. Se echó a

reír pensando para sí: “¿Después de haber envejecido he de conocer el placer, siendo también mi marido viejo?” Pero el Señor dijo a Abrahán: “¿Por qué se ha reído Sara? ¿Es que hay algo imposible para Dios?” (Gen 18,1-3.9-14).

Sara concibió y dio un hijo a Abrahán ya en su vejez, en el tiempo predicho por Dios. Y Abrahán le puso el nombre de Isaac. Abrahán tenía cien años cuando le nació su hijo Isaac... Sara dijo: “Dios me ha hecho reír de alegría. ¿Quién iba a decir a Abrahán que Sara amamantaría hijos? Pues le he dado un hijo en su vejez” (Gen 21,2-3.6-7).

6.1. “Caminante, se hace camino al andar”

Ante la llamada de Dios: “SAL DE TU TIERRA Y VETE A LA TIERRA QUE YO TE MOSTRARÉ...” (Gen 12, 1-9), Abrahán vive el desgarramiento en su corazón. Siente el señuelo de la promesa y la oferta atrayente del porvenir, pero también el temor a lo desconocido, la pérdida de la seguridad del presente, el desgarramiento de la separación, la ruptura con “el hoy”. Se está jugando su futuro, pues “Dios te promete el cielo, pero no te dispensa de vivir caminos inseguros en este mundo”.

ABRAHÁN SE FIO DE DIOS Y DE SU PALABRA Y MARCHÓ PARA DIRIGIRSE A CANAÁN” (Gen 12,4-9), aunque tenía fuertes razones para negarse: ¿arrastrar un futuro desconocido, en una tierra lejana e ignota, y esperar ser padre..., a sus 75 años? Pero aceptó la oferta y marchó, sin saber a dónde iba” (Heb 11,8), confiando en Dios. Se hizo el peregrino de un camino que ni siquiera estaba trazado. Dios se lo iría haciendo. Fe hasta poner en juego su ser y su existencia.

A partir de ahí Abrahán “atravesaba el país” desplazándose “de acampada en acampada”. Acampa y sigue, fija su tienda y la levanta: debe seguir adelante. Cosas y lugares le pertenecen sólo provisionalmente. Vive bajo tiendas, en continua provisionalidad y precariedad. VIDA HECHA CAMINO. Su itinerancia es geográfica, pero es más que eso.

- ES “ITINERANCIA EXISTENCIAL”, la de todo ser humano. Vivirá todas las peripecias y avatares del peregrino sin tierra propia: hambre, desplazamientos, inseguridad, búsqueda incesante de medios de subsistencia, disputas y conflictos familiares, necesidad de pactos con los habitantes del país... Vive con los pies en el suelo, resuelve los problemas de cada día y confía en Dios.
- ES TAMBIÉN “ITINERANCIA ESPIRITUAL”, La de todo creyente. Abrahán vive la aventura de la fe: existencia vivida como confianza en Dios en ese incesante combate diario por sobrevivir y salir al paso de los problemas diarios. Dios no se los resuelve; no le saca las castañas del fuego, pese a haberle hecho grandes promesas.

- Y ES ANUNCIO DEL FUTURO: está ya recorriendo el país, Canaán, que un día habitarán sus descendientes, como si tomara, por anticipado, posesión del mismo. Sin que lo sepa, Dios ya se lo está regalando, pero por el momento toca vivir peregrino y como extranjero.

“CAMINANTE, NO HAY CAMINO; SE HACE CAMINO AL ANDAR” ¡Frase magistral del poeta Antonio Machado! La existencia humana es movilidad. ¡Imposible detenerla, fijarla, organizarla y programarla del todo! Se instala y se fija la tienda, pero es tienda: hay que levantarla y echar a andar para vivir otro momento diferente, contra toda tentación de instalarte y asentarte definitivamente. Dios está en tu caminar presente; pero está, sobre todo, en tu futuro: futuro solamente vislumbrado como “tierra” de posesión y descanso. Por ahora, hay que mirarla y esperarla como a distancia (Gen 13,14ss); el camino lo recorres tú, sin que nadie pueda sustituirte. TE ACOMPAÑA TU DIOS, PEREGRINO CONTIGO, PERO OCULTO DE ORDINARIO: TE ACOMPAÑA ESCONDIDAMENTE. Misterio del ser humano: Dios va junto a ti, pero te esconde su rostro y su presencia.

6.2. Dios defrauda

Gen 15 constituye un diálogo franco y sincero entre Dios y Abrahán. Expresa una experiencia humana frecuente: se ponen ilusiones en la vida, se crean expectativas; pero ¿qué dan de sí a menudo? SI ERES CREYENTE, CONFÍAS EN DIOS; PERO DIOS NO PARECE ENTERARSE DE LO QUE EL SER HUMANO SUFRE O ANHELA. Abrahán comienza a turbarse y a impacientarse..., y con razón. No le bastan las hermosas palabras de Dios (de Gen 12,1-3 y 13,14-17), ni siquiera los bienes que le va dando con generosidad (Gen 12,16; 13,1-2), pues no le concede su mayor sueño: tener un hijo. Y se lo echa en cara a Dios: ¿cuándo vas a cumplir tus promesas?, ¿cuándo el hijo esperado?, ¿cuándo la tierra prometida?, ¿hasta cuándo debo seguir esperando, viendo pasar los años, fiándome de Ti? Eres un Dios que defraudas; tus promesas no me valen, ¿debo buscar soluciones por mi cuenta, sin contar contigo? ¡Oración franca, como la de muchos personajes bíblicos y cristianos probados por la vida, por Dios a través de la vida!

Dios responde a Abrahán con una nueva promesa: “Cuenta las estrellas del cielo o la arena de las playas marinas; ¡así será tu descendencia!”. Como si le dijera: tú dudas, pero lo que Yo haré contigo está muy por encima de tus mejores sueños y aspiraciones. Dios abre horizontes ilimitados al ser humano, pero le exige creer y fiarse.

¡DIOS DESCONCIERTA!: responde con promesas que tardarán en realizarse. Esta tardanza intrigó siempre a los creyentes. Dios se las repite a Abrahán, pero son tan bellas y grandiosas que apenas son creíbles. ¿Se las creerá Abrahán? El ser humano prefiere “pájaro en mano que ciento volando”, las pequeñas cosas que tiene a su alcance y puede disfrutar ya ahora, que las grandes por las que tiene que esperar, confiando en Dios, no sabe hasta cuándo.

Abrahán “creyó en Dios”, y así supera la prueba, madura en la fe y confía. Creyó y esperó porque “Dios es Dios”. Espera paciente pero esperanzada: la única esperanza

válida. Abrahán está aprendiendo a vivir en esperanza paciente. “Dios le apuntó en su haber, escribe el autor bíblico..., y aquel día firmó una alianza con Abrahán: “Yo seré tu Dios y el Dios de los que nazcan de ti” (Gen 15; y 17). La fe gana el corazón de Dios, como nos lo gana la del niño que confía en nosotros: Yo, tu Dios, te seré fiel, no te fallaré; corresponderé con creces a la fe y confianza que pones en Mí. Esta vez Dios responde con promesas y las sella con una “alianza” incondicional: Dios no la romperá, aunque fallen en su fe los descendientes de Abrahán.

7. Conclusión

Nuestro primer comentario a la figura de Abrahán acaba aquí, estimado lector y amigo de la Biblia. SI DESEAS AMPLIAR TU LECTURA, PUEDES HACERLO EN “DRAMA Y ESPERANZA - I”, DE JOSÉ LUIS ELORZA (ED. FRONTERA), PG. 163-177. ESTA HA SIDO LA FUENTE PRINCIPAL DE DONDE HE EXTRAÍDO, CON OTRAS APORTACIONES Y ALGUNAS CONTRIBUCIONES PROPIAS, ESTA APORTACIÓN.

Leídas estas páginas, es de fundamental importancia que vayas directamente a los textos bíblicos, en este caso, Gen 12-15. No hay nada, ni el mejor estudio o comentario, que pueda substituir la lectura de la Palabra de Dios.

En el próximo comentario hablaremos de cómo Dios respondió a los sueños y aspiraciones de Abrahán y cómo, a través de un proceso pedagógico admirable, le enseñó a confiar y a madurar en su fe.

Entraremos de lleno también en un episodio de la vida de Abrahán que suele causar escándalo, e incluso rechazo de Dios, pero que es muy jugoso e iluminador cuando se nos da comprenderlo: el conocido como “SACRIFICIO DE ISAAC”.

Que la paz del Señor esté con vosotros y os acompañe siempre.

Un abrazo personal a todos y a cada uno. Adiós.

EL ANAQUEL

La valentía de empezar, la belleza de existir y la esperanza de crecer⁶⁰

Papa Francisco

Queridos hermanos y hermanas, buenas tardes.

Los saludo a todos con afecto, a los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y catequistas. Agradezco las palabras del presidente de la Conferencia Episcopal, así como los testimonios de James, Gracia, sor Lorena y don Emmanuel.

Estoy contento de estar aquí, en esta hermosa iglesia salesiana. Los salesianos saben hacer bien las cosas. ¡Los felicito! Este es un Santuario diocesano dedicado a *María, Auxilio de los cristianos; María Auxiliadora* —yo fui bautizado en una parroquia de María Auxiliadora en Buenos Aires—, un título tan querido por san Juan Bosco; o *María Helpim*, como ustedes cariñosamente la invocan aquí. Cuando, en 1844, la Virgen inspiró a don Bosco la construcción de una iglesia en su honor, en Turín, le hizo esta promesa: “Aquí está mi casa, desde aquí saldrá mi gloria”. La Virgen le prometió que, si tenía el arrojo de empezar a construir aquel santuario, le sobrevendrían gracias abundantes. Y así sucedió: la iglesia se construyó y es estupenda, ¡aunque es más linda la de Buenos Aires!, y esta iglesia se ha convertido en un centro de irradiación del Evangelio, de formación de los jóvenes y de caridad; en un punto de referencia para muchas personas.

Así pues, este hermoso santuario en el que nos encontramos, inspirado en esa historia, puede ser un símbolo también para nosotros, sobre todo si hacemos referencia a tres aspectos de nuestro camino cristiano y misionero, como lo han resaltado los testimonios que hemos escuchado: *la valentía de empezar, la belleza de existir y la esperanza de crecer*.

Primero, *la valentía de empezar*. Los constructores de esta iglesia comenzaron la obra haciendo un gran acto de fe, que dio sus frutos, pero que sólo fue posible gracias

⁶⁰ Discurso del papa Francisco en el Santuario de María Auxiliadora (Port Moresby) el 7 de septiembre de 2024 en el Encuentro con los obispos de Papúa Nueva Guinea y de las Islas Salomón, los sacerdotes, diáconos, personas consagradas, seminaristas y catequistas dentro del viaje a Asia y Oceanía del 2 al 13 de septiembre de 2024.

a otros muchos inicios valientes de sus predecesores. Los misioneros llegaron a este país a mediados del siglo XIX y los primeros pasos de su labor no fueron fáciles; de hecho, algunos intentos fracasaron. A pesar de eso no se rindieron, sino que con gran fe y celo apostólico continuaron predicando el Evangelio y sirviendo a sus hermanos y hermanas, recomenzando muchas veces a partir de los fracasos y pasando por muchos sacrificios.

Así nos lo recuerdan estos vitrales —que ahora no se ven porque es de noche—, a través de los cuales la luz del sol nos sonríe en los rostros de los santos y beatos: mujeres y hombres de todas las procedencias, vinculados a la historia de vuestra comunidad, como Pedro Chanel; Juan Mazzucconi y Pedro To Rot, mártires de Nueva Guinea; y luego Teresa de Calcuta, Juan Pablo II, María de la Cruz MacKillop, María Goretti, Laura Vicuña, Ceferino Namuncurá, Francisco de Sales, Juan Bosco y María Dominica Mazzarello. Todos hermanos y hermanas que, de distintas maneras y en tiempos diferentes, comenzando y recomenzando tantas veces obras y caminos, han contribuido a llevar el Evangelio entre ustedes, con una riqueza multicolor de carismas, animados por el mismo Espíritu y por la misma caridad de Cristo (cf. 1 Co 12,4-7; 2 Co 5,14). Gracias a ellos, a sus “salidas” y “recomienzos”, los misioneros son mujeres y hombres “en salida”, y cuando regresan “vuelven a salir”. Esta es la vida del misionero, salir y volver a salir—, es gracias a ellos que estamos aquí y, aun a pesar de los desafíos que no faltan hoy en día, seguimos adelante, sin miedo, —no estoy seguro que sea siempre sin miedo—, sabiendo que no estamos solos, porque es el Señor quien actúa en nosotros y con nosotros (cf. Ga 2,20), haciéndonos —como a ellos— instrumentos de su gracia (cf. 1 P 4,10). Esta es nuestra vocación, ser instrumentos.

En este sentido, y a la luz de lo que hemos escuchado, quisiera indicarles un rumbo importante hacia el cual dirigir sus “salidas”: el de las periferias de este país. Me refiero en concreto a las personas de los sectores más desfavorecidos de las poblaciones urbanas, así como a aquellas que viven en las zonas más remotas y abandonadas, donde a menudo falta lo indispensable. Pienso también en las personas marginadas y heridas, tanto moral como físicamente, a causa de los prejuicios y las supersticiones, en ocasiones, hasta el punto de arriesgar la propia vida, como nos lo recordaban James y sor Lorena. La Iglesia quiere estar particularmente cercana a estos hermanos y hermanas, porque en ellos, Jesús está presente de un modo especial (cf. Mt 25,31-40), y donde está Él —nuestra cabeza— allí estamos también nosotros, que pertenecemos al mismo cuerpo, «[el cual] recibe unidad y cohesión, gracias a los ligamentos que lo vivifican y a la acción armoniosa de todos los miembros» (Ef 4,16). Y por favor, no olviden: ¡cercanía, cercanía! Ustedes saben que las tres actitudes más bellas son la *cercanía*, la *compasión* y la *ternura*. Si una consagrada o un consagrado, un sacerdote, un obispo, los diáconos no son cercanos, no son compasivos y no son tiernos, no tienen el Espíritu de Jesús. No olviden esto: cercanía, compasión, ternura.

Y esto nos conduce al segundo aspecto, *la belleza de existir*. Esta se puede ver simbolizada en las *conchas de kina* con las que está decorado el presbiterio de esta iglesia, y que son signo de prosperidad. Las conchas nos recuerdan que, aquí, el tesoro más hermoso a los ojos del Padre somos nosotros, acurrucados en torno a Jesús, bajo el manto de María y unidos espiritualmente a todos los hermanos y hermanas que

el Señor nos ha confiado y que no han podido venir; todos animados por el deseo de que el mundo entero conozca el Evangelio y de compartir con nosotros la fuerza y la luz.

James preguntó cómo se transmite el entusiasmo de la misión a los jóvenes. No creo que haya “técnicas” para esto. Sin embargo, una forma comprobada es la de *cultivar y compartir con ellos nuestra alegría de ser Iglesia* (cf. Benedicto XVI, *Homilía en la Misa de Inauguración de la V Conferencia general del Episcopado latinoamericano y del Caribe*, Aparecida, 13 mayo 2007), de ser un hogar acogedor hecho de piedras vivas, escogidas y preciosas, colocadas por el Señor unas junto a otras y cimentadas por su amor (cf. 1 P 2,4-5). Así pues, como nos lo ha recordado Grace al evocar la experiencia del Sínodo, si nos estimamos y nos respetamos unos a otros, y si nos ponemos al servicio de los demás, podemos mostrarles a ellos, y a cualquier persona que nos encontremos, lo hermoso que es seguir juntos a Jesús y anunciar su Evangelio.

La *belleza de existir*, por tanto, no se experimenta tanto en los grandes acontecimientos y momentos de éxito, sino más bien en la lealtad y el amor con que nos esforzamos por crecer juntos cada día.

Y así llegamos al tercer y último aspecto, *la esperanza de crecer*. En esta iglesia encontramos una interesante “catequesis en imágenes” del paso del Mar Rojo, con las figuras de Abraham, Isaac y Moisés: patriarcas fecundos por la fe, que por haber creído recibieron como don una descendencia numerosa (cf. Gn 15,5; 26,3-5; Ex 32,7-14). Y este es un signo importante, porque también a nosotros nos anima hoy a confiar en la fecundidad de nuestro apostolado, a seguir sembrando pequeñas semillas de bien en los surcos del mundo. Parecen acciones minúsculas, como un granito de mostaza, pero si tenemos confianza y no nos cansamos de esparcirlas, brotarán por la gracia de Dios, darán una cosecha abundante (cf. Mt 13,3-9) y producirán árboles capaces de dar cobijo a las aves del cielo (cf. Mc 4,30-32). Lo dice san Pablo, cuando nos recuerda que el crecimiento de lo que sembramos no es obra nuestra, sino del Señor (cf. 1 Co 3,7), y nos lo enseña nuestra Madre la Iglesia, al enfatizar que, incluso a través de nuestros esfuerzos, es Dios «quien hace que su Reino venga a la tierra» (Conc. Ecum. Vat. II, Decr. *Ad gentes*, 42). Por consiguiente, sigamos evangelizando, con paciencia, sin dejarnos desanimar por las dificultades y las incomprensiones, ni siquiera cuando éstas surjan donde menos quisiéramos encontrarlas; por ejemplo, en la familia, como hemos escuchado.

Queridos hermanos y hermanas, agradezcamos juntos al Señor por la forma en que se va arraigando y difundiendo el Evangelio en Papúa Nueva Guinea y en las Islas Salomón. Sigán así su misión, como testigos de la *valentía*, la *belleza* y la *esperanza*. No se olviden del estilo de Dios: cercanía, compasión y ternura. ¡Sigamos siempre adelante con este estilo del Señor! Les doy las gracias por lo que hacen, los bendigo a todos de corazón y les pido, por favor, que no se olviden de rezar por mí, porque lo necesito. ¡Gracias!



SUEÑOS PARA TI

SOMOS FUTURO

“Un sueño para ti” no fue solo el lema de un curso. **Un sueño para ti** señala el inicio del proceso de realización de lo soñado, porque el regalo de este sueño nos ha llevado a descubrir que **“¡SOMOS FUTURO!”**: la concreción diaria de aquel sueño en el que, de muchas maneras, todos estábamos presentes. Ha llegado el momento de vivir lo soñado, de afirmar con coherencia que esto es posible porque **“Dios ama al mundo”**.

La historia que nos toca vivir es y será siempre una historia de salvación, aunque en ocasiones venga disfrazada de enfrentamientos, de guerras, de disparates... Una historia que es pasado para el recuerdo, una historia que es presente, limitado y puntual, ya que lo dicho ahora es ya pasado y ha dado paso al futuro. Se puede decir con propiedad que el futuro es lo único que existe y que lo hacemos realidad conviviendo, compartiendo y agradeciendo el presente. Sea como sea nuestra historia vendrá siempre acompañada del amor que genera y regenera la vida.

¡Somos futuro! Un futuro con la posibilidad de tachar, mejor de multiplicar o de sumar con intensidad. Habrá que olvidar días pasados porque estamos llamados a multiplicar y acrecentar la bondad y el buen hacer que hay en cada ser humano, en cada uno de nosotros, en todas las personas dispuestas a construir el mundo que Dios quiere, ese mundo que soñamos cada mañana.

Bienvenidos, aprendices del darse y multiplicarse para que surja el futuro.

¡Somos futuro! Un futuro que es un corazón abierto a todas las posibilidades del amor que dan sentido a la vida. Recibimos el día con el corazón en las manos dispuestas a amar el regalo de cada jornada que se abre ante nuestros ojos. Una mañana, tal vez nublada o tormentosa, pero en la que luce, espléndido, el sol de nuestra vida. Nuestro vivir tiene corazón para con la naturaleza, para con las personas...

Bienvenidas, gentes de corazón abierto dispuestas a amar el futuro que se nos regala.

¡Somos futuro! Un futuro que es un mundo por hacer. Un mundo que no se encierra en la soledad de nuestra mente, un mundo que, porque tiene corazón, acoge y cuida de una manera especial a quienes más precisan del amor: los marginados, los postergados, los débiles, los necesitados, los pequeños... Aquí hay sitio para todos. Dios ama este mundo en concreto, ya que no existe otro.

Bienvenidos, expertos implicados en hacer de cada humano un hermano.

¡Curso 2024-2025! Un curso para señalar que no sobra nadie porque en el recinto del futuro caben todas las personas. Un curso para demostrar que amamos porque sin amor no es posible la existencia. Un curso para vivir como "peregrinos de la esperanza", especialistas en construir futuro.

No esperemos más. El futuro ha comenzado. No te quedes oliendo a pasado ni en éxtasis ante el presente. ¡A caminar! **¡Somos futuro!**

Isidro Lozano

